

The background of the entire cover is a romantic close-up of a man and a woman. The woman is on the left, her face in profile, looking towards the man on the right. They are very close, almost touching. The lighting is soft and intimate. In the background, a city skyline is visible at night, with lights from buildings and a bridge. The overall mood is romantic and sensual.

N.M.Scott

EL
precio DE LA
PASIÓN

Amores Prohibidos en Manhattan 2

Derechos de autor ©2024 N.M.Scott

Primera edición: noviembre 2024

ISBN: 9798343565065

Sello: Independently Published

©Del texto: N.M.Scott

©Maquetación y diseño: N.M.Scott

©Imagen de cubierta: N.M.Scott

Todos los derechos reservados. Los personajes y eventos que se presentan en este libro son ficticios. Cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, es una coincidencia y no algo intencionado por parte del autor.

Queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Copyright ©2024 por N.M.Scott

"Amarte no fue una elección. Fue algo que me pasó, como el amanecer en el cielo."
Lang Leav

ÍNDICE

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPÍTULO 12](#)

[CAPÍTULO 13](#)

[CAPÍTULO 14](#)

[CAPÍTULO 15](#)

[CAPÍTULO 16](#)

[CAPÍTULO 17](#)

[CAPÍTULO 18](#)

[CAPÍTULO 19](#)

[CAPÍTULO 20](#)

[CAPÍTULO 21](#)

[CAPÍTULO 22](#)

[CAPÍTULO 23](#)

[CAPÍTULO 24](#)

[CAPÍTULO 25](#)

[CAPÍTULO 26](#)

[CAPÍTULO 27](#)

[CAPÍTULO 28](#)

[CAPÍTULO 29](#)

[CAPÍTULO 30](#)

[CAPÍTULO 31](#)

[CAPÍTULO 32](#)

[CAPÍTULO 33](#)

[CAPÍTULO 34](#)

[CAPÍTULO 35](#)

[CAPÍTULO 36](#)

[CAPÍTULO 37](#)

[CAPÍTULO 38](#)

[CAPÍTULO 39](#)

[CAPÍTULO 40](#)

SOBRE N.M.SCOTT

N.M.Scott/ es el seudónimo de una escritora que ama el romance contemporáneo y devora libros de la temática. Siempre se le ha dado bien contar historias y, tras haber publicado su primera novela en la plataforma de Wattpad y ver el éxito obtenido, se lanzó a autopublicarse en Amazon y Kindle Unlimited.

La puedes encontrar en sus redes sociales: Facebook, Instagram y Tiktok.



<https://www.facebook.com/nmsscottescritora>

<https://www.instagram.com/n.m.scott.escritora80>

<https://www.tiktok.com/@n.m.scott.writer>

nmsscottescritora@gmail.com

CAPÍTULO 1

Olivia

El eco de mis tacones resonaba en el vestíbulo de mármol y cristal, y no pude evitar esbozar una sonrisa al notar cómo algunas miradas me seguían. Es increíble cómo la gente reacciona ante alguien que proyecta confianza, especialmente en Manhattan, donde la apariencia de seguridad es tan valiosa como el dinero mismo. Este era mi terreno, mi mundo, y si algo he aprendido es que las primeras impresiones lo son todo.

Soy Olivia MacKenzie, consultora financiera, y la mejor en lo que hago. Me he ganado cada centímetro de mi espacio en este mundo de cifras y negociaciones. Sé que muchos asumen que mi éxito es una suma de suerte y habilidades, pero en realidad, se lo debo a mi capacidad de controlarlo todo, incluso la percepción que los demás tienen de mí. Y justo eso necesitaban ver aquí en Trenton & Weiss.

Mientras subía en el ascensor hasta el último piso, repasé mentalmente el análisis de inversión que había preparado para la reunión. Sabía que había puntos débiles en el proyecto de la firma; oportunidades que ellos creían seguras, pero que solo necesitaban una mala inversión o un socio débil para desplomarse. Había pasado años entrenando mi mente para identificar esos errores invisibles y, hoy, estaba dispuesta a mostrarles que había visto lo que ellos no.

La puerta del ascensor se abrió, y la directora de operaciones, Anna Bishop, me estaba esperando. Era una mujer de mirada astuta y calculadora, alguien que sin duda estaba acostumbrada a la competencia feroz en cada aspecto de su vida. Pero aun así, me recibió con una sonrisa controlada, evaluándome con una mezcla de curiosidad y respeto. Bien. Ya había ganado el primer punto.

—Señorita MacKenzie, es un placer tenerla aquí. —Estreché su mano, notando la firmeza de su apretón—. Los socios la esperan en la sala de juntas.

—Gracias, señora Bishop —respondí, devolviéndole el apretón con una sonrisa segura—. Estoy lista para empezar; he revisado la propuesta y creo que mis observaciones podrían ser de interés.

Caminamos por el largo pasillo que daba hacia la sala de juntas, las ventanas ofreciendo una vista impresionante de la ciudad. Cada vez que veía Manhattan extendiéndose así, llena de edificios altos y luces interminables, algo dentro de mí se reafirmaba. Este era el lugar donde pertenecía, donde tenía el control, donde mis decisiones y mi precisión tenían un peso real.

La sala de juntas era amplia, elegante y minimalista. Los socios, que hasta ahora solo me conocían por mi reputación, ya estaban sentados a la mesa de cristal, observándome en cuanto crucé el umbral. Sabía lo que esperaban de mí, y sabía que, al final de esta reunión, sus expectativas se cumplirían de sobra.

—Señorita MacKenzie, un gusto conocerla —dijo uno de los socios, un hombre de cabello canoso que me escudriñaba con una mezcla de respeto y escepticismo. El clásico

hombre de negocios neoyorquino.

—Gracias, el gusto es mío —respondí, sentándome con calma y desplegando los documentos frente a mí.

Los miré a todos, uno a uno, tomándome mi tiempo. Me gusta medir cada expresión antes de hablar; quiero entender el terreno, ver quién está de mi lado y quién podría ser un obstáculo. Este es el momento donde establezco el tono. Mis clientes saben que mi trabajo no es decirles lo que quieren escuchar, sino lo que necesitan saber.

—He revisado la propuesta y, aunque parece interesante, veo varios riesgos en la estrategia de inversión. —Mi voz sonaba clara y firme, asegurándome de que cada palabra quedara bien asentada en la mesa—. Si realmente buscan optimizar sus resultados, recomendaría una reestructuración en los plazos y en la distribución del capital. Los activos son valiosos, pero la liquidez de algunos de sus socios es... insuficiente para un proyecto de esta envergadura.

Hubo un momento de silencio en la sala, y pude ver el cambio de expresión en algunos de ellos. Había sorpresa, sí, pero también algo que me satisfizo aún más: respeto. Sabía que mi análisis era preciso, pero necesitaba que ellos lo vieran por sí mismos, que entendieran que estaban frente a alguien que no solo veía números, sino también las estrategias ocultas detrás de ellos.

Anna Bishop fue la primera en romper el silencio.

—¿Sugeriría entonces un cambio en los socios? —preguntó con una expresión de interés genuino, como si acabara de ver algo que antes había pasado por alto.

Me permití una leve sonrisa.

—Eso dependerá de lo que estén dispuestos a arriesgar. A mi parecer, el proyecto puede ser muy lucrativo, pero con los aliados correctos.

Dejé mis palabras en el aire. Era una estrategia que funcionaba bien; decir lo justo, sin profundizar más de lo necesario, dejaba a la gente pensando y, sobre todo, queriendo saber más. Cuando terminó la reunión, me despedí de los socios, notando que la percepción inicial había cambiado. Había hecho mi trabajo y lo había hecho bien. No era solo una consultora más; era la clave que necesitaban.

Mientras esperaba el ascensor para bajar al vestíbulo, mi teléfono vibró en mi bolso. Al ver la pantalla, me encontré con un mensaje de Emma, mi amiga y confidente desde hace años. Emma siempre había sido el cable a tierra en mi vida, el recordatorio de que no todo debía controlarse o planificarse al milímetro.

Emma:

¿Cómo fue la reunión?

Yo:

Aún tengo mi toque. Los dejé sin palabras 😏

Emma:

Sabía que lo harías. ¿Te apetece un café?

Te debo uno por toda la locura de la semana pasada.

Le sonreí a la pantalla, sintiéndome agradecida de tenerla. En un mundo donde el éxito,

el poder y las apariencias eran todo, una amistad auténtica como la de Emma era una joya rara.

Yo:
Nos vemos en 20 minutos. Same
place.

Deslicé el teléfono de vuelta en mi bolso y me acomodé el cabello, observando mi reflejo en las puertas de acero del ascensor. Ahí estaba yo, la mujer segura, decidida, la misma que manejaba reuniones y decisiones de millones de dólares. Pero en ese reflejo, a veces, me veía como si buscara algo más allá del éxito. Como si hubiera algo, escondido en las sombras, que mi control absoluto no pudiera alcanzar.

El ascensor llegó al vestíbulo, y crucé las puertas del edificio inspirando hondo. El aire fresco de la ciudad me golpeó suavemente, y aunque me encantaba esa sensación de control en mi vida, había momentos en que me preguntaba cuánto estaba sacrificando. El éxito era una droga poderosa, pero también un ancla. Y Manhattan, con toda su magnitud, su poder y su velocidad, a veces me recordaba que no todo se podía prever, que no siempre estaría en control de mi destino.

Me puse en marcha hacia el café donde Emma me esperaba, consciente de que el día me había recordado esa dualidad que llevaba dentro: la mujer que lo controlaba todo y, al mismo tiempo, la que aún no sabía si todo aquello la llevaría a donde realmente quería estar.

CAPÍTULO 2

Olivia

No estaba preparada para Nathan Grant.

Había escuchado su nombre antes, claro. En mi línea de trabajo, es imposible no haber oído hablar de él. Nathan Grant, el inversor que manejaba sus negocios en Wall Street con precisión quirúrgica y un desprecio por las consecuencias que solo los verdaderos tiburones de las finanzas pueden permitirse. Magnético y despiadado, esas eran las palabras que solían acompañar su reputación. Lo había visto de lejos en algunas galas y eventos, pero nunca había coincidido con él en una reunión, ni mucho menos de manera tan... directa.

La invitación había llegado a mi correo el día anterior: una reunión para discutir un posible proyecto de inversión conjunto, una de esas oportunidades casi imposibles de rechazar, incluso para alguien que, como yo, prefiere mantenerse alejada de los escándalos y la intimidación que envuelven a los Grant.

Así que ahí estaba yo, en la lujosa sala de conferencias de Grant International Holdings, sentada en una de las sillas de cuero negro, rodeada de un equipo de asesores y abogados. Había llegado unos minutos antes, como siempre, y estaba ocupada revisando algunos datos cuando lo vi entrar.

Nathan Grant no necesitaba presentación. Su presencia era abrumadora, y la energía en la sala cambió en el instante en que cruzó la puerta. Cabello castaño, cuidadosamente despeinado, como si el tiempo para arreglarse no fuera una prioridad para él. Alto, de hombros anchos y espalda recta, con el andar de alguien que sabe que todos los ojos están puestos en él. Y su mirada... una mezcla de intensidad y frialdad que hacía imposible apartar los ojos. Sus ojos color ámbar parecían perforar el aire, y la sensación que proyectaba era tan opuesta a la mía que me dejó sin aliento por un instante. En su presencia, uno sentía que no tenía lugar donde esconderse, como si ese par de ojos pudiera desnudar todos tus secretos.

Me mantuve tranquila, o al menos, hice todo lo posible para parecerlo. Mientras él se dirigía hacia su lugar en la mesa, nuestros ojos se cruzaron por un segundo que se sintió como una eternidad. No pude evitar notar un destello en su expresión, como si esa breve conexión hubiera sido suficiente para que ambos captáramos algo del otro. Un reconocimiento silencioso. Había química, de una forma que rara vez sentía en el trabajo.

—Señorita MacKenzie, un placer conocerte al fin —dijo, con una voz profunda y clara, alargando la mano.

Me puse de pie y acepté su apretón de manos, firme y seguro, notando el calor de su piel y cómo sus dedos se cerraban con fuerza calculada. Todo en él era exacto, medido, como si cada movimiento estuviera destinado a transmitir poder y control. Yo sabía exactamente cómo interpretar esos gestos, pero aun así, me sorprendí por el efecto que causaba en mí. Mantuve mi postura relajada, sin apartar la vista, porque no iba a ceder tan fácilmente ante alguien como él.

—El placer es mío, señor Grant —respondí, con la voz tan tranquila como pude manejar.

—El señor Grant es mi padre. Por favor, tuteémonos mejor. Llámame Nathan —me corrigió sin apartar la mirada de mí. Su boca se curvó en una media sonrisa de lo más seductora que hizo que el aire abandonase mis pulmones.

—Está bien..., Nathan —asentí—. Mi nombres es...

—Ya sé quién eres, Olivia. Siempre hago bien mis deberes —dijo con un tono de suficiencia y autoridad que, al contrario de lo que cabría esperar, no me hizo sentirme mas pequeña. Me lo tomé como un desafío, me estaba poniendo a prueba.

«Va a ser una reunión de lo más interesante...», pensé sin mostrar un ápice de temor. Mi postura cambió y noté a mi cuerpo crecer varios centímetros, algo que a él pareció hacerle gracia porque atisbé un cierto brillo de picardía en sus ojos. No como el resto de la sala, que lo observaban con miedo.

Nos sentamos y la reunión comenzó de inmediato, el equipo desplegando gráficos y tablas en la gran pantalla que ocupaba la pared al fondo de la sala. Traté de concentrarme en las proyecciones, pero la presencia de Nathan a mi lado era casi tangible. No hablaba mucho, pero cada vez que se dirigía a mí, su tono era directo, sin rodeos, y no dejaba espacio para interpretar nada más que lo esencial.

Pasaron unos minutos antes de que uno de los abogados hiciera una pausa para revisar unos documentos, y en ese instante de silencio, sentí su mirada sobre mí. Giré la cabeza y lo encontré observándome, con una expresión que me descolocó. No era exactamente una mirada de admiración; había algo más calculador, una mezcla de desafío y curiosidad.

—He escuchado mucho sobre ti, Olivia. —Su voz tenía ese tono suave y preciso que usan los hombres acostumbrados a obtener siempre lo que quieren—. Dicen que tienes un ojo clínico para detectar lo que otros pasan por alto.

Su comentario me tomó por sorpresa, pero no iba a mostrarlo. Sonreí, asintiendo levemente.

—Supongo que es parte del trabajo, ¿no? —respondí con tono casual, inclinándome ligeramente hacia él, devolviéndole el desafío en la mirada—. Aunque no sé si soy tan buena como dicen.

La leve sonrisa en sus labios me indicó que había captado el mensaje. Sabía jugar, y estaba claro que le gustaba hacerlo. Su mirada permaneció fija en la mía, y no pude evitar sentir una electricidad en el ambiente, una tensión que era difícil de ignorar.

—Confío en que eres incluso mejor de lo que dicen. —Su tono era bajo, lo suficiente para que solo yo pudiera escucharlo—. Y créeme, suelo tener buen ojo para eso.

Había algo en su manera de decirlo que no tenía nada que ver con la propuesta de inversión en la que trabajábamos. Era un juego sutil, uno que ambos entendíamos perfectamente. Cada palabra, cada pausa, era un mensaje oculto, una invitación a algo que ni él ni yo nos habíamos atrevido a reconocer en voz alta, pero que parecía resonar en cada intercambio.

—Entonces espero no decepcionarte, Nathan —respondí, manteniendo la mirada firme. Sabía que él esperaba alguna señal de inseguridad, algo que pudiera usar para ganar terreno, pero no iba a dárselo. No era una mujer que cediera fácilmente, ni siquiera a un hombre como él.

La reunión continuó, y a lo largo de las siguientes presentaciones y propuestas, Nathan y yo intercambiamos más miradas y comentarios, cada uno cargado de una tensión que iba más allá de lo profesional. Había una química arrolladora entre nosotros, algo tan potente que

hacía que el resto de la sala casi se desvaneciera. De vez en cuando, sentía que su brazo se acercaba al mío en la mesa, apenas un roce, un contacto tan mínimo que era imposible que alguien más lo notara. Y, sin embargo, cada uno de esos roces era un recordatorio de la electricidad que fluía entre ambos.

Cuando la reunión finalmente terminó, el equipo comenzó a recoger sus cosas y a despedirse. Yo también guardé mis documentos en silencio, pero podía sentir su presencia a mi lado, su mirada fija en mí. Sin decir nada, Nathan me alcanzó en la puerta de la sala de juntas.

—¿Tienes unos minutos para discutir algunos detalles adicionales? —preguntó en voz baja, sin apartar la vista de mí.

Sabía que esta discusión de detalles no era realmente necesaria. Todo lo que necesitábamos saber estaba ya en el contrato y en las propuestas que habíamos discutido. Pero algo dentro de mí quería saber hasta dónde era capaz de llegar este hombre en su intento por jugar.

—Claro —respondí, tan calmada como podía, y dejé que me guiara hacia su despacho privado al final del pasillo.

Una vez dentro, el silencio entre ambos se volvió aún más palpable. Él cerró la puerta con calma y se giró hacia mí, con esa expresión impenetrable, fría, pero que reflejaba algo más profundo, como si estuviera midiendo cada paso que daba. Por un instante, el espacio entre nosotros pareció desaparecer, y su presencia se volvió tan intensa que casi podía sentir el latido de su pulso en el aire.

—Lo que te dije antes... —empezó, con un tono bajo, casi íntimo—. No suelo decirlo a la ligera. Confío en ti, Olivia, y confío en que sabes exactamente lo que haces. —Hizo una pausa, inclinándose un poco hacia mí—. No todo el mundo es capaz de manejar ese tipo de presión.

La tensión era abrumadora, y mientras lo miraba, supe que este juego apenas comenzaba. Podía sentirlo en mi piel, en el aire cargado entre nosotros. Nathan Grant era un hombre que desafiaba a cualquiera que estuviera a su altura, y yo... yo no iba a ser la excepción.

CAPÍTULO 3

Olivia

El despacho de Nathan era tan elegante y sobrio como me lo había imaginado. Paredes de cristal que daban una vista panorámica de Manhattan, una enorme mesa de madera oscura impecablemente ordenada, y libros cuidadosamente dispuestos en estanterías minimalistas. Todo en él reflejaba la misma precisión fría que había notado en nuestro primer encuentro.

Nathan se sentó tras su escritorio, sin apartar los ojos de mí mientras yo tomaba asiento frente a él. La tensión seguía colgando en el aire, casi palpable. Sabía que esta reunión tenía un propósito más allá de los "detalles adicionales" que mencionó en la sala de juntas, pero lo que no sabía era cuánto de mí estaba dispuesta a involucrar en esto. Nathan Grant era peligroso, de una forma distinta a la que estaba acostumbrada. No solo porque controlaba vastos recursos o porque su presencia dominaba cualquier espacio, sino porque había algo en él que rompía mis barreras. Y eso, en sí mismo, era un riesgo que no había previsto.

—Lo que tengo que proponerte es algo que va más allá de cualquier inversión tradicional —dijo Nathan, interrumpiendo mis pensamientos mientras me observaba con esos ojos ámbar que parecían leerme más de lo que yo permitía.

Su tono de voz era bajo, confidencial, como si no quisiera que el mundo entero supiera lo que iba a decir. Su manera de hablar, precisa y pausada, dejaba claro que estaba acostumbrado a tener la atención total de las personas. Y yo, a pesar de mi esfuerzo por mantenerme centrada, no podía evitar sentirme atrapada por su mirada.

—Dime más —respondí, intentando sonar tan neutral como fuera posible.

Nathan se recostó en su silla, cruzando los brazos sobre el pecho. Por un momento, sus ojos se desviaron hacia la ventana, pero solo para volver a mí con una intensidad renovada.

—Mi padre, Thomas Grant III, ha construido un imperio basado en el control y el poder. Es dueño de varias empresas que han crecido a través de estrategias más que cuestionables, aunque desde fuera todo parezca limpio. —Hizo una pausa, como si sus palabras llevaran consigo un peso personal que no podía evitar mostrar—. Lo que quiero hacer es simple: derribar ese imperio. Y para eso, necesito a alguien con tu inteligencia y habilidades.

Lo miré, procesando lo que acababa de decir. Derribar a su propio padre. Era un plan osado, peligroso, y lleno de implicaciones más allá del simple mundo de las finanzas. Mi mente ya comenzaba a analizar las posibles consecuencias: las repercusiones legales, las tensiones familiares, los riesgos en mi carrera. Todo lo que implicaba aceptar esa oferta iba en contra de la forma en que había construido mi reputación. Siempre había mantenido una línea clara entre los negocios y los dramas personales, y ahora Nathan estaba proponiendo que cruzara esa línea de una manera que jamás había considerado.

—Y lo que quieres es hacer caer el valor de las acciones de esas empresas que él gestiona, ¿me equivoco? —dije, aclarando lo que ya había comprendido.

Nathan asintió lentamente, su mirada fija en la mía.

—Exactamente. Sé que tienes la capacidad para hacerlo. Tus habilidades en análisis

financiero, en la predicción de movimientos en el mercado, son exactamente lo que necesito. Esto no es solo una cuestión de inversión, Olivia. Es una estrategia para dismantelar una red de poder que ha controlado demasiadas cosas durante demasiado tiempo.

Mi mente seguía trabajando a toda velocidad, tratando de decidir si esta propuesta era un desastre a punto de suceder o la oportunidad más fascinante de mi carrera. El deseo de aceptar, de lanzarme a este proyecto, era fuerte. Me intrigaba. No solo porque sería un reto monumental, sino porque había algo personal en ello que me atraía. Pero también sabía que estaba pisando terreno peligroso, que Nathan no era alguien que se involucrara en cosas pequeñas, y que aceptar significaría estar, de algún modo, a su merced.

—Esto no es solo un negocio, Nathan —le dije, mirándolo directamente—. Esto es personal. Y cuando los negocios se mezclan con lo personal, las cosas tienden a complicarse.

Él sonrió, una sonrisa leve que no alcanzaba sus ojos.

—¿Te preocupa involucrarte en algo emocional? —preguntó, ladeando la cabeza ligeramente—. Porque te aseguro que esto es un movimiento calculado. No dejo que lo personal interfiera en mis decisiones. Solo busco aliados estratégicos. Y tú eres la mejor que he encontrado.

Sus palabras eran tan frías como efectivas. Sabía cómo tocar los botones correctos, cómo dirigirse a la parte de mí que valoraba la inteligencia y el desafío. Pero aun así, no podía ignorar el subtexto. Sabía que, aunque quisiera separarlo de lo emocional, este plan estaba impulsado por algo más profundo. Venganza. Poder. Control.

—Y si acepto —dije lentamente—, ¿qué ganaría con esto?

Nathan no dudó ni un segundo.

—Una parte significativa de las acciones que caerán. Mi padre tiene varios socios que querrán deshacerse de sus participaciones cuando el valor comience a desplomarse. Con tu ayuda, podremos adquirir esas acciones a precios ridículamente bajos y, eventualmente, recuperar el control de todo el conglomerado. Sería una ganancia enorme para ambos.

Sonaba perfecto, demasiado perfecto. Mi parte más lógica sabía que Nathan estaba ofreciendo algo tentador, una oportunidad que pocos podrían rechazar. Pero la parte de mí que siempre había desconfiado de las promesas fáciles seguía manteniéndose alerta. No solo por la oferta, sino por el hombre que la hacía.

—Sabes que esto puede tener consecuencias serias —dije, entrecerrando los ojos mientras lo analizaba—. Si esto sale mal, o si las cosas no salen como esperas, podríamos terminar en una guerra que destruiría mucho más que un simple negocio.

—Sé en lo que me estoy metiendo —respondió sin pestañear—. ¿Y tú?

Era un reto. Lo supe en cuanto lo dijo. Me estaba midiendo, intentando ver si retrocedería ante la posibilidad de arriesgarlo todo. Nathan era así, lo había entendido desde que lo vi entrar en la sala de juntas. No era alguien que temiera las apuestas grandes. Y ahora me estaba ofreciendo ser su aliada, pero en sus propios términos.

Miré hacia la ventana por un momento, observando el horizonte de Manhattan extendiéndose frente a mí. Este era mi mundo, uno que había dominado hasta ahora siguiendo mis propias reglas. Nunca me había dejado llevar por la tentación de algo tan grande y arriesgado. Pero, al mismo tiempo, había algo en esto, en él, que me impulsaba a aceptar.

—Tendré que revisar todos los detalles —dije finalmente, girando la cabeza para mirarlo a los ojos—. Si decido involucrarme, lo haré bajo mis condiciones. No soy una peón en un

juego de poder familiar, Nathan. Si esto va a funcionar, será porque lo controlo tanto como tú.

Él sonrió de nuevo, y esta vez, su sonrisa sí alcanzó sus ojos. Era la sonrisa de alguien que había ganado una pequeña batalla, pero que sabía que la guerra aún estaba por librarse.

—Por supuesto —dijo, levantándose de su silla—. Esperaré tu respuesta.

Me levanté también, sintiendo el peso de la decisión que acababa de tomar. Este era un camino que podía cambiar muchas cosas, no solo para él, sino para mí. Y aunque sabía que sería peligroso, algo en mí, algo que no quería admitir, ansiaba aceptar el reto.

Nathan se acercó para estrechar mi mano, pero esta vez el contacto duró un poco más de lo habitual. Sentí el calor de su piel, la fuerza contenida en su apretón. Sabía que, aunque había aceptado, nada de lo que venía sería sencillo.

—Confío en que tomarás la decisión correcta —susurró, con una leve inclinación de cabeza.

Lo observé por un segundo más antes de soltar su mano y salir de su despacho. Sabía que no había vuelta atrás. El juego había comenzado. Y ahora, lo único que quedaba era ver quién controlaba las fichas mejor.

CAPÍTULO 4

Olivia

Pasé los siguientes días revisando minuciosamente cada aspecto de la propuesta de Nathan. A simple vista, la estrategia parecía brillante, casi impecable, pero había algo en la sutileza de cada movimiento que dejaba claro que esto no era una simple inversión. Esto era un ataque directo, meticulosamente calculado, para dismantelar el imperio de su padre. Las implicaciones eran grandes, y si accedía a involucrarme, sabía que estaba firmando para algo mucho más peligroso de lo que podía prever. Pero lo cierto es que, a pesar de todos los riesgos, mi curiosidad y mi atracción por Nathan no dejaban de crecer.

Después de días de análisis, me decidí. La parte racional de mí sabía que debía permanecer alerta, pero había otra parte que no podía evitar sentirse emocionada por lo desconocido, por ese lado oscuro y desafiante que Nathan me había mostrado. La atracción, intensa y provocadora, estaba ahí, en cada interacción, y sabía que involucrarme en su plan solo la haría crecer. Pero a pesar de todo, tomé mi teléfono y le escribí el mensaje que estaba seguro él esperaba.

He revisado la propuesta.

Estoy dentro.

Pocos segundos después, su respuesta apareció en la pantalla.

Sabía que tomarías la decisión correcta, Olivia.

Me alegra tenerte de mi lado.

Sonreí, imaginando la satisfacción que habría en su expresión. Pero no iba a dejar que él dominara la situación tan fácilmente.

*Espero que puedas estar a la altura de
tus promesas, Nathan.*

No me involucro en juegos pequeños.

Hubo una pausa antes de que su respuesta llegara, y el tono de su mensaje cambió, volviéndose mucho más personal, cargado de un subtexto que resultaba imposible ignorar.

Nunca juego en ligas pequeñas, Olivia.

Espero que estés preparada para lo que vendrá...

Se tomó unos segundos, que me parecieron eternos, para el siguiente mensaje.

Porque este proyecto será tan desafiante como intenso.

Mi respiración se aceleró ligeramente. Era imposible no captar la insinuación. Este no era solo un intercambio profesional; esto era el inicio de algo peligroso y, en el fondo, lo sabía. Cada palabra parecía un doble filo, una tentación velada que me atraía más de lo que estaba

dispuesta a admitir.

Decidí responder, impulsada por la adrenalina y el deseo de mantenerme en su juego.

Siempre estoy preparada, Nathan.
La pregunta es si tú lo estás. No suelo
hacer concesiones, y menos cuando
está en juego mi reputación.

Su respuesta llegó casi al instante.

Desafío aceptado, Olivia.
Nos veremos en nuestra primera reunión pronto.
No me hagas esperar.

La pantalla del teléfono se apagó, pero yo seguía sosteniéndolo, con la mirada fija, perdida en el reflejo de sus palabras en mi mente. Sabía que esta reunión no sería solo sobre números y estrategias; sería una prueba, un primer paso en un juego de poder en el que ambos estábamos entrando con los ojos abiertos y en el que yo también tenía algo que demostrar.

El día de la reunión llegó, y me preparé con un cuidado especial, eligiendo un conjunto formal, elegante y con un toque sutil de seducción. No era algo que soliera hacer para el trabajo, pero esta no era una reunión cualquiera. Y aunque no planeaba mostrar mi vulnerabilidad, sí quería mantener mi terreno. Cuando llegué al edificio de Grant International, subí al piso de Nathan y fui recibida por su secretaria, quien me guió hasta su oficina.

Nathan estaba sentado detrás de su escritorio, con su mirada penetrante fija en mí desde el momento en que crucé la puerta. Apenas había pasado un segundo y ya sentía la tensión creciente en el aire, una conexión que no necesitaba palabras para hacerse sentir. Nos habíamos enviado mensajes provocadores, pero vernos en persona, compartir el mismo espacio, llevaba esa atracción a un nivel completamente distinto.

—Olivia —dijo en un tono bajo, pero con una intensidad que me atravesó como una descarga—. Me alegra verte aquí.

Mantuve la compostura, permitiéndome solo una sonrisa suave mientras tomaba asiento frente a él.

—Nathan —respondí, cruzando las piernas con naturalidad—. Espero que estés listo para ponerte a trabajar. Estoy aquí para ganar, no para perder el tiempo.

Noté que su mirada se desvió apenas por un segundo hacia mis piernas, pero su expresión permaneció controlada. Ese pequeño desliz me provocó una chispa de satisfacción. Él era un hombre acostumbrado a llevar la delantera, pero yo no estaba dispuesta a dársela sin resistencia.

—Nunca he perdido en algo que realmente me interesa —replicó con una media sonrisa—. Y créeme, este proyecto me interesa más de lo que te imaginas.

El significado detrás de sus palabras era evidente, y yo no tenía intención de disimular lo que también comenzaba a inquietarme. Sabía que el trabajo era solo una parte de lo que estaba en juego entre nosotros. La otra parte, la que no se mencionaba pero que ambos sentíamos, era una conexión más profunda, casi peligrosa. Y en ese momento, sabía que ambos estábamos caminando sobre una línea muy fina.

—Espero que sigas diciendo eso después de trabajar conmigo —respondí, con un tono que dejaba entrever la provocación—. Porque no suelo ser una colaboradora sencilla.

Nathan inclinó la cabeza, observándome como si estuviera midiendo cada palabra.

—No busco algo sencillo, Olivia. Lo fácil me aburre, y lo último que deseo es aburrirme contigo.

La intensidad de su voz, la forma en que cada palabra parecía cargada de un propósito específico, hizo que mi corazón latiera más rápido. Era una sensación inquietante y, a la vez, tentadora. Estaba acostumbrada a tratar con hombres poderosos, pero había algo en Nathan que lo hacía diferente. Quizá era la frialdad controlada, o tal vez la manera en que usaba las palabras como si cada una fuera una herramienta para obtener lo que deseaba.

La reunión continuó, y mientras discutíamos la estrategia de inversión y el análisis de cada movimiento, la tensión entre nosotros se mantenía constante, como un campo magnético que se intensificaba con cada segundo. Me di cuenta de que el trabajo se estaba convirtiendo en una excusa, en un pretexto para seguir explorando esa conexión peligrosa. Cada comentario mío parecía provocar una respuesta de su parte que iba más allá de lo profesional, y, cuando él lanzaba alguna observación, yo respondía con el mismo juego de provocación sutil.

Cuando la reunión terminó, el ambiente entre nosotros estaba tan cargado que resultaba casi abrumador. Nathan se levantó y caminó hacia la ventana, dándome la espalda por un momento. Me levanté también, observando su perfil mientras miraba la ciudad, como si calculase el próximo movimiento en nuestro juego. Y entonces, giró la cabeza lentamente, sus ojos ámbar fijos en los míos.

—Estoy seguro de que tomamos la decisión correcta —dijo, con una sonrisa que contenía un atisbo de complicidad.

Di un paso hacia él, sin apartar la vista.

—Confío en que sea así, Nathan. Pero si esto va a funcionar, debes saber que no seré una observadora pasiva. Si estoy aquí, es porque voy a hacer que las cosas se muevan a mi manera.

Él asintió, dando otro paso hacia mí, acortando la distancia de una manera que solo aumentó la tensión entre ambos. Nos encontrábamos a un par de pasos, cada uno con la mirada fija en el otro, sin ceder terreno. Mi respiración se aceleró un poco, y supe que él notaba cada reacción, cada movimiento sutil de mi cuerpo.

—Eso es precisamente lo que espero de ti, Olivia —respondió en un susurro, con una intensidad que traspasaba cualquier barrera profesional—. No me interesan las cosas a medias.

Por un segundo, nuestros ojos se encontraron en una especie de duelo silencioso, una conexión tan intensa que resultaba casi hipnótica. No dijimos nada más. Era suficiente, al menos por ahora. Sin embargo, mientras me giraba para salir de su despacho, supe que este juego apenas comenzaba, y que ambos estábamos dispuestos a jugar hasta las últimas consecuencias.

CAPÍTULO 5

Nathan

El cielo de Manhattan comenzaba a oscurecerse cuando entré al bar donde había quedado de verme con mi hermano pequeño, Blake. Era uno de esos lugares de estilo antiguo, con luces bajas y paredes de madera oscura, el tipo de sitio que permitía tener conversaciones en voz baja sin atraer la atención de nadie. El bar estaba casi vacío, y lo vi de inmediato: estaba en una de las mesas del fondo, con una cerveza en la mano y el semblante relajado, aunque había en sus ojos una alerta que reconocía bien.

Blake siempre había tenido un carácter más tranquilo que el mío, más racional y menos inclinado a tomar riesgos innecesarios. Quizás por eso, desde que éramos niños, asumí el papel de protector, el que cargaba con la rabia y la rebeldía que nuestro padre nos inspiraba. Pero en este caso, ambos compartíamos la misma motivación, la misma sed de derribar lo que Thomas Grant III había construido a costa de nuestro bienestar.

—Nathan —me saludó, extendiendo la mano con una sonrisa—. Justo a tiempo, como siempre.

Le devolví la sonrisa y tomé asiento frente a él. Mientras me acomodaba, pensé en cuánto había cambiado desde la última vez que tuvimos una conversación sobre nuestro padre. La última vez, la idea de desafiar a Thomas era solo un pensamiento en el fondo de mi mente, una rabia contenida y una necesidad de controlarlo todo. Hoy, el plan estaba en marcha, y con Olivia en el equipo, finalmente sentía que tenía las piezas necesarias para hacer caer su imperio.

Blake me observó en silencio durante unos segundos, y supe que, antes de que yo abriera la boca, él ya tenía una idea de lo que estaba planeando. Era uno de los pocos que podía leerme sin esfuerzo.

—¿De qué va todo esto? —preguntó, inclinándose hacia mí con los codos sobre la mesa—. Llevas semanas esquivando preguntas, y no creo que se trate solo de otro negocio cualquiera.

Lo miré directamente, sin intenciones de rodeos. Blake siempre había sido mi confidente, la única persona en la que podía confiar ciegamente, pero había una parte de mí que se resistía a exponerlo a todo el peso de lo que estaba a punto de decir.

—Voy a hacer caer las empresas de nuestro querido padre —dije en voz baja, observando su reacción—. Cada una de ellas, desde dentro. Es hora de que el todopoderoso Thomas Grant aprenda que el poder no es eterno.

Por un instante, el rostro de Blake mostró sorpresa, pero enseguida se tornó pensativo. Sabía que no lo estaba tomando a la ligera. Siempre había compartido el mismo desprecio hacia nuestro padre, pero mi hermano entendía bien lo que significaba enfrentarse a alguien como él.

—¿Estás seguro de esto? —preguntó con el tono cuidadoso que usaba cuando estaba analizando un problema desde todos los ángulos—. Sabes que si algo sale mal, padre no se

quedará quieto. Sus represalias no serán solo financieras.

Asentí, y noté cómo mi mandíbula se tensaba al recordar los años de control y manipulación que habíamos sufrido de su parte. Thomas Grant III nunca había sido un padre en el sentido genuino de la palabra. Más bien, era una figura imponente que había moldeado nuestras vidas a su antojo, castigándonos cada vez que nos desviábamos de lo que consideraba el camino correcto. Había aprendido desde joven que en nuestra familia, el amor no era una opción; solo existían el poder y la obediencia.

—Lo sé —respondí, con una frialdad que solo él podía entender—. Pero esta vez no voy a retroceder. Tiene que pagar por todo lo que hizo. Y no solo a nosotros. Sabes tan bien como yo que él ha destruido vidas con tal de mantener su posición. Es hora de que alguien le enseñe que no puede controlarlo todo.

Blake permaneció en silencio, y pude ver el conflicto en su expresión. Él siempre había sido más prudente que yo, más calculador y menos propenso a dejarse llevar por las emociones. Era ese equilibrio lo que me había ayudado a mantenerme enfocado durante tantos años, incluso cuando mi odio hacia nuestro padre amenazaba con consumirlo todo.

—¿Y en qué consiste exactamente el plan? —preguntó finalmente, con una calma que sabía era solo una fachada.

Sonreí, inclinándome hacia él. Sabía que, a pesar de sus reservas, Blake estaba tan comprometido como yo en esta causa. Su preocupación era genuina, pero también conocía la rabia que había acumulado durante años.

—No puedo darte todos los detalles aun —respondí—, pero diré esto: cada una de sus empresas depende de un sistema que está interconectado. Si hacemos caer una, las demás seguirán como fichas de dominó. Las alianzas que tiene se debilitarán, los socios comenzarán a vender, y, cuando menos lo espere, su imperio estará tambaleándose.

—¿Alianzas débiles? —repitió, entrecerrando los ojos—. ¿Y cómo piensas explotar esas debilidades?

—Con ayuda de alguien que sabe lo que hace —respondí, recordando a Olivia. No le mencioné su nombre, no aún. Sabía que Blake podría reconocerla como uno de los consultores financieros más sólidos y confiables, y prefería mantener sus preguntas a raya hasta que fuera absolutamente necesario—. Solo te diré que tengo un equipo en el que confío plenamente.

Blake asintió lentamente, aunque noté que su preocupación aún permanecía en sus ojos. Sabía lo que estaba pensando. Él había sido testigo de cómo Thomas había destruido a otros rivales, cómo había aplastado a cualquiera que intentara interferir con sus negocios. Sabía que las represalias de nuestro padre no serían leves, y entendía que si fallábamos, las consecuencias serían catastróficas.

—Nathan, sabes que voy a apoyarte en esto —dijo, dejando la cerveza en la mesa—, pero tienes que ser realista. Padre no es alguien a quien puedas simplemente tumbar sin esperar que pelee hasta el final. Y si descubre lo que estás haciendo, no dudará en arremeter contra ti con todo lo que tiene.

Su advertencia era clara, y yo lo sabía. Thomas Grant III no tenía límites. Si descubría mis planes, no descansaría hasta verlos destruidos. Pero eso era lo que quería: una guerra en la que solo uno de los dos quedara en pie. Y por primera vez, sentía que tenía las herramientas necesarias para ganarla.

—Es un riesgo que estoy dispuesto a tomar —respondí—. Esta no es solo una cuestión

de venganza. Es algo que debemos hacer para ser verdaderamente libres.

Blake me observó en silencio, y supe que comprendía mi decisión, aunque no la compartiera completamente. Él tenía sus propias razones para odiar a nuestro padre, razones que se habían construido a lo largo de una vida de manipulaciones y castigos. Pero Blake también era el único que podía ofrecerme esa perspectiva, la que me recordaba que el poder tenía un costo.

—Entonces ten cuidado —dijo finalmente, con voz seria—. Porque aunque hayas elegido el mejor equipo, padre siempre ha tenido ojos y oídos en todas partes. Y si alguien se entera de lo que estás planeando, podrías estar jugándote algo mucho más que su imperio.

Asentí, agradecido por su sinceridad. Sabía que Blake siempre estaría ahí, como lo había estado en cada uno de mis pasos. Pero esta vez, el riesgo era solo mío. No iba a permitir que él pagara por los pecados de Thomas o por mi decisión de enfrentarlo.

Brindamos, sellando el compromiso silencioso que siempre había existido entre nosotros. Mientras alzaba el vaso, pensé en lo que estaba por venir. Había dejado claro que no habría vuelta atrás. Y en algún lugar, sabía que Thomas Grant también estaba listo para la guerra, aunque aún no supiera quién estaba a punto de declarársela.

CAPÍTULO 6

Olivia

La tensión en el despacho de Nathan era tan densa que casi podía cortarse con un cuchillo. Nos habíamos visto en un par de reuniones desde que acepté su propuesta, y cada encuentro parecía llevarnos al límite de lo profesional y lo personal, como si estuviéramos probando hasta dónde éramos capaces de resistir sin ceder a la atracción que ardía en el aire. Sin embargo, esta reunión en particular estaba alcanzando un nivel completamente nuevo de intensidad, un nivel que nunca había experimentado con ningún otro cliente ni socio.

Nathan estaba sentado frente a mí, sus ojos ámbar fijos en los míos, y aunque intentaba centrarme en los documentos que tenía sobre la mesa, sabía que él me estaba observando con una atención que traspasaba la formalidad. Sus dedos tamborileaban con lentitud sobre el escritorio, un ritmo casi hipnótico, y cuando nuestras miradas se cruzaban, una pequeña chispa parecía incendiarlo todo de nuevo.

Me obligué a concentrarme en el proyecto, en las cifras y los análisis que había pasado horas estudiando, pero con cada palabra que salía de mi boca, cada explicación que intentaba ofrecer, el calor entre nosotros se intensificaba. Él estaba tan cerca que podía sentir su presencia antes incluso de que hablara, antes de que su voz profunda y calculada llenara el espacio.

—Como puedes ver, si alineamos las inversiones de esta manera, lograremos que la liquidez se mantenga estable mientras erosionamos lentamente el valor de las acciones de la empresa de tu padre. —Intenté mantener mi tono lo más neutro posible, pero el leve temblor en mi voz me delató, y lo supe al instante. Nathan, por supuesto, no dejó pasar ese detalle.

—Interesante estrategia, Olivia —murmuró, esbozando una media sonrisa—. Aunque tengo la impresión de que no eres alguien que solo juegue a lo seguro. ¿Me equivoco?

La intensidad de su mirada, esa pequeña sonrisa, provocaron un escalofrío que recorrió mi columna vertebral, uno que luché por ignorar. Él lo sabía, podía verlo en la manera en que inclinaba la cabeza ligeramente, en el leve arqueado de sus cejas, como si estuviera disfrutando de cada segundo de ese juego que se desarrollaba entre nosotros.

—No juegas a lo seguro en algo como esto, Nathan —respondí, manteniéndome firme—. Pero si esperas que tome decisiones impulsivas, temo que vas a tener que intentarlo un poco más.

Su sonrisa se amplió, y en sus ojos vi ese brillo desafiante, como si mi respuesta le hubiese dado exactamente lo que quería. Sabía que estaba provocándolo, y parte de mí lo hacía intencionalmente. Me gustaba ese juego, me gustaba sentir cómo ambos medíamos cada palabra, cada gesto, tratando de mantenernos en control sin ceder terreno.

—Créeme, Olivia, no es mi estilo jugar a medias —dijo, recostándose en su silla y cruzando los brazos, sin apartar los ojos de mí—. Cuando decido hacer algo, lo hago completamente, y no suelo dar marcha atrás.

No pude evitar notar cómo su mirada se deslizaba brevemente hacia mis labios, un gesto

tan sutil que podría haber pasado desapercibido para cualquiera... menos para mí. Esa mirada, ese destello, hacía que me preguntara si hablaba del proyecto o de algo más, y no pude evitar sentir cómo mi pulso se aceleraba. Sabía que estábamos jugando con fuego, y aunque toda mi racionalidad me decía que debía detenerme, había algo en mí que no podía evitar sentir curiosidad por ver hasta dónde podíamos llegar.

—Entonces espero que hayas calculado bien los riesgos —respondí, inclinándome ligeramente hacia él, desafiándolo a mi vez—. Porque esto podría acabar quemándonos a ambos.

Nathan se inclinó hacia adelante también, reduciendo la distancia entre nosotros, y en ese momento, el resto del mundo pareció desvanecerse. Solo estábamos él y yo, en una especie de batalla silenciosa, una confrontación en la que ninguno de los dos quería ceder. Podía sentir su aliento, cálido, cerca de mí, y la tentación de cruzar esa línea, de romper la distancia, se volvió casi irresistible.

—Nunca he tenido miedo a quemarme, Olivia. De hecho, creo que es el único riesgo que merece la pena tomar —murmuró, su voz apenas un susurro que me provocó un escalofrío de anticipación.

Mis labios se entreabrieron por puro reflejo, y por un segundo, sentí cómo la adrenalina corría por mis venas. Cada fibra de mi ser estaba gritando, deseando cruzar esa línea, deseando que él también lo hiciera. Podía ver en sus ojos que él estaba debatiéndose con el mismo impulso, con la misma atracción arrolladora que sentía yo. Sabíamos que estábamos en el borde, y que un paso más podría desatar algo mucho más grande que cualquiera de nosotros.

Pero, en ese instante, el sonido de la puerta abriéndose rompió el hechizo. Nos separamos de inmediato, casi como si una ráfaga de aire frío hubiera barrido el lugar. Me giré y vi a un hombre entrar, y aunque apenas había visto fotos de él, supe de inmediato quién era. Blake Grant. Tenía el mismo porte que Nathan, la misma presencia imponente, aunque en sus rasgos había algo más suave, una expresión menos contenida y fría.

—Espero no estar interrumpiendo —dijo Blake, esbozando una sonrisa mientras cerraba la puerta detrás de él—. Solo quería ver si mi hermano está disponible para una pequeña charla.

Nathan se enderezó en su asiento, componiendo su expresión en una calma que sabía que también era una fachada. Lo conocía lo suficiente para ver que, detrás de esa tranquilidad, había una frustración contenida, una tensión que había quedado inconclusa.

—No, no interrumpes. Ya habíamos finalizado —respondió Nathan, con voz firme, aunque podía notar el leve tono de incomodidad en ella.

Yo recogí los documentos que había traído, y con el mismo aire de profesionalismo que intentaba mantener desde el principio, me levanté de mi asiento, sintiendo cómo la intensidad del momento aún me envolvía, como una carga estática que no había encontrado una descarga adecuada. Sabía que Nathan también lo sentía; lo vi en la forma en que me miró, en ese instante antes de apartar la vista hacia su hermano.

—Seguiré trabajando en los detalles y te mantendré informado.—dije, con el tono más neutral que pude reunir.

Él asintió, y nuestros ojos se encontraron una vez más, intercambiando un último vistazo cargado de algo que ninguno de los dos estaba dispuesto a reconocer abiertamente.

Me giré hacia Blake, quien me observaba con una expresión curiosa, como si pudiera

intuir la tensión que flotaba en el aire. Saludé con una leve inclinación de la cabeza. Él me devolvió una sonrisa cortés, aunque vi en sus ojos el destello de alguien que comprendía mucho más de lo que parecía.

Salí del despacho, y mientras caminaba por el pasillo, sentí cómo mi respiración se calmaba, aunque el ritmo acelerado de mi corazón seguía recordándome la intensidad de lo que acababa de suceder. Había estado a punto de cruzar una línea, una que nunca había considerado cruzar con nadie en el ámbito profesional, y, sin embargo, con Nathan, era como si esa frontera no existiera.

La atracción entre nosotros era tan intensa que parecía casi inevitable. Sabía que me estaba acercando a algo peligroso, y que jugar con alguien como Nathan significaba arriesgar mucho más que mi carrera. Era una especie de desafío, uno que ambos comprendíamos, y lo peor era que ambos estábamos dispuestos a jugar.

Mientras esperaba el ascensor, tomé una respiración profunda y cerré los ojos un instante, intentando recuperar la compostura. Pero la verdad era que Nathan Grant había puesto mi mundo de cabeza, y aunque cada parte de mí sabía que debería mantenerme alejada, la otra parte —la que estaba agotada de mantener el control— quería saber hasta dónde llegaríamos antes de que alguno de los dos decidiera ceder.

CAPÍTULO 7

Nathan

Blake me miraba con el ceño fruncido, claramente preocupado, como si quisiera encontrar en mis ojos algún tipo de señal de que todo esto era una mala broma. Su semblante, siempre tranquilo, ahora estaba endurecido, y su silencio hacía que el ambiente se volviera cada vez más pesado. Había visto a Olivia en mi despacho, y aunque él siempre había sido alguien que observaba antes de sacar conclusiones, no le tomó mucho tiempo atar cabos.

Me apoyé en el borde de mi escritorio, cruzando los brazos, esperando a que hablara. Sabía que el primer comentario sería una crítica, una de esas advertencias tuyas en las que ponía por delante el sentido común, el cual yo solía ignorar cuando se trataba de mi padre. A pesar de nuestras diferencias en cuanto a enfrentarlo, siempre había podido contar con Blake para apoyarme. Sin embargo, esta vez, su incomodidad era tan evidente que decidí darle la oportunidad de desahogarse.

—¿Olivia MacKenzie? —comenzó, sin intentar disimular el tono de incredulidad en su voz—. ¿Es ella quien te está ayudando con esto?

Lo miré con calma, manteniendo mi postura. Sabía que no le hacía gracia la idea, pero no pensaba disculparme ni intentar suavizar las cosas.

—Sí —respondí simplemente, manteniendo mi tono bajo y directo—. Olivia tiene el talento y la capacidad que necesito para llevar adelante este plan. Y sabe lo que está en juego.

Blake sacudió la cabeza, como si intentara procesar la situación, antes de soltar un suspiro.

—¿Te has planteado siquiera lo que significa involucrarla? —inquirió, su tono aún tranquilo, pero con esa firmeza que usaba cuando se preocupaba de verdad—. Esto no es solo un proyecto más, Nathan. Si esto sale mal... No solo tú estarás en el centro del escándalo. Ella también pagará las consecuencias, y puede que ni siquiera sea consciente de la magnitud de lo que se está jugando.

—Olivia sabe perfectamente lo que está haciendo, Blake —respondí, intentando controlar el impulso de cerrar la conversación de golpe—. No es nueva en el juego. Está aquí porque comprende el riesgo y porque, al igual que yo, quiere algo que vaya más allá de lo seguro.

Él negó con la cabeza, cruzando los brazos mientras caminaba de un lado a otro de la habitación. Sabía que, para él, esto iba más allá de mi ambición por hacer caer a Thomas. Involucrar a alguien de fuera, especialmente a Olivia, era algo que él no terminaba de aceptar.

—Hermano, no es solo cuestión de experiencia o de querer arriesgarse. Olivia puede tener todo el talento del mundo, pero... ¿Has pensado en lo que sucederá si Thomas descubre quién te está ayudando a destruir su imperio? —insistió—. Sabes que él no se quedará de brazos cruzados. Si descubre que Olivia está implicada, no dudará en arruinar su carrera, y eso será solo el principio.

Mi mandíbula se tensó al escuchar sus palabras. Sabía que mi padre era capaz de

aplastar a cualquiera que interfiriera en su camino. Lo habíamos visto una y otra vez, cómo trataba a sus socios y aliados como piezas reemplazables, usándolos y descartándolos sin pensarlo dos veces. Sin embargo, mi objetivo era evitar que Thomas llegara a enterarse de nada. Este plan debía ser limpio y certero; de otra manera, no habría comenzado a ejecutarlo.

—La clave está en la discreción, hermanito —contesté, intentando transmitirle la seguridad que él parecía necesitar—. Nadie sabrá que Olivia está involucrada, y mucho menos él.

Blake se detuvo frente a mí, mirándome con una mezcla de frustración y exasperación. Sabía que mis palabras no bastaban para tranquilizarlo; él necesitaba certezas, garantías que, en el fondo, ni siquiera yo podía darle.

—Esto es más que discreción, Nathan. Sabes que Thomas siempre ha tenido una red de espías que le permite enterarse de cualquier movimiento que amenace sus negocios. Incluso si Olivia lo hace a la perfección, la posibilidad de que algo salga mal siempre estará ahí, y si eso ocurre... te aseguro que las represalias no solo afectarán a ella, sino a ti también.

Me aparté del escritorio, sin desviar la mirada. La preocupación de Blake era válida, pero estaba tan cansado de sentir el peso de las amenazas de nuestro padre que no podía permitir que esa sombra me detuviera.

—Blake, llevo años esperando esta oportunidad. Años observando cada uno de sus movimientos, calculando cada una de sus debilidades —dije, mi tono más bajo, más decidido—. Si me detengo ahora, solo estaré confirmando que él todavía tiene el control sobre mí, y sobre nosotros. ¿No estás harto de eso?

Blake se quedó en silencio, sus ojos reflejando una mezcla de dolor y resentimiento. Sabía que compartía ese sentimiento, que también sentía el peso de las decisiones de nuestro padre y que, al igual que yo, quería liberarse de esa carga.

—Lo estoy, Nathan. No tienes idea de cuánto —admitió, soltando un suspiro pesado—. Pero la diferencia es que no estoy dispuesto a arriesgar todo por esa revancha. No si eso significa poner en peligro a las personas que nos importan, o destruir lo que hemos construido.

Entendía su punto, y en algún nivel, sabía que Blake estaba tratando de protegerme de algo que él consideraba una causa perdida. Sin embargo, no podía dejar de lado esta oportunidad. La presencia de Olivia en el proyecto era una pieza clave, y si ella estaba dispuesta a arriesgarse, yo también debía hacerlo.

—Sé que es un riesgo, pero es uno que estoy dispuesto a asumir —le dije, fijando mi mirada en la suya—. Olivia lo comprende. Confío en ella y en su capacidad para hacer esto de la manera correcta.

Blake me observó, todavía preocupado, pero con una expresión de resignación. Sabía que, por mucho que intentara disuadirme, mi decisión estaba tomada. Siempre había sido así entre nosotros: él intentaba ser la voz de la razón, mientras que yo optaba por avanzar sin mirar atrás.

—Solo prométeme algo, Nathan —dijo finalmente, su tono más suave—. Si en algún momento esto empieza a salirse de control, si ves que no puedes proteger a Olivia de lo que se avecina, sal de ahí. No hagas que ella pague el precio de nuestra guerra contra padre.

Asentí lentamente, comprendiendo la gravedad de su petición. Sabía que Blake no hablaba a la ligera y que, para él, la posibilidad de que algo saliera mal era tan real como el aire que respiraba. Pero estaba dispuesto a asumir ese riesgo, y aunque no podía hacerle una

promesa definitiva, intenté darle la tranquilidad que él necesitaba.

—Te lo prometo, hermanito —dije, con sinceridad—. No dejaré que ella sufra las consecuencias. Si algo sale mal, asumiré la responsabilidad.

Blake asintió, aunque no pude evitar notar la incertidumbre en su expresión. Sabía que, para él, este plan representaba una amenaza a todo lo que habíamos construido, y la idea de involucrar a Olivia añadía una carga que no estaba seguro de poder soportar. Pero también sabía que, en algún nivel, confiaba en mí y en mi determinación para llevar esto hasta el final.

Nuestra conversación llegó a su fin, pero el peso de sus palabras permaneció conmigo. Sabía que Blake estaba preocupado por las repercusiones, y que su advertencia no era en vano. Thomas era implacable, y si llegaba a enterarse de la participación de Olivia, no dudaría en usar todos los recursos a su disposición para destruirla. Pero también sabía que, en el fondo, estaba dispuesto a hacer cualquier cosa para evitar que ese poder siguiera afectando nuestras vidas.

Mientras veía a Blake salir de la oficina, comprendí que su preocupación no era solo por Olivia, sino también por nosotros, por la posibilidad de que, al destruir a nuestro padre, destruyéramos algo en nosotros mismos. Pero el precio de mantenernos en silencio era demasiado alto.

Y yo ya no estaba dispuesto a pagar.

CAPÍTULO 8

Olivia

La gala estaba en pleno apogeo cuando llegué al salón, y el brillo de las luces, las copas de champaña y las risas suaves que flotaban en el aire creaban una atmósfera embriagadora. Sabía que Nathan estaría aquí. Lo había visto en la lista de invitados, y aunque la invitación llegó por mis propios contactos en el mundo de las inversiones, parte de mí quería ver cómo se desenvolvía entre los peces gordos. Esta vez, sin la formalidad del despacho y sin la estructura rígida de una reunión.

Apenas crucé el salón, mis ojos lo encontraron, casi como si algo invisible nos uniera y guiara. Estaba junto a un grupo de inversores, su traje oscuro impecable, la corbata perfectamente anudada, proyectando ese aura de poder que parecía inherente a su presencia. Mi pulso se aceleró de inmediato. Nathan Grant era el tipo de hombre que no podía evitar destacar, y en una gala como esta, donde todos competían por hacerse notar, él lo lograba con una facilidad insultante.

Nathan levantó la mirada, y cuando me vio, una sonrisa se deslizó por sus labios, una mezcla de reconocimiento y provocación que me dejó sin aliento. Había en él algo que me hacía olvidar la prudencia, como si cada vez que nuestras miradas se encontraban, todo a nuestro alrededor se difuminara, y solo quedáramos nosotros, enredados en un juego que se volvía más y más tentador.

Decidí no acercarme de inmediato; me moví entre los invitados, deteniéndome en un par de conversaciones cortas, lo justo para mantener las apariencias. Pero, aun así, sentía sus ojos sobre mí, deslizándose por cada movimiento, como si estuviera trazando el camino que me llevaría hasta él. Finalmente, tras unos minutos, tomé una copa de champaña de la bandeja de un camarero y avancé hacia donde estaba.

—No imaginaba verte aquí, Nathan —le dije en tono casual, aunque la verdad era que había estado esperando este encuentro desde el momento en que supe que ambos asistiríamos.

—Siempre es un placer encontrarme contigo en los lugares menos esperados —respondió, su voz tan baja que apenas llegaba a mis oídos, como si nuestras palabras fueran un secreto compartido.

Nuestros ojos se encontraron nuevamente, y en esa fracción de segundo sentí un escalofrío recorrer mi columna. Sabía que él era consciente de lo que provocaba en mí, y esa certeza le daba aún más control sobre la situación. Sin embargo, no iba a ceder tan fácilmente; si él quería jugar, yo también estaba dispuesta a hacerlo.

La música comenzó a sonar, y con un gesto que denotaba una confianza absoluta, Nathan extendió la mano hacia mí. Sin decir una palabra, acepté su invitación y dejé que me guiara hacia la pista de baile. Los demás invitados giraban a nuestro alrededor, pero para mí solo existíamos él y yo, y ese campo magnético que parecía envolvernos cada vez que estábamos juntos.

Nathan colocó una mano en mi cintura, firme, mientras la otra sostenía mi mano. Nos movíamos al ritmo de la música, pero había algo más en ese baile, algo latente que hacía que cada paso, cada giro, se sintiera como un desafío sutil. La cercanía entre nuestros cuerpos, la intensidad de su mirada... todo contribuía a que mi pulso se acelerara con cada segundo que pasaba.

Fue entonces, mientras me guiaba en un giro, que Nathan inclinó la cabeza y susurró en mi oído, su voz baja y cargada de una sensualidad que hizo que mi cuerpo respondiera antes de que mi mente pudiera procesar sus palabras.

—Dime, Olivia... ¿alguna vez lo has hecho en un baño público? —murmuró, y su tono sugerente, casi insolente, hizo que el calor subiera a mis mejillas—. Sabiendo que alguien podría pillarte en cualquier momento.

El mundo se detuvo. La respiración se me aceleró y sentí cómo una corriente de deseo me recorría de arriba abajo, encendiendo cada célula de mi cuerpo. La intensidad de su mirada, la cercanía de su aliento, hacían imposible concentrarse en otra cosa que no fuera él y lo que sus palabras provocaban en mí. Quise responder, desafiarlo de algún modo, llevar el juego a un límite aún mayor, pero era difícil articular palabra con él tan cerca.

—No soy de ese tipo de riesgos... —respondí finalmente, tratando de mantenerme fría, pero notando cómo mi voz me traicionaba con un leve temblor.

Su sonrisa se amplió, consciente de la reacción que había provocado en mí. Entonces, con una leve inclinación de cabeza, acercó sus labios a mi oído una vez más, y su aliento cálido me hizo estremecer.

—Eso es lo que me gusta de ti... siempre en control. Pero incluso tú tienes un límite, ¿verdad?

Mis labios se entreabrieron, y estaba a punto de responder, de aceptar su desafío y ver hasta dónde estaba dispuesto a llevarnos este juego, cuando un hombre se acercó a nosotros, interrumpiendo ese momento cargado de tensión. Era uno de los guardaespaldas de Nathan, vestido de manera discreta, pero su semblante dejaba claro que traía un mensaje urgente.

Nathan giró la cabeza hacia él, y tras unos segundos en los que el hombre le susurró algo al oído, su expresión cambió, volviéndose más tensa. Me miró, y en sus ojos pude ver un destello de frustración, como si no quisiera dejar el momento inconcluso, pero su obligación le exigiera hacerlo.

—Tengo que irme —dijo, y aunque su tono intentaba sonar casual, no podía esconder la insatisfacción en sus palabras.

Asentí, sin saber muy bien cómo responder, todavía atrapada en la mezcla de emociones que sus provocaciones habían dejado en mí. Estaba segura de que, si no hubieran interrumpido, el desenlace habría sido muy distinto, y la sensación de anticipación dejaba un sabor amargo en mi boca.

Nathan tomó mi mano, y por un segundo, sujeta entre sus dedos, sentí un calor inesperado, una cercanía que traspasaba el juego en el que estábamos inmersos. Luego, sin decir nada más, se inclinó hacia mí y, rozando el lóbulo de mi oreja con los labios, en un gesto que, aunque breve, me hizo sentir una conexión tan intensa como un rayo, ronroneó:

—Retomaremos esta conversación en otro momento.

Y entonces, con la misma seguridad con la que había entrado, Nathan se marchó, acompañado por su guardaespaldas. Lo observé desaparecer entre la multitud, incapaz de procesar del todo lo que acababa de suceder. Me quedé en medio de la pista de baile, con la

música resonando a mi alrededor y el eco de sus palabras en mi mente, sintiendo cómo la realidad volvía a tomar forma.

Intenté recomponerme, tomar una respiración profunda y volver a ponerme en control. Pero la verdad era que Nathan Grant había conseguido romper esa coraza, y las sensaciones que había dejado en mí no desaparecerían tan fácilmente.

Mientras regresaba al borde del salón, tratando de recomponer mis pensamientos, me sorprendí a mí misma con una sonrisa en los labios. Sabía que ese juego no había terminado. Que, si algo había aprendido de Nathan, era que él nunca dejaba las cosas a medias. La próxima vez, nuestras miradas se cruzarían de nuevo, y sabía, con una certeza que ardía en cada rincón de mi ser, que estaba dispuesta a aceptar su desafío.

Porque el juego que había comenzado entre nosotros no solo era una prueba de control. Era una invitación a dejarme llevar, a descubrir qué sucedía cuando dos fuerzas iguales, tan intensas como distintas, se encontraban y chocaban en un terreno sin reglas.

CAPÍTULO 9

Nathan

Los días transcurridos desde el baile habían sido un desafío constante. Entre Olivia y yo, ese juego peligroso seguía en pie, aunque ninguno había vuelto a mencionar lo sucedido. Era como si ambos supiéramos que cualquier intento de retomar esa conversación podría derribar la frágil estructura de profesionalismo que habíamos construido. La tensión entre nosotros se sentía en cada reunión, en cada cruce de miradas, como una cuerda a punto de romperse, y ambos parecíamos empeñados en mantenerla firme.

La rutina de trabajo avanzaba y, entre papeles, análisis y estrategias, Olivia y yo nos esforzábamos por cumplir los objetivos sin distraernos más de lo necesario. Aun así, la cercanía se había vuelto diferente, una corriente soterrada de deseo que ambos sabíamos controlar, pero que estaba lejos de desaparecer.

Esa mañana, mientras estábamos en mi despacho revisando una nueva serie de documentos para el proyecto, la puerta se abrió de golpe. No necesitaba mirar para saber quién había entrado; el ambiente se enfrió con solo su presencia, y la energía en la sala se transformó en una presión sutil, sofocante. Mi padre, Thomas Grant III, había decidido honrarnos con su visita. Tras él, mi secretaria, Lydia, caminaba de forma apresurada y con un semblante pálido.

—Hijo, por fin te encuentro —dijo, su tono gélido pero impregnado de un sarcasmo que me puso en alerta de inmediato.

—Lo siento mucho, señor Nathan —se apresuró a disculparse mi secretaria. Estaba acalorada, más por el nerviosismo que por la carrera que se acaba de dar. Se llevó una mano al pecho al mismo tiempo que tomaba una bocanada de aire—. No quiso que le anunciara y...

—Tranquila, Lydia. No pasa nada —la calmé—. Yo me ocupo, puedes irte —le dije. Le mostré una sincera sonrisa tranquilizadora, ella asintió y se fue.

Cuando devolví la mirada hacia mi padre, este me correspondió con un gesto serio. Sus ojos se deslizaron hacia Olivia, quien, con la calma que siempre la caracterizaba, observaba todo con suma atención, como si la presencia de Thomas no significara nada.

Aunque su postura era formal, noté la forma en que Olivia se mantenía firme y sin intenciones de mostrar el más mínimo temor. Sentí una ola de orgullo apoderarse de mí, pero mantuve mi máscara ante él.

—Olivia, te presento a mi padre, Thomas Grant III —dije, mi voz tan fría como la suya, casi retándolo a ver si se atrevía a hacer algún comentario.

Ella asintió levemente, se levantó de una forma elegante y le extendió la mano, acompañando ese gesto con una hermosa sonrisa. Fue un movimiento sutil, uno que mi padre apenas notó, pero suficiente para que yo entendiera su mensaje: no tenía intención de ceder ni una pizca de terreno frente a él.

—Encantada de conocerlo, señor Grant —saludó.

Cuando él tomó su mano, con ese semblante tan frío e inescrutable, sentí una necesidad

inminente de levantarme y protegerla; quería alejarla de él, pero, sobre todo, no quería que la tocara.

—Señorita MacKenzie. —Mierda, la había reconocido. El corazón se me detuvo—. Es todo un honor conocerla en persona. No sabía que mi hijo necesitase de sus servicios, ya que siempre se jacta de ser un tiburón de las finanzas. ¿Están trabajando en algún proyecto de inversión nuevo? —dijo Thomas, su tono cortante, como si quisiera intimidarla o, al menos, recordarle que, para él, todos éramos piezas reemplazables.

—No hablo sobre mis clientes, señor Grant. Sería una muy mala profesional si fuese aireando por ahí mis acuerdos profesionales —Olivia respondió con una calma que me dejó sin aliento. Liberó su mano de su agarre y comenzó a recoger los papeles que estábamos estudiando con una seguridad que apenas se desmoronaba bajo la mirada inquisitiva de mi padre.

Me miró de soslayo y no pude evitar sonreír. Era como si en ella hubiera un pacto silencioso conmigo. Olivia sabía lo que estaba en juego y lo enfrentaba con la misma determinación que yo. Estaba completamente comprometida y, en ese momento, su presencia se convirtió en un recordatorio de que había encontrado en ella mucho más que una simple aliada profesional.

Thomas no se movió, pero noté cómo su mandíbula se tensaba al escuchar su respuesta. Era un hombre que estaba acostumbrado a tener el control absoluto, y Olivia, sin siquiera alzar la voz, se había convertido en una pequeña, pero significativa, fuente de irritación. Eso me gustó y deseé que Blake estuviese aquí para disfrutarlo tanto como yo.

—Perfecto, entonces —soltó él, girándose hacia mí con una mirada que conocía bien—. Venía a recordarte que debes asistir a la gala benéfica anual de la fundación Grant. Espero que no haya... distracciones innecesarias. —Se aseguró de poner especial énfasis en eso último, mirando de soslayo hacia Olivia unos breves instantes—. Me esfuerzo mucho para que nuestras iniciativas sigan el camino correcto, Nathan. Y espero que tengas claro lo que significa esa obediencia.

Quise responderle con una réplica cargada de desprecio, algo que dejara claro cuánto valoraba su maldito control, pero me contuve. Thomas siempre había sabido cómo presionar mis puntos débiles, y, en esta ocasión, la simple presencia de Olivia era suficiente para mantenerme enfocado en lo que realmente importaba: no dejar que mi rabia personal arruinara el plan.

—No te preocupes, padre —respondí, esforzándome por mantener la voz neutral—. Todo está bajo control.

Él me observó en silencio, buscando el menor atisbo de rebeldía en mis palabras, algún signo de que no era completamente sincero. Pero yo sabía cómo ocultarlo. Años de enfrentamientos y de convivir bajo su sombra me habían enseñado a jugar este juego. Y esta vez, no le daría ninguna ventaja.

Mientras sosteníamos esa tensa mirada, sentí cómo Olivia recogía de forma disimulada todos los documentos que habíamos revisado. Ella lo hacía sin ruido, sin un movimiento innecesario, y me impresionó la calma que mantenía en presencia de Thomas. Sabía que mi padre tenía una habilidad inquietante para detectar vulnerabilidades, pero Olivia no le concedió ni el más mínimo indicio de miedo. Y eso, de alguna manera, le molestaba.

—Espero que recuerdes que nuestros objetivos están por encima de tus... aspiraciones personales —me espetó, con un tono que casi sonaba a amenaza velada—. La familia Grant

no ha llegado a donde está por decisiones imprudentes.

—Tranquilo, padre. Estoy muy bien enfocado en todo lo que tú consideras importante.

—Mis palabras eran una máscara, un escudo tras el cual escondía mi verdadero desprecio.

Él me lanzó una última mirada evaluativa, y entonces se giró hacia Olivia, como si estuviera considerando si su presencia aquí era o no apropiada. La evaluó de pies a cabeza, y aunque Olivia lo miró con la misma neutralidad profesional de siempre, pude ver el leve endurecimiento en su expresión. Ella tampoco sentía la necesidad de mostrar respeto por alguien que no lo merecía, y eso me llenó de una satisfacción inesperada.

—Dile a tu hermano que debe asistir. Que se lleve a esa jovencita pintora sin futuro, si así lo desea. Y tú... puedes llevarte a la señorita MacKenzie —dijo finalmente, su tono una mezcla de advertencia y desdén.

La ira recorrió todo mi cuerpo y di un paso hacia adelante para enfrentar a mi padre por ese desprecio que acababa de mostrar hacia ella, pero Olivia, sin perder la calma, le mostró una sonrisa de lo más hipócrita y contestó:

—Será todo un honor acudir a la gala del brazo de su hijo, señor Grant.

Magnífica. En ese instante, la miré y me pareció la mujer más poderosa y más hermosa del mundo entero.

Thomas no respondió, pero, al ver la firmeza de Olivia, finalmente se dio por vencido y asintió de manera apenas perceptible. Sin decir nada más, giró sobre sus talones y salió del despacho, dejando tras de sí una estela de tensión que tardó unos segundos en disiparse.

Cuando la puerta se cerró, solté un suspiro silencioso y me permití relajar la postura. La presencia de mi padre siempre me dejaba con una mezcla de rabia y repulsión, y su intrusión en esta oficina no había sido una excepción. Pero esta vez, algo había cambiado. Su figura, que durante años me había parecido insuperable, ahora no era más que una sombra de poder que estaba a punto de desaparecer.

Olivia, quien había seguido recogiendo los papeles sin hacer ruido, levantó la vista hacia mí una vez que quedamos solos. Su expresión era serena, pero vi el destello de comprensión en sus ojos, como si supiera exactamente lo que sentía en ese momento. Quizás había algo de ironía en su mirada, tal vez un reflejo de lo que ambos sabíamos y que aún no habíamos dicho en voz alta.

—Espero que tus objetivos estén tan claros como los de tu padre —dijo ella, su tono cargado de una mezcla de humor y provocación que me hizo sonreír.

—Te aseguro que no tenemos los mismos objetivos, Olivia —respondí, dejando que la sonrisa se ampliara un poco más—. De hecho, creo que estamos en veredas completamente opuestas.

Ella me devolvió la sonrisa, y en ese momento supe que Thomas no tenía idea de lo que realmente estaba sucediendo. Olivia no solo era mi socia en este plan; se estaba convirtiendo en una presencia indispensable, alguien que no retrocedía frente al poder de mi padre, y esa fortaleza la hacía más valiosa de lo que cualquiera podría imaginar.

Y, por primera vez en mucho tiempo, sentí que, con ella a mi lado, este plan podría llevarse a cabo con éxito. Blake y yo conseguiríamos nuestra ansiada libertad del yugo del gran Thomas Grant III.

CAPÍTULO 10

Olivia

Lo observé en silencio tras la salida de su padre, y aunque sabía que Nathan había logrado contener su desprecio frente a Thomas, la tensión en sus hombros y la dureza en su expresión dejaban claro que había sido un esfuerzo. Su padre había sido frío, intimidante y tan condescendiente como me esperaba, pero lo que no me esperaba era sentir esa conexión con Nathan, una especie de comprensión que, hasta ese momento, no había considerado tan profundamente. No solo compartíamos una meta; había algo más fuerte que nos unía en este juego de poder.

Decidí decirle lo que realmente pensaba, romper la profesionalidad cuidadosa que habíamos mantenido, al menos por un momento.

—Entiendo lo que sientes por tu padre. Y quiero que sepas que puedes contar conmigo para llevar este plan hasta el final.

Él me miró, sorprendido, y durante unos segundos no dijo nada, como si estuviera procesando lo que acababa de decirle. Su mirada, intensa y profunda, parecía buscar algo en la mía, una confirmación de que hablaba en serio. Y lo hacía. Me comprometí a este proyecto sabiendo los riesgos, y ahora, después de haber visto de cerca el peso que su padre imponía, sentía que mi propósito iba más allá de lo profesional. Era personal, también para mí.

—Gracias... —murmuró, y su voz baja, cargada de una intensidad contenida, me hizo estremecer. En su mirada había algo más que agradecimiento; era como si, en ese momento, hubiera dejado caer una máscara que, hasta entonces, había mantenido inquebrantable.

Nathan me acompañó hacia el ascensor, y el silencio entre nosotros era tan pesado como el aire en el que las palabras parecían innecesarias. Al llegar, pulsó el botón y me sostuvo la mirada mientras esperábamos, sin apartar la vista de mí. Era una de esas miradas que rozaban lo íntimo, como si el control que habíamos sostenido durante tanto tiempo estuviera empezando a desmoronarse en silencio.

Cuando la puerta del ascensor se cerró, dejándonos solos, la tensión que había sentido desde la primera vez que lo conocí se intensificó de tal manera que apenas podía respirar. Sabía que lo que estaba a punto de suceder cambiaría el juego que habíamos mantenido hasta ahora, pero en ese instante, con la cercanía de su cuerpo y el calor de su mirada, nada más importaba.

Antes de que pudiera reaccionar, Nathan se acercó y, en un movimiento firme y decidido, tomó mi rostro entre sus manos y me besó. El primer contacto fue suave, casi tímido, como si quisiera comprobar si yo estaba dispuesta a aceptar ese momento. Pero cuando respondí al beso, él profundizó, y la suavidad se transformó en un deseo arrollador. Sus labios eran cálidos y seguros, y el roce de su boca contra la mía despertó algo que había estado reprimiendo desde el inicio de nuestra colaboración.

El sabor de sus labios, la presión de su cuerpo contra el mío... todo era abrumador. El mundo exterior desapareció, y el único sonido que alcanzaba mis oídos era el latido acelerado

de mi corazón. Su lengua rozó la mía en un movimiento lento y sensual, y sentí cómo mi piel se erizaba bajo su contacto, mi respiración se volvía irregular y mi cuerpo respondía a cada caricia como si estuviera hecho de pólvora.

Nathan deslizó una mano hacia mi cintura, acercándose aún más a él, y mi cuerpo reaccionó como si hubiera esperado este momento desde el principio. Sus dedos firmes, deslizados por mi espalda, despertaban cada rincón de mi piel, y el calor que se expandía desde mi pecho hasta mis caderas era tan intenso que apenas podía soportarlo. Quería más, quería perderme en él de una forma que jamás había deseado con alguien más.

Mi propia mano subió hasta su nuca, sintiendo la textura de su cabello bajo mis dedos, y, cuando mis uñas rozaron suavemente su piel, escuché cómo soltaba un suspiro ahogado que provocó una descarga de placer en mi cuerpo. Su reacción me hizo perder la última pizca de contención, y lo atraje más cerca, dejándome llevar por la fuerza de ese momento. Sus labios se movían sobre los míos con un hambre contenida, una necesidad que parecía haber estado aguardando desde hacía demasiado tiempo.

La mano que había quedado en mi cintura comenzó a deslizarse hacia abajo, acariciando el contorno de mi cadera, y cuando me acercó aún más a su cuerpo, pude sentir la firmeza de su musculatura, la calidez de su piel a través de la tela de la camisa. Mis piernas temblaron, y el deseo que se acumulaba en mi interior crecía con cada roce, cada beso, cada suspiro compartido.

Cuando su otra mano subió por mi cuello, acariciando la piel sensible justo debajo de mi oído, una oleada de placer me recorrió de pies a cabeza. Era como si su contacto fuera una promesa de lo que podría ser si ambos decidiéramos cruzar esa línea por completo. Me imaginé, por un segundo, lo que sería estar con él en la cama, cómo se sentiría su cuerpo contra el mío, sus manos recorriendo cada rincón de mi piel, sus labios trazando un camino de deseo que nunca cesara. El pensamiento fue tan real que una oleada de calor se extendió por mi vientre, y me encontré perdida en un deseo que no sabía que podía sentir con tanta intensidad.

Cada beso, cada roce de sus labios y de sus manos me hacía olvidar quién era, dónde estábamos, qué significaba todo esto. Era como si el tiempo se hubiera detenido, y en ese ascensor solo existieran nuestros cuerpos, nuestros deseos y la intensidad que ambos habíamos intentado reprimir sin éxito.

La respiración de Nathan era rápida, y sentía cómo su pecho subía y bajaba con cada beso, cada caricia. Me atraía a él con una fuerza que me hacía sentir pequeña, y, al mismo tiempo, poderosa. Sabía que lo que estábamos compartiendo iba mucho más allá de un simple impulso; era una conexión que había estado creciendo en silencio, un deseo que habíamos alimentado sin palabras, solo con miradas y gestos contenidos.

Cuando el sonido de la campanilla del ascensor nos indicó que habíamos llegado al piso, nos separamos, ambos jadeantes, con las miradas intensas y los labios enrojecidos por la pasión de ese beso. Mi corazón latía con fuerza, y apenas podía recomponerme mientras intentaba recuperar el control de mi respiración.

Nathan me miró, sus ojos aún llenos de deseo, y en su expresión pude ver el reflejo de lo que yo también sentía: una mezcla de sorpresa, satisfacción y la certeza de que nada volvería a ser igual.

—Nos vemos mañana —murmuró, su voz aún ronca, y pude ver la tensión en su mandíbula mientras intentaba reprimir el impulso de acercarse de nuevo.

Asentí, sin poder decir una palabra, con el eco de su beso aún latente en mis labios, y antes de salir, lancé una última mirada hacia él. Sabía que ese momento quedaría marcado en mi memoria, como una de esas decisiones que cambian la dirección de todo, y, al ver su figura en el umbral del ascensor, supe que estábamos en un punto sin retorno.

La puerta del ascensor se cerró, y mientras bajaba los pisos, aún sentía el calor de sus labios, el peso de su cuerpo contra el mío y el deseo que había quedado suspendido en el aire, aguardando el momento en que ambos, finalmente, nos dejáramos llevar.

CAPÍTULO 11

Nathan

La luz tenue del restaurante envolvía cada rincón en una cálida penumbra, y el suave murmullo de las voces alrededor de nuestra mesa apenas rompía el silencio que se había asentado entre nosotros. Había elegido este lugar precisamente por esa intimidad, la discreta atmósfera que parecía aislarnos del mundo exterior. Aquí, donde los problemas de Wall Street y los imperios familiares quedaban fuera, la noche se sentía como un paréntesis en medio de la guerra en la que estábamos inmersos.

Olivia estaba frente a mí, observándome con una intensidad que parecía capaz de desnudar todo lo que había intentado mantener oculto. Sus ojos verdes brillaban a la luz de las velas, y esa mezcla de curiosidad y comprensión en su mirada me hacía bajar la guardia sin siquiera intentarlo. Había aprendido a controlar cada aspecto de mi vida, a blindarme contra la manipulación de mi padre y el juicio de quienes me rodeaban, pero con ella era diferente. Ella era diferente.

—Entonces, Nathan —dijo finalmente, con ese tono suave que usaba cuando quería ir al fondo de un asunto sin apresurarse—, si esto no es solo una estrategia financiera... ¿qué es exactamente lo que quieres de todo esto?

Solté un suspiro, jugueteando con el tallo de la copa de vino entre mis dedos, y traté de encontrar las palabras adecuadas. Podría haberle dado una respuesta genérica, algo que mantuviera la distancia y le permitiera continuar sin entender del todo la verdad. Pero después de lo que había compartido conmigo, de su disposición a comprometerse sin pedir explicaciones adicionales, sentía que le debía una respuesta más sincera.

—Es una cuestión de cuentas pendientes —respondí, sin apartar la mirada de la suya—. De cerrar un ciclo que, para mí, lleva abierto demasiado tiempo.

Vi que entendía, o al menos, que intuía el peso de mis palabras. Sabía que no estaba hablando de negocios ni de la presión de lograr un resultado exitoso. Esto iba mucho más allá de cualquier cálculo o estrategia de mercado. Había en esto una carga emocional que iba más allá de cualquier plan financiero, y el simple hecho de decirlo en voz alta hacía que la tensión en mis hombros se aflojara un poco.

—Imagino que esto tiene que ver con tu padre —dijo suavemente, con una calma que parecía haber sido diseñada para que yo pudiera confiar en ella.

Asentí, y por un instante, dejé que mi mirada se desviara hacia el espacio vacío que se extendía entre nosotros. A veces, las palabras eran difíciles de encontrar, especialmente cuando tocaban temas que había intentado enterrar en lo más profundo de mí. Sabía que ella no me presionaría, pero también sabía que merecía saber, al menos, una parte de lo que había detrás de todo esto.

—Thomas nunca fue el tipo de padre que brinda apoyo o comprensión —comencé, con voz baja—. Para él, el éxito siempre fue el único valor, y cualquier error, cualquier desvío de esa meta, se pagaba caro. Blake y yo crecimos bajo su sombra, siempre presionados para

cumplir con sus expectativas. No había espacio para debilidades.

Olivia me escuchaba con una atención que casi dolía de tan profunda. Era como si, al verme, entendiera lo que yo intentaba ocultar en esas palabras, y eso me daba la fuerza para continuar.

—Quiero que entiendas que esto no es solo una cuestión de dinero o poder, Olivia. Para mí, se trata de liberarme de esa presión, de romper con todo lo que él ha construido. No lo hago solo por mí; lo hago también por mi hermano, por todo lo que él tuvo que soportar.

Ella asintió, y en su mirada vi algo que iba más allá de la empatía. Era comprensión en su forma más pura, como si reconociera en mis palabras un eco de algo que ella misma había sentido. Y aunque no era necesario, sentí una extraña tranquilidad al saber que ella entendía el motivo de este ajuste de cuentas, que podía ver más allá de la fachada de frialdad y control que yo solía mantener.

—Lo entiendo —dijo finalmente, con una voz suave que me recorrió como un susurro—. Y no voy a dejarte solo en esto, Nathan. Si este plan significa tanto para ti, haré lo que sea necesario para que lo logremos.

La sinceridad en su voz me desarmó, y por un momento, me encontré sin palabras. Durante años, había llevado esta carga en silencio, sin permitirme depender de nadie más. Pero ahora, frente a Olivia, todo eso parecía un peso que podía compartir, aunque fuera un poco. Su apoyo, su disposición para sumergirse en esta batalla, significaba más de lo que yo estaba dispuesto a admitir.

—Gracias, Olivia —murmuré, y en mi voz se filtró la gratitud que me costaba expresar.

Ella sonrió, y el gesto iluminó su rostro de una manera que me hizo olvidar, por un instante, toda la oscuridad que nos rodeaba. En ese momento, supe que la conexión entre nosotros había cambiado. Esto ya no era un simple acuerdo profesional; habíamos cruzado una línea que ambos entendíamos, y aunque el camino adelante fuera incierto, la certeza de su presencia me daba una fortaleza que jamás imaginé.

La cena continuó en una conversación que iba desde el mundo de las inversiones hasta temas mucho más personales. No había necesidad de mencionar a Thomas ni a las intrigas familiares; simplemente nos dejamos llevar por el momento, disfrutando de la compañía mutua. Sus palabras, sus sonrisas, incluso el modo en que tomaba la copa de vino, parecían enredarse con cada pensamiento que yo tenía, como si todo en ella complementara algo que yo ni siquiera sabía que necesitaba.

Observé cómo Olivia gesticulaba al hablar, cómo sus dedos jugaban con el borde de la copa, cómo sus labios se curvaban en una sonrisa cuando mencionaba alguna anécdota de su vida. Su risa, suave y sincera, llenaba el ambiente con una calidez que hacía que el frío de las decisiones que habíamos tomado se disipara, aunque fuera por un instante. Era como si, en su presencia, la lucha que estábamos llevando se desvaneciera en un segundo plano, dándonos una pausa en medio de la tormenta.

Después de un tiempo, nuestras manos se encontraron sobre la mesa, un roce casual que duró solo un segundo, pero que encendió algo en mi interior. Nuestros ojos se encontraron, y en esa mirada vi un reflejo de la intensidad que había sentido en el ascensor, un deseo contenido que no necesitaba palabras para manifestarse. Sabía que ella sentía lo mismo, que esa conexión iba mucho más allá de lo físico.

La velada avanzaba, y aunque el restaurante seguía lleno, la sensación de intimidad entre nosotros solo crecía. Finalmente, mientras tomábamos el último sorbo de vino, dejé que mi

mano se deslizara sobre la de ella, acariciando sus dedos con una suavidad que me sorprendió. No había necesidad de palabras; ambos sabíamos lo que significaba ese simple gesto, la promesa de algo que habíamos empezado y que, tarde o temprano, nos consumiría por completo.

Olivia mantuvo su mano sobre la mía, y su mirada me dijo más de lo que cualquier palabra podría haber expresado. En sus ojos vi la fuerza, la determinación, y una chispa de vulnerabilidad que me hizo sentir una mezcla de ternura y deseo. Ella estaba dispuesta a acompañarme hasta el final, y en ese momento supe que no había nada que pudiera detenernos.

La noche avanzaba, pero en ese rincón del restaurante, el tiempo parecía haberse detenido. Nos encontrábamos en un espacio propio, un mundo en el que solo existíamos nosotros y esa conexión que parecía crecer con cada segundo.

CAPÍTULO 12

Nathan

Esa noche, mientras observaba a Olivia desde el otro lado de la mesa, no podía evitar notar la intriga en su mirada. Ella intentaba mantenerse en control, como siempre, manteniendo esa expresión serena y segura, pero yo sabía leer las señales: la forma en que sus labios se movían apenas, mordiéndose ligeramente cuando nuestras miradas se cruzaban; el leve sonrojo en sus mejillas cuando nuestras manos se habían rozado. Había algo más entre nosotros, algo que iba mucho más allá de la alianza profesional que habíamos acordado.

Quería provocarla, tentarla a cruzar esa línea que ambos sabíamos existía, pero que desde el principio habíamos decidido ignorar. Me incliné ligeramente hacia ella y esboqué una sonrisa, una que sé bien que ella reconocía como el inicio de algún juego peligroso. Alzó una ceja, divertida pero con ese destello de desafío en los ojos, como si supiera exactamente lo que pretendía.

—Tengo que admitir que sigo pensando en el ascensor —murmuré en tono bajo, apenas audible, lo suficiente para que ella se viera obligada a inclinarse también hacia mí para escucharme mejor.

Por un segundo, su expresión se mantuvo inalterable, pero sus ojos traicionaron la reacción que intentaba ocultar. La vi parpadear lentamente, como si procesara mis palabras, como si recordara cada segundo de ese momento, igual que yo lo había hecho.

—¿Y? —respondió con un tono que pretendía sonar casual, pero que no lograba esconder del todo la tensión.

—Y... —dije, bajando aún más la voz—, que no puedo evitar pensar en lo mucho que quiero volver a repetirlo. De hecho, quiero mucho más que eso, Olivia.

Vi cómo se mordía el labio inferior por un segundo, y supe que la idea le provocaba tanto como a mí. Sin embargo, en lugar de ceder, ella simplemente exhaló un suspiro y desvió la mirada hacia su copa de vino, tomando un sorbo, como si el contenido pudiera ayudarla a ocultar lo que realmente pensaba.

—Nathan, sabes que esto no es una buena idea —habló, sin apartar los ojos de la copa—. Si nos dejamos llevar, podríamos arruinarlo todo. Nuestro plan depende de mantener una línea clara.

La franqueza en su tono me hizo sonreír. Claro que tenía razón; si cruzábamos esa línea, era posible que el enfoque que tanto necesitábamos se difuminara. Pero había algo en ella que me hacía querer romper todas las reglas, ignorar todas las advertencias. Sabía que lo que estábamos construyendo con este plan era importante, pero la conexión que había entre nosotros era algo que se sentía tan tangible, tan inevitable, que alejarme de ella me parecía más arriesgado que seguir adelante.

—Esa línea está ahí porque ambos decidimos que lo estaría —respondí, manteniendo mi voz baja y tranquila—. Pero la química que hay entre nosotros es real, y sería una lástima ignorarla, ¿no crees?

Esta vez, Olivia me miró directamente, y en su mirada vi algo que parecía una mezcla de desafío y deseo. Sabía que ella lo sentía, que estaba tan atrapada en este juego como yo, aunque se negara a admitirlo. Podía leerlo en la forma en que respiraba, en el modo en que sus labios se entreabrían cada vez que nuestras miradas se cruzaban.

Finalmente, después de unos segundos en silencio, ella soltó un suspiro y sacudió la cabeza.

—Quizá lo sea —murmuró, y vi en sus ojos un destello de vulnerabilidad, algo que me hizo sentir una mezcla de ternura y deseo—. Pero si queremos que esto funcione, tendremos que ser cuidadosos. Nada de lo que estamos haciendo es un juego, Nathan.

Asentí, reconociendo su punto. Sabía que, para ella, esto era tanto un desafío personal como una oportunidad profesional. Pero incluso cuando nuestras intenciones estaban alineadas, la atracción entre nosotros no disminuía. Era una constante, una corriente que seguía latente en cada conversación, en cada roce. Y yo no podía ignorarlo.

Al final de la cena, la acompañé hasta el portal de su edificio, ambos en silencio mientras caminábamos. Sabía que ella intentaba mantenerse en control, que probablemente estaba intentando convencerse de que todo esto no significaba nada. Pero cuando nos detuvimos frente a su puerta y nos miramos una última vez, el aire entre nosotros se volvió tan pesado que resultaba imposible respirar con normalidad.

—Buenas noches, Nathan —dijo, intentando sonar formal, pero su voz temblaba ligeramente, y yo sabía que no era solo mi imaginación.

No dije nada. Simplemente me acerqué un poco más, y cuando vi que no retrocedía, me permití dejar de contenerme. Mis manos se deslizaron hacia su cintura, atrayéndola hacia mí, y en un segundo nuestros labios se encontraron en un beso que fue tan intenso y necesario que hizo que todo lo demás desapareciera.

La sentí responder, sus manos subiendo hasta mi cuello, mientras sus labios se movían con una urgencia que correspondía a la mía. Cada segundo de ese beso era una confirmación de lo que ambos habíamos intentado ignorar. Ella también lo deseaba, y saberlo me hizo profundizar el beso, explorando cada rincón de su boca, saboreando la dulzura de sus labios y el calor de su aliento.

El mundo a nuestro alrededor se desvaneció, y el deseo de tenerla cerca, de sentirla aún más, me envolvió de una forma casi abrumadora. Cuando finalmente nos separamos, ambos estábamos jadeantes, y nuestros ojos se encontraron en un silencio cargado de todo lo que habíamos compartido en ese instante.

Me incliné una última vez y le susurré al oído, mi voz ronca y cargada de un deseo que ya no podía ocultar:

—Sería una lástima no aprovechar esto, Olivia. Lo que sea que hay entre nosotros... es real. Piénsalo.

Vi cómo cerraba los ojos, como si intentara contener una respuesta que yo ya conocía de sobra. Ella lo sentía, sabía que esta atracción iba mucho más allá de una simple complicidad profesional. Sin embargo, cuando abrió los ojos, su mirada reflejaba la lucha interna que intentaba mantener.

Finalmente, sin decir nada más, solté su cintura, dejando que el espacio entre nosotros se extendiera. Sabía que ella tenía que decidir si quería seguir adelante, y estaba dispuesto a darle el tiempo que necesitara. Con un último vistazo, me di la vuelta y me dirigí hacia mi

auto, sin mirar atrás, aunque cada fibra de mi ser me gritaba que regresara.

Esa noche, mientras volvía a casa, mi mente estaba llena de su imagen: sus labios, el sabor de su boca, el calor de su cuerpo tan cerca del mío. La intensidad de lo que habíamos compartido me dejó en un estado de tensión que no podía ignorar, y cuando llegué a mi apartamento, supe que no sería capaz de dormir sin hacer algo al respecto.

Me desvestí a la velocidad de la luz, dejando prendas de ropa desperdigadas por el suelo de mi habitación, y fui corriendo a la ducha. Abrí el grifo y, cuando estuvo a una temperatura adecuada, me introduje bajo el chorro de agua caliente. Notaba el palpar de mi dureza y no esperé más. Me envolví el pene con una mano y sentí un placentero dolor cuando comencé a acariciarme.

Cerré los ojos y dejé que mi mente volviera a ella, a la forma en que se había sentido cuando nos besamos, a la suavidad de su piel bajo mis manos, al calor de su aliento contra mis labios. Imaginé que estaba ahí conmigo, que sus labios seguían recorriendo mi piel, sus manos deslizándose por mi cuerpo.

Moví mi mano con más agilidad, con un ritmo constante y gimiendo mientras mi cuerpo era acariciado por la calidez del agua que caía de la alcachofa. Mi respiración se aceleró, y, poco a poco, me dejé llevar por esa fantasía, permitiendo que la intensidad de mis deseos tomara el control. El orgasmo no tardó en llegar. Con un sonoro quejido, me corrí contra los azulejos de la ducha. Me temblaron tanto las piernas que me tuve que apoyar en la pared, jadeante y notando un alivio momentáneo a toda esa excitación que ella me provocaba.

Mientras me perdía en esa sensación, en esa imagen de Olivia, supe que este juego era mucho más peligroso de lo que había previsto. Ella era una tentación que no podía ignorar, y aunque sabía que estábamos jugando con fuego, me encontré dispuesto a arriesgarlo todo por ese placer, por esa conexión que había despertado algo en mí que ni el plan, ni la venganza, ni la ambición habían logrado jamás.

CAPÍTULO 13

Olivia

La notificación del mensaje apareció en la pantalla de mi teléfono temprano en la mañana, y, sin poder evitar una sonrisa, lo abrí. Sabía que era de Nathan incluso antes de ver su nombre; algo en mí esperaba su contacto, como si la noche anterior no hubiera sido suficiente para llenar el espacio que parecía haber abierto en mi vida.

Noche increíble.

¿Qué dices si este fin de semana vienes a mi villa en los Hamptons?

Un poco de aire fresco y tiempo lejos del ruido.

Prometo que será un descanso necesario.

Sentí un escalofrío al leerlo, una mezcla de emoción y anticipación que me recorrió. Nathan quería que pasáramos el fin de semana juntos. Y no en cualquier lugar, sino en su villa de los Hamptons, un lugar donde el mundo quedaría atrás, donde podríamos disfrutar de la compañía del otro sin la presión de nuestras responsabilidades o del plan en el que estábamos inmersos. La idea era tentadora, casi demasiado. Pero, aunque cada parte de mí deseaba responder de inmediato, sabía que debía pensar en lo que esto implicaba.

Te respondo por la tarde.

He quedado con una amiga, pero prometo responderte.

Tenía una comida con Emma y sabía que, de algún modo, esta cita con ella sería una oportunidad de procesar todo lo que estaba sucediendo. Emma siempre había sido mi voz de la razón, y aunque no esperaba su aprobación total, parte de mí sabía que necesitaba escuchar sus opiniones, incluso si en el fondo ya sabía cuál sería su advertencia.

La respuesta de Nathan fue instantánea.

Ok, pero no te demores mucho... y espero de verdad que aceptes.

Se me escapó una risa nerviosa. Dejé caer el teléfono sobre la cama, cogí una almohada, me la coloqué sobre la cara y grité de emoción. Iba a responderle que sí, porque lo deseaba, pero quería darle un poco de suspense.

Llegué al restaurante donde habíamos quedado y, al verla, la familiaridad de su presencia me devolvió una sensación de normalidad que hacía tiempo no experimentaba. Emma era el tipo de amiga que siempre me entendía, que sabía leer entre líneas sin que yo tuviera que decir demasiado.

Nos abrazamos y, tras sentarnos y hacer el pedido, me lanzó una mirada inquisitiva.

—Vale, ¿quién es el hombre que te tiene tan sonriente hoy? —preguntó, con una sonrisa

que reflejaba su curiosidad.

Suspiré, incapaz de evitarlo, y decidí ser honesta con ella. Después de todo, había pocas cosas en mi vida que Emma no supiera.

—Se llama Nathan. Es uno de mis clientes... o mejor dicho, un socio en un proyecto delicado. Las cosas se han vuelto algo complicadas.

Emma levantó una ceja, una señal clara de que captaba la dirección de mis palabras.

—¿Complicadas? —repitió, como si saboreara la palabra antes de seguir—. ¿De qué tipo de complicaciones estamos hablando? ¿De las que podrían arruinarte profesionalmente, o...?

—Probablemente de ambas —admití, sintiendo el calor en mis mejillas. Pero antes de que pudiera decir más, ella me miró con un gesto serio.

—Olivia, entiendo el atractivo de una persona complicada, alguien que te desafía. Pero, ¿estás segura de que esto no es más peligroso de lo que puedes manejar?

Su pregunta me hizo detenerme y considerar lo que estaba sucediendo. Nathan era un desafío, pero también era mucho más que eso. La intensidad entre nosotros iba mucho más allá de una simple atracción física, y aunque intentaba convencerme de que podría manejarlo, una parte de mí sabía que Emma tenía razón al señalar el riesgo.

—Es una relación complicada, pero no es solo eso —dije, sabiendo que mis palabras serían difíciles de entender para cualquiera que no conociera a Nathan como yo empezaba a conocerlo—. Lo que él quiere lograr va mucho más allá de lo que había pensado al aceptar este trabajo. Tiene una especie de misión personal, y cada día me siento más atrapada en su mundo.

Emma se inclinó hacia adelante, sus ojos clavados en los míos con una mezcla de preocupación y ternura. Siempre había sido la más precavida de las dos, y sabía que no entendía completamente mi decisión de involucrarme con alguien tan comprometido en una venganza personal.

—Olivia, solo quiero que te cuides —dijo, su tono más suave ahora—. Conozco a personas que han perdido el control de sus vidas por involucrarse con alguien que tenía una obsesión así. No me malinterpretes, sé que eres fuerte y que puedes lidiar con mucho, pero... lo que describes no suena a algo que simplemente se pueda dejar de lado. ¿De verdad estás dispuesta a aceptar lo que esto pueda traer?

Sus palabras resonaron en mi mente, y, aunque no respondí de inmediato, supe que su preocupación no era infundada. Nathan era un hombre de pasiones intensas, y la venganza contra su padre era solo una de las muchas fuerzas que lo impulsaban. Pero lo que sentía por él, lo que me hacía querer explorar cada rincón de ese vínculo, era más fuerte que cualquier advertencia.

—Lo entiendo, Emma. Sé que es un riesgo —respondí finalmente—. Pero también sé que hay algo en esta conexión que me hace sentir más viva que nunca.

Emma asintió lentamente, resignada, y me dedicó una sonrisa comprensiva.

—Solo prométeme que no te perderás en su mundo, ¿vale? Eres fuerte, Olivia. No dejes que eso cambie.

Le devolví la sonrisa, agradecida por su apoyo, aunque sabía que, en el fondo, todavía estaba preocupada. Y no la culpaba; yo también lo estaba, aunque intentara ignorarlo. Después de nuestra comida, regresé a casa y me encontré mirando mi teléfono, el mensaje de Nathan aún en mi mente, las palabras de Emma pesando en el fondo.

Sabía que aceptar su invitación sería otro paso en una dirección sin retorno. El fin de

semana en los Hamptons con él no sería solo una escapada; era, en muchos sentidos, una forma de cruzar esa línea que ambos habíamos decidido mantener en teoría, pero que en realidad nos habíamos pasado en el instante en que nos besamos.

Finalmente, con el corazón acelerado, tomé el teléfono y escribí el mensaje.

Acepto.

Envié el mensaje y esperé, sintiendo el calor en mis mejillas y una emoción que intentaba racionalizar sin éxito. La respuesta de Nathan no tardó en llegar, tan directa y cálida como su mensaje inicial.

Perfecto. Te recojo el viernes a las cinco.

Prepárate para un fin de semana inolvidable.

Me apoyé contra el sofá, con el teléfono aún en la mano y una sonrisa en los labios. Sabía que ese fin de semana no sería solo una simple escapada; era un paso hacia un territorio donde el deseo, el peligro y la ambición se mezclaban en una combinación que me cautivaba tanto como me inquietaba.

Emma tenía razón en algo: debía tener cuidado. Pero, en ese momento, lo único que podía sentir era la anticipación de lo que ese fin de semana traería, y la certeza de que estaba dispuesta a enfrentar cualquier cosa con tal de conocer cada rincón de ese mundo que Nathan me estaba abriendo.

CAPÍTULO 14

Olivia

La villa de Nathan en los Hamptons era incluso más hermosa de lo que había imaginado. Rodeada de frondosos jardines, se erguía con una elegancia que parecía reflejar su carácter: imponente, discreta y envuelta en un aire de misterio. Al llegar, la brisa del mar se sentía suave, y el crepúsculo comenzaba a envolver el lugar en un tono cálido y dorado que me hizo sentir como si hubiera dejado el mundo real atrás.

Nathan me dio un breve recorrido, mostrándome el estilo elegante y sin excesos de cada habitación, cada espacio perfectamente dispuesto para brindar una sensación de comodidad sin perder ni un ápice de sofisticación. Pero, al llegar a la terraza, supe que era mi lugar favorito: desde ahí, la piscina brillaba con el reflejo de las luces suaves que se encendían a medida que el cielo oscurecía, y el sonido del agua tranquila añadía una serenidad envolvente.

La cena fue sencilla pero perfecta: una mesa a la luz de las velas junto a la piscina, el murmullo del agua, el aroma salado del aire. La intimidad del momento me envolvía, y la forma en que Nathan me miraba, sus ojos fijos en los míos mientras compartíamos anécdotas y recuerdos, hacía que todo se sintiera como una pausa en el tiempo, un espacio en el que solo existíamos nosotros.

Con cada palabra, cada sonrisa, sentía cómo el deseo latente que había crecido entre nosotros se hacía más intenso. Era como si todo lo que habíamos compartido en las semanas anteriores, las miradas y las provocaciones, las advertencias y las tentaciones, se condensara en ese momento. El aire entre nosotros se volvía cada vez más pesado, cargado de una promesa que ambos sabíamos que no tardaría en cumplirse.

Nathan se levantó de la silla, cogió un mando de color negro que tenía sobre la mesa y apuntó hacia el interior de la casa. Había dejado el enorme ventanal del salón abierto de par en par, creando un espacio unido con el exterior. La música comenzó a sonar, una melodía de lo más sensual.

Yo lo admiraba embobada, con esa porte tan elegante y tan masculina..., y ese pantalón blanco que llevaba, junto con la camiseta casi del mismo color, lo hacían parecer un ángel caído del cielo. Me mordí el labio porque el deseo por él era más que evidente.

Nathan dejó el mando sobre la mesa de nuevo y extendió una mano hacia mí, invitándome a bailar con él. Esbocé una sonrisa cómplice con la suya y acepté la invitación. Él tiró de mí hasta tener rodeada por sus fuertes brazos, y por un instante, solo pude escuchar mi propia respiración, acelerada, mientras me miraba de una forma que parecía atravesar todas las barreras que había intentado mantener. Su mano rozó mi espalda, y esa caricia simple y ligera me hizo estremecer, como si su toque despertara cada rincón de mi piel.

—¿Te he dicho ya lo hermosa que estás esta noche? —murmuró, y su voz era apenas un susurro, tan suave como el roce de su mano contra la mía.

Tragué saliva con dificultad, mi cuerpo ardiendo de deseo al instante.

—No, no me has dicho nada —respondí con un tono pícaro.

—Pues, te lo digo ahora: estás radiante —susurró en mi oído antes de hacernos girar al compás de la música.

—No sabía que un bikini y una camisola semitransparente te parecían algo radiante —coqueteé. Él rio por mi comentario, un leve sonido que hizo vibrar cada fibra de mi cuerpo.

—Me gusta porque te hace parecer una diosa, inalcanzable, y, aun así, estás aquí conmigo. Soy un hombre afortunado.

Al escuchar esas palabras, levanté la vista para mirarlo a los ojos. El ámbar parecía haberse intensificado, le daba un aspecto peligrosamente atractivo. Se me caldearon todas las partes de mi cuerpo que conocía, incluso las desconocidas también.

No necesitábamos más palabras. Sabíamos lo que queríamos, lo que ambos habíamos intentado ignorar durante tanto tiempo. Su mirada se intensificó, y sentí cómo el deseo que había reprimido comenzaba a arder en mi interior, un fuego que no podía, ni quería, controlar.

Me dejé llevar, olvidándome de las advertencias, de los riesgos, de las líneas que habíamos trazado con tanto cuidado. Cuando sus labios se encontraron con los míos, el mundo alrededor desapareció. La suavidad de su boca, el calor de su aliento, el modo en que sus manos recorrían mi espalda y me atraían hacia él, todo se sentía como si estuviera sumergida en un sueño donde solo existía la pasión y la conexión que habíamos construido en silencio.

El tiempo se volvió algo etéreo, indefinido. Cada caricia, cada roce, cada beso se sentía como una confirmación de todo lo que había intentado negar. Sus manos eran firmes, seguras, y con cada contacto sentía cómo las defensas que había construido se desmoronaban. Me perdí en el ritmo de su respiración, en la calidez de su piel contra la mía, en el latido acelerado de mi propio corazón que parecía acompañarse al suyo.

No había espacio para el miedo ni la duda, solo para el deseo que se desbordaba y me envolvía como una ola cálida e imparable. Era como si cada rincón de mi cuerpo respondiera a él, a sus caricias, a sus susurros, a la intensidad de su mirada que me hacía sentirme única, deseada, como si en ese instante solo existiéramos nosotros.

La noche avanzaba, y el tiempo dejaba de tener importancia. Lo único que importaba era la forma en que me hacía sentir, la conexión tan profunda que parecía haberse anclado en mí. Con Nathan, la pasión era un descubrimiento, una intensidad que se construía en cada momento, en cada sonrisa, en cada palabra murmurada al oído, llenando el vacío que había intentado ignorar durante tanto tiempo.

Y debía de reconocer que el condenado besaba muy bien. No veía la hora de descubrir qué más sabía hacer con su boca.

Habíamos dejado de bailar, pero la música seguía sonando. Nathan deslizó las manos por mi trasero y, sin previo aviso, me levantó del suelo y me cargó sobre su cintura. Ahogué un gemido en su boca, pero no detuve la danza de nuestras lenguas. Rodeé el cuello con mis brazos y lo besé con hambre, la misma con la que él me besaba.

Caminó conmigo bien sujeta hasta el interior de la casa y me tumbó sobre el confortable sofá de color caqui. En algún momento por el camino me había desprendido de la camisola y de la parte de arriba del bikini.

—Tienes unos pechos preciosos, Olivia —ronroneó al mismo tiempo los amasaba y paseaba la lengua de uno a otro.

Me retorcí entre los cojines y gemí en alto. Mientras jugueteaba con uno de los pezones,

metió una mano por el interior de las braguitas del bikini. Deslizó un dedo por la hendidura de mi sexo y gruñó contra mi pecho.

—Oh, joder, Olivia... estás empapada —jadeó e introdujo el dedo en mi interior.

—Ah —exhalé.

—Dios, necesito lamerte. —Y abandonó mis pechos, dejándolos enrojecidos, para descender por mi tripa hasta llegar a mi pelvis.

Me estaba matando con esa lentitud, esos besos que apenas rozaban mi piel y que me hacían arder por completo. Desató los cordones de la braguita y la dejó caer a un lado. Me abrió bien las piernas con las manos y bajó la cabeza hacia mi sexo.

—Oh, dios, Nathan... —gemí en cuanto paseó la lengua sobre mi clítoris. Él respondió con un gruñido que me hizo temblar.

Dio otra pasada más rápida, mientras movía un dedo en mi interior. Estaba al borde de la locura, me sentía mareada, excitada... Me amasé los pechos mientras él se daba un festín entre mis piernas. ¡Dios mío, era maravilloso lo que hacía con la lengua y los dedos!

Llevé mis manos hacia su cabeza y le revolví el pelo. Una oleada de electricidad se abrió paso por todo mi cuerpo y grité en el instante en el que el orgasmo hizo acto de presencia. Me corrí una explosión de sensaciones que hicieron ver lucecitas a mi alrededor. Convulsioné mientras él seguía lamiendo y follándome con la mano, hasta que no pude más.

Nathan salió de entre mis piernas y se quitó la ropa, mientras yo lo observaba jadeante. En un abrir y cerrar de ojos se quedó completamente desnudo ante mí. Me mordí el labio al recorrer ese cuerpo perfecto con la mirada. Justo cuando se puso el condón, levantó la vista hacia mí y sonrió con picardía.

—¿Te gusta lo que ves?

—Deseo lo que veo —ronroneé. Sonrió, sin más.

En un abrir y cerrar de ojos, estaba sentado en el sofá y a mí me tenía sobre su regazo, a horcajadas. Quería que lo montara y eso alimentó aún más mi deseo por él, por sentirlo dentro.

—Vamos, pequeña. Demuéstrame de lo que eres capaz —me retó de forma sensual.

Tomé su miembro con una mano, notando su grosor, y lo guíe hasta la entrada de mi sexo. En cuanto noté el rocé de su cabeza, me deslicé con calma por toda su largura. Con ambas manos apoyadas en su torso, gemí. Sus músculos se tensaron cuando descendía por su dureza.

—Oh, joder, maravilloso... —jadeó, sus dedos clavados en mis caderas.

—Eres grande... —murmuré mientras empujaba el último tramo hasta descender del todo—, y grueso —afirmé antes de apoderarme de su boca.

—Si te hago daño, dímelo —dijo contra mis labios y volvió a besarme, esta vez con fervor.

No creía que pudiera pararlo, no quería. Mi cuerpo se amoldó enseguida a su tamaño, como si estuviese configurado para él desde siempre. Comencé a balancearme, a subir y bajar por todo su grosor y eso lo volvió loco..., y a mí también. Fui moviéndome de forma lenta, pausada, algo que lo hizo gruñir a modo de protesta.

—Me estás matando —protestó con la voz ronca. Me reí al mismo tiempo que jadeaba.

Nathan se incorporó hasta tomar uno de mis pezones entre los dientes. Lo mordisqueó y tiró de él hasta provocarme el dolor justo. Eso enloqueció por completo y aceleré el ritmo, realizando movimientos circulares con mis caderas.

—Oh... eres maravillosa, joder —jadeó él.

Me moví con desenfreno, con locura. Subía y bajaba por su grosor, sintiendo cómo me llenaba entera y rozaba cada haz de nervios de mi interior. Y entonces, lo noté. Una fuerte descarga comenzaba a gestarse en mi vientre. Cerré los ojos y aceleré más y más y más, jadeando con cada movimiento.

—Eso, pequeña. Córrete para mí otra vez —me instó Nathan, que empujaba sus caderas para encontrarse con las mías.

Arqueé mi espalda cuando el orgasmo se apoderó de mí, sujeta entre sus brazos y temblando.

Nathan invirtió las posiciones y se colocó sobre mí para embestirme con fuerza. Nada de lentitud, me dio sin descanso mientras yo le pedía más y más y más. Y entonces, todo explotó. Tras un último empujón, se corrió con un sonoro quejido. Las barreras ya se habían roto, lo supimos cuando nos mirábamos a los ojos, jadeantes y saciados.

Mientras la brisa nocturna entraba por las ventanas y el resplandor de la piscina iluminaba tenuemente la habitación, me encontré tumbada a su lado, con mi cuerpo y mi mente entregados a una emoción que no había experimentado antes. Estábamos envueltos en una intimidad que iba mucho más allá del deseo físico; era un entendimiento silencioso, una especie de rendición compartida.

Esa noche, bajo el cielo estrellado y con el sonido del agua como telón de fondo, sentí que habíamos cruzado una frontera que iba más allá de cualquier límite que me hubiera impuesto. Era una libertad que solo podía experimentar con él, una libertad en la que no existían los miedos ni las dudas, solo el ahora, solo nosotros dos.

CAPÍTULO 15

Nathan

A la mañana siguiente, la luz del sol se filtraba suavemente a través de las cortinas de la habitación, bañándonos en un resplandor cálido y dorado. Olivia yacía a mi lado, su respiración tranquila, su cuerpo enredado con el mío en una proximidad que, a pesar de lo que habíamos compartido, seguía sorprendiéndome. La quietud que sentía junto a ella era algo tan nuevo, tan inesperado, que apenas podía creerlo real.

Mirarla, observarla en esa paz, me hizo sentir algo que llevaba tiempo intentando ignorar: la sensación de que, finalmente, podía dejar caer las defensas. Con ella, las barreras parecían irrelevantes, innecesarias. No tenía que mantener la armadura que había construido durante años, esa que me protegía de un pasado que aún llevaba encima, como una carga de la que parecía imposible desprenderme.

—Buenos días —murmuró, abriendo los ojos y dándome una sonrisa cálida, de esas que no sabía que se podía recibir de alguien sin ninguna expectativa oculta, sin ningún cálculo detrás.

Le devolví la sonrisa y, antes de darme cuenta, las palabras salieron casi solas, como si, en su presencia, no tuviera que preocuparme por controlarlas.

—¿Te he hablado alguna vez de cómo era vivir con Thomas? —pregunté, y sentí cómo la tensión que acompañaba su nombre se instalaba en mi pecho.

Olivia ladeó la cabeza, curiosa pero sin presión, dándome el espacio para continuar solo si quería hacerlo. Y yo, inexplicablemente, quería.

—Nunca tuvimos una infancia normal, ni siquiera algo que pudiera acercarse a la libertad. Thomas era... es... un hombre que nunca ve a las personas, solo a las piezas que puede usar a su favor —comencé, mi voz baja y tensa mientras intentaba poner en palabras una vida de silencios obligados—. Desde que tengo memoria, Blake y yo fuimos parte de su tablero de ajedrez. No éramos sus hijos; éramos sus instrumentos.

Noté que Olivia entrelazaba sus dedos con los míos, y el gesto, aunque simple, me brindaba una fuerza que no sabía que necesitaba.

—Recuerdo las tardes interminables, practicando habilidades que no quería tener, estudiando temas que no me interesaban, entrenándome para ser alguien que nunca deseé ser —continué, la amargura y el resentimiento en cada palabra—. Cualquier intento de cuestionar sus decisiones se traducía en castigos, en formas sutiles de manipulación que, aunque no dejaban marcas visibles, se sentían como una sombra constante.

Olivia permanecía en silencio, pero sus ojos me decían que entendía, que no necesitaba escuchar más para comprender la magnitud de lo que le estaba confesando. Sabía que, al decir estas palabras en voz alta, estaba dando un paso que nunca me había atrevido a dar. La mayoría de las personas que conocía no sabían nada sobre Thomas más allá de la fachada de éxito y poder que mostraba al mundo.

—Blake y yo nos unimos desde pequeños. No porque quisiéramos, sino porque

sabíamos que era la única forma de sobrevivir a todo eso. Éramos dos niños tratando de encontrar algún resquicio de normalidad en un mundo donde lo único que existía era el éxito a toda costa, el poder como único objetivo.

Olivia soltó un suspiro, y al verlo, supe que ella entendía. No necesitaba que le explicara los detalles; sus ojos reflejaban una empatía que era lo más cercano a un bálsamo para estas heridas.

—Nunca me detuve a pensar en lo que quería realmente —dije, más para mí mismo que para ella—. Siempre pensé que, si lograba superar cada obstáculo que él me ponía, algún día podría ganar algo parecido a su respeto. Pero fue una lucha interminable, una pelea en la que el premio era, en el mejor de los casos, ser un eco de lo que él consideraba valioso. Y eso... eso nunca sería suficiente.

Mis palabras resonaron en el silencio de la habitación, y al decirlas, sentí una extraña mezcla de liberación y desolación. Como si, al revelar estos recuerdos, estuviera despojándome de una parte de mí que había estado oculta durante demasiado tiempo. Y Olivia, en su calma, me miraba con una ternura que hacía que ese peso se volviera un poco más soportable.

—Nathan... —murmuró, y en su voz había un calor que atravesaba cada pared que había construido—, no eres lo que él intentó hacer de ti. Eres mucho más. Lo veo en cada decisión que tomas, en cada palabra que dices.

La escuché y, en ese momento, sentí que las sombras del pasado se desvanecían un poco. Olivia no me veía como una extensión de mi padre, ni como el hombre que había intentado hacer de mí. Ella veía algo más, algo que tal vez yo mismo había dejado de ver.

Sin decir nada más, nos volvimos a besar, un beso suave, lento, lleno de esa conexión que iba mucho más allá de lo físico. Nos sumergimos en el momento, en la calidez de nuestros cuerpos, en la intimidad que habíamos construido con tanto cuidado. Con Olivia, la pasión era más que un simple deseo; era un puente, una forma de expresar lo que las palabras no alcanzaban a decir.

Pasamos el día juntos, enredados en las sábanas, dejando que la intensidad de nuestros sentimientos se transformara en cada beso, en cada caricia. Con cada momento compartido, sentía cómo el peso del pasado se deslizaba un poco más, cómo las sombras que habían dominado mi vida perdían su fuerza en el brillo de esta conexión.

Olivia me hacía sentir vulnerable y, al mismo tiempo, invencible. Con ella, podía ser Nathan, sin las ataduras de Thomas, sin la presión de cumplir con expectativas ajenas. Era una libertad que jamás pensé que podría experimentar, y mientras el día se deslizaba entre risas y confesiones, supe que nunca podría volver a ser el mismo.

Ese fin de semana en su compañía, envuelto en su ternura y en la fuerza de nuestra conexión, sentí que algo en mí había cambiado. Como si, en cada instante junto a ella, estuviera reconstruyendo las partes de mí que Thomas había intentado moldear a su antojo.

Esa noche, mientras Olivia dormía en mis brazos, me di cuenta de que la verdadera libertad no estaba en escapar de la influencia de mi padre. Estaba en permitirme ser yo mismo, en construir algo real, algo que no pudiera ser destruido por las sombras del pasado.

Con ella, todo era posible, y en ese instante supe que, pasara lo que pasara, estaba dispuesto a enfrentar cualquier obstáculo, cualquier adversidad, con tal de proteger este sentimiento, de mantener viva esta conexión.

CAPÍTULO 16

Nathan

La noche de la gala de la Fundación Grant llegó con todo el esplendor y las expectativas que mi padre amaba cultivar. La Fundación Grant había sido una de sus estrategias de poder para construir la imagen de benefactor impenetrable. Lo veía como una fachada perfecta para ocultar sus verdaderos intereses, y yo había aprendido a sobrellevar estos eventos con la diplomacia que se esperaba de un Grant.

Sin embargo, esa noche era diferente. Estaba acompañado de Olivia, y, aunque nada habíamos dicho públicamente sobre nuestra relación, sentir su presencia junto a mí me daba una fortaleza inusual. Cada vez que nuestras miradas se encontraban, sentía esa conexión inquebrantable que habíamos compartido en los Hamptons, y aunque sabía que este no era el lugar para mostrarnos como algo más, tenerla a mi lado hacía que incluso este evento se sintiera menos vacío.

Cuando entramos al salón, las luces, los murmullos y los brindis parecían disiparse en el trasfondo. Solo importaba tener a Olivia junto a mí, y aunque la tensión era palpable, sabía que nuestra alianza estaba más fuerte que nunca. Ella lucía increíble, y no solo por su elegancia, sino por la seguridad que emanaba a cada paso. La mayoría de las mujeres aquí parecían moldes del ideal que mi padre amaba proyectar, pero Olivia era distinta, una figura única entre el lujo fabricado de la Fundación Grant.

Nos encontrábamos en medio de una conversación con algunos inversores, cuando escuché su nombre. Fue un susurro, un murmullo que se filtró a través de la multitud y que de inmediato llamó mi atención. Entonces, apareció frente a nosotros Catherine Harrington. Su presencia era tan imponente como la recordaba: alta, con una elegancia estudiada y esa expresión de alguien que siempre obtiene lo que quiere.

—Nathan —dijo con una sonrisa que no alcanzaba a sus ojos, una sonrisa que contenía una amenaza velada.

Olivia se tensó a mi lado, y supe que el brillo de la velada estaba a punto de ensombrecerse.

—Catherine —respondí con una inclinación de cabeza, intentando mantener la calma.

Ella no esperó ninguna presentación. Su mirada se desvió a Olivia, evaluándola, antes de girarse nuevamente hacia mí con una sonrisa que reflejaba todo menos cordialidad.

—Supongo que no esperabas verme aquí. Pero ya que estamos todos reunidos, me pareció el momento ideal para hacer el anuncio que nuestros padres tanto esperaban. —Su tono era frío, calculado, como si cada palabra hubiera sido ensayada frente a un espejo.

Una advertencia helada recorrió mi columna, y antes de que pudiera decir algo, Catherine alzó la voz, lo suficiente para captar la atención de los invitados que nos rodeaban.

—Me complace informarles a todos —dijo, con una sonrisa amplia que en cualquier otra circunstancia habría parecido encantadora— que Nathan y yo estamos comprometidos. Este es el resultado de una unión de años entre las familias Grant y Harrington, un acuerdo que

nuestros padres establecieron hace mucho tiempo.

Las palabras cayeron como una bomba en el salón. Vi las expresiones de sorpresa, las miradas que de inmediato se dirigieron hacia nosotros, pero mi atención estaba puesta en Olivia, que permanecía inmóvil, su rostro de porcelana, imperturbable. La tensión en su mandíbula era evidente, y sus manos, que hasta ese momento habían estado en calma, se cerraron en puños.

—Catherine, basta —le dije, mi voz baja y controlada, aunque por dentro ardía de rabia.

Pero ella me ignoró, su mirada deslizándose nuevamente hacia Olivia, que permanecía en silencio, cada vez más alejada de mi alcance. Sabía que para Olivia, esto era una traición, una amenaza inesperada que rompía la delicada confianza que habíamos construido.

—Nathan, no entiendo por qué estás tan callado —dijo Catherine, su tono burlón—. Pensé que estarías feliz de compartir la noticia.

La paciencia se desmoronó. Olivia merecía la verdad, una explicación que la sacara de esta emboscada. Me volví hacia Catherine, los ojos llenos de una rabia contenida que ella bien conocía.

—No hay compromiso. No hay acuerdo, Catherine. Lo que nuestros padres esperaban ya no tiene valor para mí —espeté, mi voz más fuerte, lo suficiente para que todos los presentes escucharan con claridad.

La sonrisa de Catherine se desvaneció, pero no había terminado. Sabía que le gustaba el poder que obtenía al jugar con las expectativas de los demás, al mantener la ilusión de que ella seguía siendo la opción más lógica, la mujer que debería estar a mi lado. Pero su juego no iba a tener el desenlace que esperaba.

—¿De verdad crees que puedes simplemente romper años de historia entre nuestras familias? —dijo, en un tono que denotaba el poder al que estaba acostumbrada.

Mis manos temblaron levemente, y respiré hondo antes de responder.

—No, Catherine. No estoy interesado en cumplir los deseos de nadie más que los míos —le dije, y al decirlo sentí una fuerza renovada, una libertad que hace años no experimentaba.

Fue entonces cuando me giré, buscando la mirada de Olivia. Pero ella no estaba allí. La vi entre la multitud, alejándose con paso decidido, su espalda recta, como si cada palabra que había escuchado fuera un golpe del que necesitaba alejarse.

Una sensación de pérdida me invadió, una desesperación que no había sentido en mucho tiempo. No podía perderla, no ahora, no después de todo lo que habíamos compartido. Ignorando las miradas, las preguntas no formuladas, comencé a abrirme paso entre los invitados, buscando alcanzarla antes de que se alejara completamente.

Cuando finalmente salí del salón, Olivia ya se había perdido entre las sombras de la noche.

CAPÍTULO 17

Olivia

El impacto de las palabras de Catherine resonaba en mi mente como un eco interminable. “Comprometidos.” ¿Cómo podía ser posible? Me giré hacia Nathan, buscando en sus ojos alguna explicación, una negación, algo que me asegurara que esto era solo un malentendido. Pero lo único que encontré fue su rostro tenso, la mandíbula apretada y la lucha evidente en sus ojos mientras intentaba manejar la situación.

Sin poder soportar ni un segundo más de aquel espectáculo humillante, di media vuelta y caminé rápidamente hacia la salida. Mi corazón latía con fuerza, cada paso me alejaba de Nathan y de esa farsa cruel en la que me había dejado atrapada. No podía procesar el dolor y la furia que sentía; era como si el suelo bajo mis pies se hubiera desmoronado. Salí de la sala y crucé el amplio vestíbulo del hotel de los Grant, mi respiración cada vez más rápida, sintiendo que necesitaba escapar de todo y todos.

Encontré un balcón semioculto, apartado de las luces y el bullicio, y me refugié allí, intentando calmar el torbellino de emociones que me consumía. El aire fresco de la noche me golpeó, y cerré los ojos, concentrándome en la brisa, en la tranquilidad de ese rincón. Necesitaba recuperar el control, detener las preguntas que resonaban en mi cabeza, los sentimientos de traición y desconfianza que se entrelazaban con la rabia.

Pero, antes de poder sumergirme en mis pensamientos, escuché pasos detrás de mí. Giré la cabeza y vi a Blake acercándose, con una expresión que mezclaba preocupación y cautela. Sabía que era el hermano de Nathan, su apoyo incondicional, pero en ese momento, me sentía incapaz de confiar en cualquier cosa que llevara el apellido Grant.

—Olivia —dijo suavemente, deteniéndose a unos pasos de mí—. ¿Estás bien?

Su pregunta parecía una simple cortesía, pero al ver su mirada, entendí que Blake no estaba aquí solo por casualidad. Quizá sabía algo que yo ignoraba. Inspiré profundamente, intentando calmarme, y lo miré directamente.

—¿Estaba al tanto de esto? —le pregunté, sin preámbulos—. ¿De ese supuesto compromiso entre Nathan y Catherine?

Blake suspiró y asintió, como si estuviera esperando esa pregunta.

—Entiendo cómo te sientes —comenzó, su voz suave—. Pero necesitas saber que esto no es lo que parece. Catherine... no es lo que dice ser. —Hizo una pausa, y en su rostro noté la mezcla de exasperación y cansancio que reflejaba toda una historia complicada—. La realidad es que lo suyo fue algo... breve. Más carnal que real, si soy honesto. Fue hace mucho tiempo y, desde entonces, Nathan ha cortado todo contacto con ella.

Sentí una mezcla de alivio y confusión. Las palabras de Blake tenían sentido, pero todavía no disipaban del todo la herida que Catherine había abierto.

—Entonces, ¿por qué Catherine haría esto? —le pregunté, en un tono que reflejaba tanto mi frustración como mi necesidad de entender la verdad.

Blake me observó con una expresión sombría.

—Esto es obra de mi padre —dijo finalmente, sus palabras cargadas de resignación—. Thomas y los Harrington llevan años planeando una especie de alianza, un acuerdo entre las familias para fortalecer sus lazos y su poder. Catherine siempre ha sido parte de esa ecuación, y supongo que ahora, viendo que Nathan se aleja de su control, ha decidido actuar. —Negó con la cabeza, como si la estrategia de su padre fuera una historia demasiado vieja y tediosa.

Escucharlo hablar así de Thomas me hizo entender cuán hondo llegaba la manipulación del hombre al que tanto odiaban. El solo hecho de saber que Catherine había aparecido allí como una pieza de ese juego, con la intención de enredar a Nathan, me hizo sentir una mezcla de indignación y un extraño alivio. Aún así, la herida seguía fresca, y una parte de mí no podía evitar sentirse vulnerable, expuesta ante una situación que había sido diseñada para eso mismo.

—Es increíble cómo una persona puede tratar a sus propios hijos como si fueran herramientas para sus ambiciones —murmuré, el tono de mi voz reflejando la incredulidad y el desprecio que sentía.

Blake asintió, y en su mirada vi un reflejo de todo lo que Nathan y él habían tenido que soportar.

—Nathan está tratando de cambiar eso —dijo suavemente—. Quizá no siempre lo expresa de la mejor manera, pero créeme, Olivia, él está haciendo todo lo posible para liberarse de esas cadenas.

Las palabras de Blake empezaron a calmar la tormenta dentro de mí. La idea de que Catherine solo era un peón más en el juego de Thomas y que Nathan estaba intentando romper con todo eso le daba otra perspectiva a la situación. Pero el dolor seguía allí, una punzada constante de traición que necesitaba tiempo para disiparse.

Blake me observó un momento, como si intentara medir mi reacción, y luego, en un gesto silencioso de apoyo, extendió su brazo.

—Vamos —dijo—. No le des a Catherine la satisfacción de verte afectada. Esa mujer solo quiere sembrar discordia. Si regresas ahora, no podrá salirse con la suya.

Asentí, reconociendo la verdad en sus palabras. Tenía razón; Catherine no merecía la victoria de ver cómo había logrado afectarme. Inspiré hondo y me volví hacia el interior del hotel, dispuesta a enfrentar lo que quedaba de la noche.

Mientras caminábamos juntos de regreso al salón, sentí que una parte de mí se fortalecía. Blake, con su apoyo silencioso, me había devuelto una calma que creí haber perdido. Sabía que Nathan debía tener su propia versión de la historia, y aunque las dudas no desaparecerían de inmediato, me sentía preparada para escucharlo.

De regreso en la gala, las miradas que nos lanzaban al entrar me recordaron que estaba en el centro de una tormenta, pero ahora me sentía lista para enfrentarla.

CAPÍTULO 18

Nathan

Cuando vi a Olivia regresar al salón, del brazo de Blake, una mezcla de alivio y aprehensión recorrió mi cuerpo. El miedo a perderla, a verla alejarse sin una explicación, se disipó momentáneamente al verla regresar. Sus ojos buscaron los míos, y en ellos pude percibir una mezcla de emociones: dolor, desconcierto y una determinación que casi me dejó sin aliento. Ella era una mujer fuerte, eso siempre lo había sabido, pero ahora se enfrentaba a la humillación que Catherine y mi padre habían orquestado, y no pude evitar sentirme culpable por haberla expuesto a este círculo infernal.

Extendí la mano hacia ella, y aunque sus dedos se entrelazaron con los míos, pude notar la rigidez en su gesto. Este no era el momento ni el lugar para explicaciones, pero me prometí que, después de esta noche, Olivia sabría toda la verdad. Su cercanía era un ancla, un recordatorio de que no estaba dispuesto a ceder ni un solo paso frente a las demandas de mi padre.

Fue entonces cuando Thomas se acercó, con esa sonrisa imperturbable que solo podía augurar una nueva jugada suya. Su presencia llenaba el espacio, una sombra que parecía abarcar todo a su paso, y su mirada no dejó de observar nuestras manos unidas ni por un instante. La forma en que sus labios se curvaron en una sonrisa sutil hizo evidente que estaba disfrutando de la incomodidad que generaba.

—Me alegra ver que por fin todos están presentes —dijo, en un tono lo suficientemente alto como para captar la atención de los invitados más cercanos—. Esta es, después de todo, una ocasión importante para la familia.

Noté cómo Olivia tensaba su mano en la mía. Era consciente de cada mirada que se dirigía hacia nosotros, de cada murmullo, y aunque su expresión era imperturbable, podía sentir su incomodidad. Me preparé para lo que sabía que venía, para las palabras que Thomas iba a lanzar con la precisión de quien sabe herir donde más duele.

—Nathan, creo que no necesito recordarte el acuerdo que nuestras familias han tenido con los Harrington por generaciones —continuó Thomas, su voz perfectamente modulada, como si se tratara de un asunto de negocios y no de mi propia vida—. Catherine y tú están destinados a unir estas familias, a continuar con la tradición que ha dado forma a nuestros lazos.

No respondí, manteniendo mi mandíbula apretada mientras intentaba contener la rabia. La presión de la mano de Olivia en la mía fue el único ancla que me sostuvo en ese momento, el único contacto que me recordaba que, por más que Thomas intentara controlar cada aspecto de mi vida, no iba a ceder en esto.

—Padre —dije finalmente, mi voz firme, sin levantar el tono—, ya he dejado claro que no estoy interesado en cumplir con ninguna tradición familiar que sacrifique mi felicidad. Catherine y yo... Eso es cosa del pasado.

Su sonrisa se ensanchó, aunque sus ojos permanecieron fríos como el hielo. Noté cómo

el silencio en el salón se intensificaba, y cada palabra de Thomas parecía calculada para humillar, para dejar claro que en esta familia no había espacio para decisiones propias.

—¿Felicidad? —repitió con una leve risa que resonó en el aire—. Nathan, pensé que a estas alturas habrías aprendido que la felicidad es un concepto secundario cuando se trata de preservar el legado de los Grant. Los sentimientos son pasajeros, pero el poder... eso es lo único que importa.

Sentí cómo la ira comenzaba a arder en mi interior, pero antes de que pudiera responder, Thomas giró su mirada hacia Olivia, sus ojos recorriéndola con un desdén que solo hizo que mi rabia se intensificara.

—Y debo decir que ciertas asociaciones son... inadecuadas para un Grant —continuó, su tono tan frío que sentí cómo cada palabra caía como un cuchillo—. Olivia, querida, estoy seguro de que comprendes que nuestras familias no tienen nada en común. Pensé que alguien en tu posición tendría la inteligencia suficiente para entender que ciertos mundos no deben mezclarse.

La rigidez en el rostro de Olivia se volvió casi palpable, pero su expresión no flaqueó. Sabía que cada palabra que Thomas pronunciaba estaba destinada a desestabilizarla, a hacerle sentir que no pertenecía a este lugar. Sin embargo, ella se mantuvo firme, su mirada serena pero desafiante, y en ese momento supe que la fortaleza que la caracterizaba era mucho mayor de lo que incluso yo había llegado a comprender.

Intenté intervenir, a punto de replicar, pero Olivia se adelantó, apretando mi mano con una fuerza que me sorprendió.

—Gracias, señor Grant —dijo con una voz calmada, aunque su tono no dejaba lugar a dudas de que cada palabra estaba cargada de dignidad—. Entiendo que la lealtad a su familia es importante para usted. Sin embargo, me temo que mis decisiones y las de su hijo no necesitan de su aprobación.

Hubo un murmullo alrededor de nosotros, un susurro de sorpresa entre los invitados que no esperaban ver a alguien, y menos a Olivia, enfrentarse al temido Thomas Grant. Mi padre solo la miró con una sonrisa en los labios, como si disfrutara de la provocación.

—La juventud siempre es tan... idealista —respondió, su tono casi divertido, como si Olivia fuera un insecto del que podría deshacerse en cualquier momento—. Veremos cuánto dura ese idealismo cuando las realidades de este mundo hagan acto de presencia. Nathan, ya conoces las consecuencias de desobedecer a tu familia.

Esa fue la gota que colmó el vaso. La amenaza velada, la manera en que pretendía manejarme como si yo no tuviera voluntad propia, y sobre todo, la humillación hacia Olivia delante de todos. Iba a responder, a dejar claro que no iba a tolerar ni un segundo más de sus imposiciones, pero antes de que pudiera hacerlo, Olivia me soltó la mano y giró hacia Blake.

—Blake, ¿podrías llevarme a casa? Creo que ya no tengo nada que hacer aquí.

Blake asintió de inmediato, ofreciéndole su brazo con un respeto que contrastaba de forma brutal con la actitud de nuestro padre. Sus ojos me encontraron, y en ellos vi un destello de apoyo. Sabía que para él también había sido una situación intolerable, y su lealtad a Olivia en ese momento me recordó que, en medio de todo este caos, al menos teníamos una certeza: la de que él siempre estaría allí.

Observé cómo Olivia y Blake abandonaban el salón, sintiendo una mezcla de impotencia y rabia que me quemaba por dentro. Sabía que la noche no había terminado, que la tormenta que Thomas había desatado estaba lejos de amainar, y que en algún punto, tendría que

enfrentarme a él sin concesiones.

Cuando la puerta se cerró detrás de ellos, dejé escapar un suspiro y me preparé para lo que vendría.

CAPÍTULO 19

Olivia

Los días que siguieron a la gala de la Fundación Grant fueron un torbellino que me costaba ordenar. Intentaba poner en palabras mis emociones, pero cada vez que pensaba en la escena con Catherine y en la frialdad de Thomas, los sentimientos se volvían más confusos. Me sentía desestabilizada, como si el suelo firme que había creído encontrar junto a Nathan hubiera desaparecido bajo mis pies.

Nathan había insistido en contactarme desde aquella noche, llenándome de mensajes y llamadas que no podía atender. Quería respuestas, pero no estaba lista para escuchar su voz. Necesitaba claridad, y sabía que la única persona que podía ayudarme a encontrarla era Emma, mi amiga incondicional desde hacía años.

Decidí llamarla una tarde mientras caminaba por mi apartamento en círculos, atrapada en mi propio conflicto. Su voz, cálida y familiar, me recibió con la energía y comprensión que necesitaba.

—Liv, ¿qué pasó? Suenas... ¿agotada? —preguntó sin rodeos, su tono reflejando la preocupación genuina que siempre había sentido por mí.

Suspiré, tratando de ordenar mis pensamientos antes de responder.

—Emma, estoy... estoy perdida —murmuré finalmente, sin saber por dónde empezar—. Nathan y yo... todo parecía tan bien, tan intenso y real... Pero después de lo que pasó en la gala, no sé si puedo confiar en él.

La línea quedó en silencio por un momento, y pude imaginar a Emma procesando mis palabras. Sabía que no me juzgaría; nunca lo hacía, pero siempre encontraba la forma de empujarme a ver la situación con claridad, incluso cuando yo prefería evitarla.

—¿Quieres contarme qué pasó? —preguntó finalmente, su tono suave pero atento.

Relaté los detalles de la noche, desde la aparición inesperada de Catherine hasta las palabras de Thomas y la humillación que había sentido en medio de todo aquello. Mientras hablaba, revivía cada instante, cada mirada, cada palabra que me había hecho cuestionarlo todo. Cuando terminé, me di cuenta de que la voz me temblaba y que estaba apretando el teléfono con más fuerza de la necesaria.

Emma suspiró al otro lado de la línea.

—Liv, sé lo que sientes. Créeme, pasé por algo parecido con Logan —dijo, su tono lleno de la familiaridad de alguien que ha recorrido el mismo camino. Su referencia a Logan me hizo detenerme un momento; recordaba su relación y cómo Emma había luchado por entender lo que sentía por él, a pesar de los problemas y las sombras de su propio pasado.

—¿Cómo lo manejaste? —pregunté, con la esperanza de que sus palabras me dieran alguna dirección.

—Fue difícil —respondió—. Con Logan, tuve dudas, temores... Me sentía como tú ahora, cuestionando cada uno de sus actos, cada silencio. Pero hubo algo que me ayudó a ver más allá del miedo y la inseguridad. Me di cuenta de que él también estaba dispuesto a luchar

por lo que sentía. No era perfecto, y eso no lo hacía menos valioso para mí. Escuché a mi corazón, Olivia, y eso me ayudó a enfrentar mis dudas.

Su voz se llenó de una dulzura que me hizo recordar cuán sincera era su historia con Logan. Era una historia imperfecta, pero real, y quizás por eso había aprendido a amarlo con sus defectos. Sin embargo, mi situación con Nathan parecía aún más complicada; la familia Grant tenía una forma de arrastrar las cosas a una dimensión mucho más sombría.

—¿Y si solo soy una pieza en su juego de venganza contra su padre? —pregunté, sintiendo cómo esa duda, la que había intentado enterrar, surgía con más fuerza—. No sé si soy capaz de enfrentar lo que viene, Emma. Thomas es... inquebrantable, un hombre que usa a los demás como si fueran simples piezas en su tablero.

Emma no respondió de inmediato, y el silencio que se instaló entre nosotras fue pesado, pero necesario. Sabía que estaba pensando, analizando cada palabra antes de contestar, algo que agradecía en ella. Finalmente, su voz rompió el silencio con una dulzura que me sorprendió.

—Olivia, solo tú sabes cómo se siente estar con Nathan, cómo es realmente cuando están a solas, lejos de todo eso. Nadie más puede entender lo que significa para ti —dijo, y su tono transmitía una confianza en mis sentimientos que me hizo dudar de mis propias inseguridades—. Pero si algo he aprendido con Logan, es que los hombres con pasados complicados necesitan a alguien que crea en ellos, aunque a veces ni ellos mismos lo hagan.

Esas palabras se quedaron grabadas en mi mente. Nathan no era perfecto, pero me hacía sentir algo que no había experimentado antes. Era intenso, misterioso, y sí, tenía sombras, pero también una honestidad cruda que lo hacía real, tangible. Me había dejado ver sus vulnerabilidades, aunque no siempre de forma explícita, y quizá eso era lo que más me dolía: la idea de que todo pudiera ser parte de una estrategia.

—Pero si termino siendo solo eso, una pieza en su juego... —comencé, sin ser capaz de completar la frase.

Emma soltó una pequeña risa, y su respuesta llegó con un tono juguetón, pero lleno de verdad.

—A veces, Liv, el amor es una apuesta arriesgada. Y sí, tienes todas las razones del mundo para dudar. Pero ¿qué es peor? ¿Dudar de Nathan ahora o pasar el resto de tu vida preguntándote qué hubiera pasado si hubieras escuchado a tu corazón?

No pude evitar sonreír ante la perspectiva que Emma me ofrecía. Sabía que tenía razón. Podía seguir dudando y cuestionando, o podía permitirme escuchar lo que realmente sentía y darle una oportunidad a algo que, a pesar de todo, había cambiado mi vida de una forma que no podía ignorar.

—No sé qué haría sin ti, Emma —murmuré, agradecida por tener a alguien como ella en mi vida.

—Solo recuerda, Liv, esto no se trata de Nathan ni de Thomas ni de nadie más. Se trata de lo que tú sientes, de lo que necesitas para sentirte plena —me respondió—. Y pase lo que pase, estaré aquí para ti.

Colgué con una mezcla de emociones que oscilaban entre la calma y la duda. Emma me había dado la claridad que necesitaba, o al menos, había iluminado una parte del camino que hasta entonces había estado oscurecido por mis miedos.

Mi corazón latía acelerado mientras me dirigía al salón y tomaba el teléfono de nuevo. Miré la pantalla por un instante, repasando en mi mente todo lo que quería decirle, cada duda

y cada esperanza. A pesar de todo, me di cuenta de que había llegado el momento de enfrentar la situación, de dejar de huir de lo que sentía.

Escribí un mensaje corto y claro, algo que no dejara lugar a dudas sobre mi disposición a escuchar su versión.

Necesitamos hablar.

¿Puedes venir a mi apartamento esta noche?

La respuesta de Nathan llegó casi al instante, como si él mismo hubiera estado esperando la oportunidad de aclararlo todo.

Estaré allí a las ocho.

Sentí una mezcla de nerviosismo y determinación mientras observaba la pantalla. Sabía que esta conversación no sería fácil, que las respuestas no siempre iban a ser claras, pero al menos, por primera vez desde la gala, me sentía en control de mis emociones.

CAPÍTULO 20

Nathan

Recibí su mensaje y, en ese instante, toda la ansiedad acumulada desde aquella noche en la gala pareció desvanecerse. Olivia quería hablar, y aunque sabía que la conversación no sería sencilla, el simple hecho de que me diera la oportunidad de explicar todo lo sucedido ya era un alivio. Estaba dispuesto a dejar claro todo lo que había ocultado, cada fragmento de la verdad que nos había alejado.

Cuando llegué a su apartamento, sentí cómo la tensión se acumulaba en mis hombros, una mezcla de anticipación y temor de lo que estaba por venir. Sabía que Olivia había estado herida, que lo que ocurrió en la gala fue un golpe inesperado y humillante para ella, y eso era lo que más me pesaba. Respiré hondo, y toqué la puerta, esperando que, de alguna manera, pudiera arreglar las cosas entre nosotros.

La puerta se abrió, y ahí estaba ella. Olivia, de pie, su expresión cargada de una mezcla de tensión y nerviosismo que me hizo sentir un nudo en el estómago. Quería abrazarla, disipar cualquier duda con un simple gesto, pero su mirada me detuvo. Estaba dolida, distante, y supe que tendría que ganarme su confianza de nuevo, que cualquier intento de suavizar la situación sería en vano.

—Nathan —dijo en un tono formal, manteniendo cierta distancia.

—Liv... —murmuré, pero ella levantó la mano, indicándome que me esperara. Sus ojos se clavaron en los míos, llenos de una resolución que no había visto antes, y supe que iba a ser completamente honesta conmigo, sin rodeos.

Nos dirigimos al salón, y ella se sentó en el borde del sofá, sus manos entrelazadas en su regazo, mirándome fijamente.

—Necesito respuestas —comenzó, su tono firme y decidido—. Lo que pasó en la gala, lo que afirmó tu padre... todo eso me hizo preguntarme si realmente puedo confiar en ti. Siento que me has dejado en medio de un juego de poder que nunca pedí.

Su honestidad me golpeó como un puño en el estómago. Tenía razón. La había dejado expuesta, enredada en los hilos de mi vida complicada y las manipulaciones de mi padre sin protegerla del todo.

—Sé que debí ser más claro contigo, y que nada de esto es justo para ti —admití, mirándola a los ojos, esperando que entendiera que mis palabras eran sinceras—. Catherine y mi padre... son parte de un pasado del que intento alejarme, pero las cosas no siempre resultan como planeo.

Olivia apartó la mirada por un momento, su expresión endureciéndose.

—Entiendo que todos tenemos un pasado. Pero lo que sucedió en la gala... me hizo sentir como si fuera una intrusa en tu vida, como si tu familia tuviera tanto control sobre ti que todo lo demás queda relegado.

Me acerqué un poco más, cuidando cada movimiento, consciente de la barrera invisible que ella había levantado.

—Para mí no eres una intrusa, ni un escape, ni un acto de rebeldía contra mi padre. Lo que siento por ti es real, más real de lo que he sentido en mucho tiempo. Y si eso significa enfrentar a mi familia, a mi padre... estoy dispuesto a hacerlo.

—¿Y entonces por qué no me lo dijiste antes? —preguntó, sus ojos buscando respuestas en los míos, en cada palabra que yo pudiera ofrecer—. Siento que me dejaste a oscuras, que me lanzaste a un escenario sin siquiera advertirme de lo que me esperaba.

Las palabras se me atoraban en la garganta, pero sabía que debía decirle la verdad, incluso si eso significaba exponerme de una manera que jamás había hecho.

—Porque tengo miedo, Olivia. Miedo de que todo lo que construya con alguien... con alguien a quien realmente quiero, se venga abajo por culpa de mi familia, de mi pasado. Thomas tiene una forma de destruir todo lo que toca, y yo no quería arriesgarme a que eso te incluyera a ti.

Su mirada suavizó apenas, pero la tensión aún era palpable.

—Nathan, yo también tengo miedo —admitió, en un susurro que parecía ir dirigido tanto a mí como a ella misma—. Pero no quiero estar en una relación donde no puedo confiar en lo que viene. No quiero que me sigan viendo como alguien que no pertenece.

Mi corazón latía acelerado. No podía perderla, no por las sombras de mi pasado ni por el control de mi padre. Me acerqué aún más, tomando su mano entre las mías, y, aunque al principio intentó retirarla, finalmente cedió.

—Te lo prometo, Olivia. A partir de ahora, sabrás todo. No habrá secretos entre nosotros —le dije, mi voz llena de determinación—. Eres lo único en lo que creo realmente, y no voy a permitir que Thomas o Catherine o nadie más te aleje de mí.

Ella me miró, sus ojos llenos de emociones encontradas, y en ese instante supe que había un espacio para nosotros, una posibilidad de redención. Pero también entendí que necesitaba más que palabras; ella necesitaba ver mis acciones, sentir que realmente estaba dispuesto a enfrentar mi pasado por nosotros.

En ese momento, sin que ninguno de los dos dijera nada más, nos acercamos lentamente, como si esa distancia finalmente se disolviera entre nosotros. Nuestros labios se encontraron, y fue un beso lento, profundo, lleno de esa mezcla de pasión y alivio, de esa conexión que nunca habíamos perdido. Sentí su respiración, su cercanía, y supe que había algo inquebrantable en lo que compartíamos.

—No quiero que vuelvas a sentirte así —murmuré contra sus labios, mis manos acariciando suavemente su rostro—. Eres lo más importante para mí, Olivia.

Nos miramos, y en sus ojos ya no había duda, sino una aceptación silenciosa, como si entendiera que este camino no sería fácil, pero que estábamos dispuestos a recorrerlo juntos.

Con cada segundo que pasaba, la distancia que había entre nosotros desaparecía. Nos dejamos llevar por la intensidad del momento, por el deseo de estar juntos, de olvidar, aunque fuera solo por un instante, las complicaciones externas.

CAPÍTULO 21

Olivia

A medianoche, me desperté, aún envuelta en la calidez de la noche que Nathan y yo habíamos compartido. El resplandor de la ciudad se colaba suavemente por la ventana, proyectando sombras tenues que bailaban en las paredes de la habitación. Estiré una mano, buscando su presencia, pero el espacio a mi lado estaba vacío. Alzando la vista, lo vi de pie junto a la ventana, con su silueta recortada por las luces de la ciudad, apoyado en el marco, perdido en pensamientos que parecían alejarlo de este momento.

Observé su figura un instante, absorbiendo cada detalle de su postura, desde la línea de su espalda hasta la inclinación de su cabeza, ligeramente hacia abajo, como si llevara sobre sus hombros el peso de algo que lo consumía. Sin pensarlo demasiado, me levanté, envuelta en una bata ligera, y caminé hasta él. No dijo nada al sentir mis brazos deslizarse suavemente alrededor de su cintura, mientras apoyaba mi mejilla contra su espalda. Me quedé ahí, en silencio, dándole el espacio para que hablara o simplemente sintiera mi presencia junto a él.

—¿No puedes dormir? —pregunté en voz baja, intentando no romper del todo el silencio que nos rodeaba.

Nathan dejó escapar un suspiro, un sonido bajo y cargado de una tristeza que me atravesó. No respondió de inmediato; sus manos buscaron las mías, sosteniéndolas con fuerza, como si mi contacto pudiera anclarlo a la realidad.

—Olivia —murmuró, su tono grave y quebrado—, hay cosas que llevo años construyendo... una vida entera dedicada a esto. Y ahora, por primera vez, me pregunto si vale la pena. Si toda esta venganza, todo este proyecto, realmente tiene sentido cuando... cuando sé que estar conmigo puede ponerte en peligro.

La franqueza en su voz me desarmó. Era una vulnerabilidad que rara vez mostraba, y que, sin embargo, sentía que lo hacía más real, más cercano. Apreté mis brazos alrededor de él, apoyando mi rostro en la curva de su hombro mientras absorbía cada palabra. Este era el hombre con el que había decidido estar, y verlo tan humano, tan lleno de dudas, me hizo reafirmar que nada de lo que sentía era pasajero.

—Nathan, yo elegí estar aquí contigo. Sabía que no iba a ser fácil —susurré, esperando que mis palabras le recordaran que no estaba solo en esto.

Él soltó una leve risa, pero había en ella un dejo de amargura.

—Lo sé. Pero me pregunto si soy egoísta al pedirte que sigas a mi lado —confesó, girándose ligeramente para mirarme. Sus ojos, oscuros y llenos de una intensidad casi dolorosa, buscaban en los míos una respuesta que ni él parecía tener.

Lo miré a los ojos, sosteniendo su mirada con la misma seriedad que él mostraba. Sabía lo que esta lucha significaba para él, la historia que había detrás de cada decisión, cada paso en su vida. La figura de su padre era una sombra que no solo pesaba sobre él, sino que parecía envolverlo en un ciclo interminable de poder y traición. Pero también sabía que, en algún rincón de su corazón, Nathan deseaba otra cosa, algo que quizá no se había permitido admitir

hasta ahora.

—Entonces, ¿qué es lo que quieres, Nathan? —le pregunté suavemente, dejándole espacio para expresar lo que realmente sentía.

Cerró los ojos por un momento, como si mi pregunta le hubiera dado permiso para aceptar un deseo que había estado reprimido durante años.

—Quiero renunciar a todo si eso significa no perderte, Olivia —dijo, y su voz era apenas un susurro, un eco de una decisión que parecía apenas formarse en sus labios—. Puedo dejar esta venganza, el plan, todo... si eso garantiza que estás segura y a salvo de las sombras de mi vida.

Mi corazón latía con fuerza al escuchar sus palabras, y aunque sabía que había algo de cierto en su ofrecimiento, una parte de mí también entendía que esto era algo demasiado profundo, demasiado arraigado en él para desaparecer simplemente. Sin embargo, sus palabras me hacían confiar en que, más allá de la venganza, había un lugar para nosotros, para algo real y auténtico. Sostenía la promesa de una vida juntos, libre de las cadenas que lo habían mantenido atrapado durante tanto tiempo.

—Nathan, no quiero que renuncies a lo que eres ni a lo que crees. Si estamos en esto juntos, es porque creo en ti, y sé que lo que estamos haciendo, aunque arriesgado, es por una razón justa —le dije, mi voz firme y decidida. No era una promesa vacía; sabía a lo que me estaba comprometiendo, y aunque el camino fuera incierto, tenía la certeza de que juntos podríamos enfrentarlo.

Sus ojos se encontraron con los míos, y en ellos vi una mezcla de sorpresa y gratitud. Sentí cómo su tensión se disipaba lentamente, y cuando su mano se deslizó hasta mi rostro, acariciando mi mejilla con una suavidad que parecía impropia de alguien tan decidido, supe que había logrado calmar parte de sus temores.

—Entonces, seguiremos adelante —murmuró, su tono lleno de una convicción renovada.

Sin pensarlo, me acerqué y sellé nuestras palabras con un beso. Fue un beso profundo, cargado de todo lo que habíamos compartido y de todo lo que aún nos quedaba por enfrentar. Mis manos se aferraron a él con fuerza, como si en ese momento nuestras almas encontraran un refugio mutuo, un espacio libre de dudas, donde solo existíamos nosotros dos.

La intensidad entre nosotros no disminuía, sino que parecía crecer con cada instante, como si el deseo fuera inseparable del vínculo que habíamos creado. Nos miramos un segundo, y en sus ojos vi la misma necesidad, el mismo ardor que había en los míos. Era como si el mundo exterior se desvaneciera, dejándonos solos en la calidez de esa noche, enredados en un deseo que no podía ser sofocado.

Nathan me levantó en sus brazos y me llevó de vuelta a la cama, donde el peso de nuestras palabras se convirtió en una promesa silenciosa, sellada en cada caricia, en cada susurro entrecortado. Cada vez que nuestros labios se encontraban, sentía que una parte de nuestras almas se unían, sellando el pacto que habíamos hecho esa noche.

Nos entregamos el uno al otro, dejando que cada barrera se rompiera, que cada duda se disipara en el calor de nuestros cuerpos entrelazados. La noche se convirtió en nuestro aliado, y el mundo exterior no era más que un recuerdo lejano mientras compartíamos una intimidad que iba mucho más allá del deseo.

En medio de susurros y promesas, de miradas profundas y abrazos silenciosos, sellamos nuestro pacto, conscientes de que el camino por delante sería incierto y arriesgado, pero

seguros de que lo recorreríamos juntos, enfrentando cada sombra, cada amenaza, hasta alcanzar esa libertad que tanto habíamos anhelado.

CAPÍTULO 22

Nathan

Una vez más, me encontré cruzando las puertas de la mansión Grant, esa fortaleza imponente que mi padre siempre había considerado su trono. La familiaridad del lugar, desde los altos techos hasta los cuadros de antiguos Grant que adornaban las paredes, solía imponerme respeto en mi juventud; ahora, solo me generaba desprecio. Venía aquí por una sola razón: asegurarme de que Blake no estuviera solo en medio de los constantes embates de nuestro padre.

El comedor estaba iluminado con candelabros de cristal que parecían más propios de una escena de ostentación que de una cena familiar. A Thomas Grant le encantaba el espectáculo, la grandeza, la demostración de poder. Mientras me acercaba, escuché voces elevadas que salían desde el otro lado de la puerta, y reconocí inmediatamente el tono inconfundible de Blake, esa mezcla de frustración y cansancio que solo mi padre era capaz de arrancarle.

—¿Cuántas veces tenemos que tener esta conversación, padre? —decía Blake, su voz firme, pero con un matiz de furia contenida—. No voy a permitir que continúes interfiriendo en mi vida, en mis decisiones y en mi empresa. Yo no soy tu peón.

Al entrar al comedor, vi a Blake de pie, su cuerpo tenso y sus manos cerradas en puños. Thomas permanecía sentado, imperturbable, con una copa de vino en la mano y una expresión de condescendencia que solo alimentaba el fuego que ardía en mi hermano.

—Blake, hijo mío —replicó Thomas con ese tono calmado que utilizaba para hacer creer que siempre tenía el control—, me parece que estás exagerando. Todo lo que hago es por el bien de esta familia. ¿Es mucho pedir que mis hijos cumplan con su deber?

Noté cómo la mandíbula de Blake se tensaba, y lo comprendía. Mi padre tenía la habilidad de retorcer cada conversación, de convertir cualquier discusión en una cuestión de lealtad hacia la familia. Pero tanto Blake como yo sabíamos que, para Thomas Grant, familia no significaba amor o apoyo; significaba obediencia, sumisión al poder.

Avancé un poco más hasta que ambos se dieron cuenta de mi presencia. Blake me dirigió una mirada cargada de frustración, una expresión que me recordaba todos los momentos en que habíamos compartido ese mismo sentimiento, todos esos años de enfrentamientos silenciosos y batallas perdidas contra un hombre que parecía inquebrantable.

—Nathan —me saludó mi padre, apenas levantando la mirada de su copa—. Me alegra que hayas decidido unirme a esta conversación. Quizá puedas convencer a tu hermano de que sus prioridades deben alinearse con las de esta familia.

—No tienes idea de cuáles son sus prioridades, padre —le respondí, manteniendo mi tono lo más neutro posible. Con Thomas, cualquier muestra de emoción podía convertirse en un arma en su contra.

Blake lanzó una risa sarcástica, y pude ver en sus ojos el agotamiento acumulado. Había trabajado duro, había levantado su propia empresa desde cero y creado una vida a su manera,

pero Thomas siempre encontraba la forma de invadir su espacio, de hacerle sentir que cada logro personal era en realidad un logro para los Grant.

—Escucha —dijo Blake, sus palabras cargadas de una rabia que solo él sabía controlar con tanta precisión—, ni Nathan ni yo somos parte de tus planes. Hace tiempo que dejé de ser el niño que podías manipular, y te sugiero que lo aceptes de una vez.

Thomas se levantó lentamente, dejando la copa sobre la mesa y observándonos con una frialdad que se había vuelto su marca personal. Sentí cómo el ambiente se volvía aún más tenso, como si un solo movimiento pudiera desatar una tormenta. Sabía que mi padre nunca cedería en esto; para él, admitir que sus hijos podían tomar sus propias decisiones sería una humillación que no estaba dispuesto a tolerar.

—Blake, tu problema es que siempre has creído tener el control, pero no entiendes el sacrificio que eso implica. ¿Crees que tu empresa existiría si no fuera por los contactos de esta familia? —Su tono era tan despectivo que incluso a mí me sorprendió, como si no pudiera resistirse a demostrar su poder en cada palabra—. Todo lo que tienes es gracias al apellido Grant, y más te vale recordar eso.

Miré a mi hermano y pude ver el fuego en sus ojos, esa furia que solo alguien como Thomas era capaz de despertar. Sabía que Blake estaba conteniéndose, y que cada palabra de mi padre era un puñal que lo hería más de lo que estaba dispuesto a admitir.

—Todo lo que tengo es mío, padre —respondió Blake, con una calma que parecía contener una tormenta—. No soy un reflejo tuyo ni un producto de tus decisiones. Si tienes tanto interés en controlar algo, concéntrate en tus propios asuntos y deja de interferir en los nuestros.

Thomas sonrió, pero fue una sonrisa vacía, un gesto calculado que solo servía para hacerle sentir superior. Había aprendido a manipular cada situación para hacer que los demás se sintieran pequeños, y en ese momento, pude ver cómo intentaba hacer lo mismo con Blake, cómo intentaba reducir todo su esfuerzo a un mero capricho de poder.

Pero esta vez era distinto. Ni Blake ni yo estábamos dispuestos a retroceder. Thomas podía tener el control sobre muchos aspectos de nuestras vidas, pero en ese momento, su influencia comenzaba a perder fuerza. Lo vi claramente cuando Blake, al borde de su paciencia, dio un paso hacia la puerta, lanzándole a nuestro padre una última mirada de desprecio.

—Hasta aquí llego, padre. No tengo la menor intención de seguir participando en tu teatro de poder —dijo Blake, y con un portazo, abandonó el comedor, dejando en el aire una tensión que amenazaba con explotar.

La rabia que había contenido durante toda la conversación finalmente encontró una salida, y antes de que Thomas pudiera dirigirse a mí con su habitual tono condescendiente, avancé hacia él, incapaz de reprimir lo que había estado guardando durante años.

—¿Te das cuenta de lo que has hecho? —le espeté, mi voz firme, aunque llena de una amargura que había intentado ocultar por demasiado tiempo—. Has destruido a esta familia. Nos has usado como piezas de tu juego, sin importarte lo que queríamos, sin importarte lo que significábamos como personas. Todo esto... —gesticulé alrededor, indicando la opulencia vacía del comedor, los símbolos de un poder que ya no significaban nada para mí —, todo esto no vale nada si lo único que logras es separarnos aún más.

Por primera vez, vi algo en su expresión que no había visto antes: una mínima grieta, un parpadeo que indicaba que mis palabras habían llegado más lejos de lo que había esperado.

Pero, como siempre, Thomas recuperó la compostura, su mirada de acero volviendo a alzarse con esa superioridad fría que lo caracterizaba.

—Tu hermano es un sentimental, Nathan. Eso es lo que siempre le ha hecho débil. Es igual que vuestra madre —respondió con un tono que pretendía ser despectivo, pero que en realidad solo demostraba su propia incapacidad para entender lo que realmente importaba.

No respondí. Las palabras de mi padre ya no tenían el poder de herirme, aun teniendo la osadía de nombrar a mi madre, que decidió abandonar este mundo cuando Blake y yo éramos apenas unos adolescentes. No soportó más la presión que mi padre ejercía sobre ella y se quitó la vida, lanzándose desde la ventana de su habitación.

No, no le daría el placer de ver un ápice de emoción en mí. Me giré, dejando el comedor, y mientras cruzaba la puerta, sentí cómo una parte de mí dejaba atrás algo que había llevado como una carga durante años.

CAPÍTULO 23

Nathan

La mañana transcurría tranquila en la oficina. La calma en el ambiente era de agradecer, después de los últimos días llenos de tensión. Olivia estaba fuera por asuntos de trabajo, y aunque siempre prefería tenerla cerca, su ausencia hoy me daba una oportunidad para pensar con claridad, para analizar el siguiente paso en nuestro plan, alejado de las sombras de la familia Grant.

Pero mi momento de paz duró poco. Escuché el clic de la puerta de mi despacho abriéndose, y cuando levanté la vista, vi a Thomas. Su presencia llenaba el lugar con esa aura de control absoluto que tanto detestaba, y con solo verle entrar, mi tranquilidad se evaporó como si nunca hubiera existido. Sin invitarlo a sentarse ni ofrecer la cortesía que cualquier otro visitante habría recibido, me mantuve en silencio, observándolo, esperando que dijera la razón de su intempestiva aparición.

Thomas cerró la puerta tras de sí y caminó hasta el centro de la sala, sin apartar su fría mirada de mí. Era un espectáculo de poder, una coreografía ensayada que había perfeccionado a lo largo de los años, usando cada gesto, cada palabra para subyugar a quienes estuvieran en su órbita. Me mantuve firme, no le daría el placer de mostrarle que su presencia alteraba mi calma.

—Nathan —comenzó, su voz tan suave como helada—. Pensé que te había dejado claras mis expectativas hace un par de noches. Sin embargo, parece que tu terquedad sigue llevándote por un camino equivocado.

Mis manos se tensaron bajo el escritorio, pero mantuve la compostura.

—No sé a qué expectativas te refieres, Thomas. Hace mucho tiempo que dejé de aceptar órdenes que no me benefician —respondí, cuidando el tono de mi voz, sin ceder ni un ápice de terreno.

Una sonrisa fugaz, dura, cruzó su rostro.

—Estás jugando con fuego, hijo. Tal vez ya no te das cuenta de lo que está en juego, o quizá es que esa mujer, Olivia, te está cegando hasta el punto de olvidarte de quién eres.

La mención de Olivia hizo que cada músculo en mi cuerpo se tensara aún más. Sabía que Thomas intentaría usar a quienes me importan como armas en su guerra personal, pero escuchar su nombre salir de su boca, envenenado de amenaza, era algo que me enfurecía.

—Déjala fuera de esto —repliqué, intentando mantener la calma, pero notando que mi voz había perdido parte de su compostura—. Olivia no tiene nada que ver con tus asuntos ni con tus alianzas familiares.

—Ah, claro, ella no es parte de “mis asuntos”. Pero ¿cuánto tiempo crees que esa libertad va a durar? —replicó Thomas, acercándose lentamente al escritorio, sus manos apoyándose en el borde mientras se inclinaba hacia mí—. Sabes muy bien cómo funcionan las cosas en nuestra familia, Nathan. Nada ni nadie se libra de los compromisos. No hay espacio para elecciones personales ni para romances que solo debilitan nuestras posiciones.

Sus palabras, cargadas de desprecio, encendieron en mí una furia que apenas lograba contener. Olivia no era un simple romance, no era un capricho, y mucho menos una distracción. Era una decisión que había tomado con claridad, en plena conciencia de lo que significaba para mí, algo que Thomas jamás comprendería. Su obsesión con el control y el poder le impedía ver más allá de su propia sombra.

—Dime, Nathan —continuó, enderezándose y cruzando los brazos—, ¿has considerado las consecuencias de desafiarme? Porque déjame dejarlo claro: si no cumples con el compromiso con Catherine, si no te alineas con los intereses de esta familia, puedo garantizarte que perderás todo acceso a los activos de los Grant. Los fondos, las empresas, las propiedades... todo quedará fuera de tu alcance. Y eso es solo el principio.

No respondí de inmediato. Sabía que Thomas estaba acostumbrado a que la gente reaccionara, a ver cómo las personas se derrumbaban o cedían bajo la presión de sus amenazas. En ese momento, decidí no darle el placer de una respuesta inmediata, de ver la reacción que esperaba.

—¿Eso es todo? —respondí finalmente, en tono neutro, manteniendo la mirada fija en la suya, sin parpadear—. Porque si has venido hasta aquí solo para amenazarme con quitarme cosas materiales, estás perdiendo el tiempo.

La dureza en su expresión aumentó y, por primera vez, vi un destello de frustración en sus ojos.

—No estoy hablando solo de ti, Nathan —dijo finalmente, su tono adquiriendo un matiz más oscuro—. ¿Crees que tu querida Olivia se librará de esto? Si no eres capaz de actuar por el bien de la familia, entonces tendré que hacer lo necesario para que ella también comprenda lo que significa cruzarse en el camino de un Grant.

El mundo pareció detenerse por un instante. Mi respiración se hizo lenta, controlada, pero por dentro, la rabia alcanzaba un punto de ebullición que no podía ignorar. Thomas acababa de cruzar una línea que ni siquiera él tenía derecho a traspasar.

—Escucha bien lo que te voy a decir, Thomas —mi voz salió baja, cada palabra un filo cargado de advertencia—. Si tocas a Olivia, si la involucras en esto, no habrá poder ni dinero que te salve de las consecuencias.

Él soltó una risa seca, sin rastro de humor.

—¿De verdad crees que puedes amenazarme, Nathan? —se burló, su mirada fría y calculadora—. Te he enseñado todo lo que sabes, hijo. No seas ingenuo; todo lo que tienes, lo tienes gracias a mí.

En ese instante, todas las emociones reprimidas, todas las humillaciones, las manipulaciones y los años de control explotaron dentro de mí. Antes de que pudiera pensarlo, antes de que la razón pudiera detenerme, mi puño se cerró con fuerza y lo golpeé directo en la cara, con toda la rabia acumulada que llevaba cargando desde que tenía memoria.

Thomas retrocedió, tambaleándose, una expresión de sorpresa y furia cruzando su rostro mientras se llevaba una mano al lugar donde lo había golpeado. Pero no me importaba. No sentía ni una pizca de arrepentimiento, y por la primera vez en mi vida, vi cómo el gran Thomas Grant tambaleaba, fuera de control.

—Eso es por todo lo que has hecho, y por lo que sigues intentando hacer —espeté, mi voz llena de desprecio—. Y escucha bien, porque esta será la última vez que me amenazas. Ni tú ni tus ambiciones tienen cabida en mi vida ni en la de Olivia. Eres tú quien está perdiendo el tiempo aquí.

Sin decir más, me acerqué al teléfono de mi escritorio y marqué el número de seguridad.

—Necesito que alguien venga al despacho y escolte a un visitante fuera del edificio —dije, sin quitar la vista de Thomas, asegurándome de que comprendiera cada palabra—. Ahora.

Thomas me miró con una mezcla de odio y desafío, sus ojos fríos reflejando el cálculo que siempre usaba en cada movimiento. Pero esta vez, sabía que no ganaría. No mientras estuviera dispuesto a enfrentar todo lo que fuera necesario para librarme de su control.

Los guardias llegaron en cuestión de minutos, y antes de que pudiera decir nada más, ordené con una calma calculada:

—Llévenlo fuera. Asegúrense de que no regrese.

Vi cómo los guardias lo escoltaban hacia la puerta, su expresión llena de desprecio y promesas de venganza. Pero en ese momento, me sentí más libre que nunca. Había tomado una decisión, y aunque sabía que esto traería consecuencias, por primera vez no tenía miedo de enfrentarlas.

Cuando la puerta se cerró, el peso de años de opresión y control parecía desvanecerse lentamente, dejándome con una sola certeza: estaba dispuesto a hacer lo que fuera necesario para proteger lo que realmente importaba.

CAPÍTULO 24

Olivia

Al salir de la reunión con los inversores, aun revisando algunas notas en mi agenda, no podía dejar de pensar en Nathan y en todo lo que había pasado entre nosotros. La intensidad de los últimos días parecía haberse asentado en el aire, creando una tensión que iba más allá de los negocios. Con cada paso que daba hacia mi oficina, me sentía cada vez más determinada a seguir adelante, con Nathan y con el plan que habíamos trazado. Pero, apenas giré el pasillo hacia mi oficina, la sorpresa y el disgusto tomaron su lugar en mis pensamientos al ver a Catherine esperándome, apoyada en el marco de la puerta con una expresión cargada de suficiencia.

Me detuve un segundo, evaluando su postura. La conocía apenas por lo que Nathan me había contado, pero era suficiente para saber que no había aparecido aquí sin una razón. Catherine parecía sacada de un catálogo de alta sociedad, su cabello perfectamente peinado, su atuendo elegante y pulido. Era la imagen de la mujer que sabía cómo usar cada uno de sus rasgos como un arma, como si su presencia pudiera derribar a cualquiera que considerara una amenaza.

Avancé hasta quedar frente a ella, manteniendo la calma y sin dejar que notara el disgusto que comenzaba a crecer en mí.

—Olivia, ¿verdad? —dijo, con una sonrisa tan falsa que casi me provocaba risa.

—Así es. Tú eres Catherine. ¿En qué puedo ayudarte? —respondí, devolviéndole la misma sonrisa, aunque en mis ojos sabía que ella podía ver la frialdad que reservaba para situaciones como esta.

Catherine enderezó su postura y cruzó los brazos, mirándome con una mezcla de desprecio y desafío.

—Solo pensé que era hora de que nos conociéramos. Después de todo, parece que tenemos algo en común, aunque eso pronto dejará de ser un problema para mí —dijo, su tono tan afilado como sus intenciones.

Sentí cómo mis defensas se alzaban automáticamente. Estaba claro que Catherine había venido con la intención de dejar claras sus intenciones, y eso me hizo entender que la calma que había sentido hasta ahora se desmoronaría en cuestión de minutos.

—¿Ah, sí? No estoy segura de entender a qué te refieres —respondí, manteniendo la compostura, aunque sabía perfectamente hacia dónde se dirigía esta conversación.

Catherine dejó escapar una leve risa, como si mis palabras fueran apenas una molestia.

—Nathan y yo compartimos una historia, Olivia. No sé cuánto te habrá contado, pero nuestras familias han tenido planes desde hace años. Planes que tú, evidentemente, no estás tomando en cuenta. Puedo entender tu entusiasmo, claro, pero sería mejor que entiendas la realidad cuanto antes.

Cada palabra suya era como un puñal disfrazado de cortesía. Pero me negué a dejar que sus comentarios me afectaran. Si ella pensaba que iba a intimidarme, estaba muy equivocada.

—Catherine, con todo el respeto, Nathan es quien decide con quién quiere estar. Y hasta ahora, no veo que haya decidido algo que involucre a alguien más que a él y a mí —respondí, cruzando los brazos, reflejando su misma actitud desafiante.

La expresión de Catherine se endureció, y pude ver que mis palabras la habían alcanzado, aunque se esforzara en disimularlo.

—Tienes razón en algo —dijo, acercándose un paso más hacia mí, sus ojos brillando con una intensidad que dejaba claro que no estaba acostumbrada a ser desafiada—. Nathan tiene la libertad de elegir, pero ¿de verdad crees que tú eres su mejor opción? ¿Crees que tienes algo que ofrecerle que yo, con todo lo que represento para él, no puedo darle?

Sentí cómo la ira comenzaba a hervir dentro de mí, pero mantuve el control. Sabía que personas como Catherine se alimentaban de las reacciones de los demás, y no le daría ese placer.

—No se trata de lo que tú puedas ofrecer, Catherine. Se trata de lo que él quiere, y me temo que estás sobrestimando tu influencia en eso. Nathan dejó claro que su relación contigo es cosa del pasado, y lo que nosotros tenemos no es algo que tú puedas cambiar, por mucho que lo intentes.

Catherine soltó una risa fría, sin rastro de humor, y por un segundo vi algo más que desprecio en su mirada: vi rabia, frustración, como si la idea de que alguien pudiera desafiarla fuera una afrenta que no estaba dispuesta a tolerar.

—¿Sabes, Olivia? Aprecio tu valentía, pero me temo que no entiendes cómo funcionan las cosas en este mundo. La familia Grant es... compleja. No se trata solo de Nathan, sino de un legado, de alianzas, de un poder que va más allá de lo que puedas imaginar. Tú eres solo una distracción pasajera. Alguien que él olvidará tan pronto como se canse del juego.

Sus palabras me golpearon como un ataque premeditado, pero me mantuve firme. No era la primera vez que alguien intentaba minimizarme, y si Catherine creía que podía hacerme dudar, estaba muy equivocada.

—Lamento decepcionarte, pero no soy tan fácil de intimidar —respondí, sin apartar mi mirada de la suya—. Si vienes aquí con la intención de convencerme de que no tengo un lugar en la vida de Nathan, vas a desperdiciar tu tiempo. Porque, te guste o no, yo también formo parte de su vida, y estoy aquí para quedarme.

La expresión de Catherine cambió, y pude ver que mis palabras habían tocado un punto sensible. Dio un paso hacia atrás, mirándome con una mezcla de sorpresa y desprecio.

—Veremos cuánto dura tu confianza, Olivia. Nathan es un hombre que siempre volverá a lo que conoce, a lo que es seguro, y créeme, eso no te incluye a ti.

La frialdad en sus palabras me golpeó, pero sabía que su intento por sembrar dudas era apenas una táctica más, una estrategia para ganar terreno. Así que, sin mostrar ningún signo de vacilación, respondí:

—Nathan decidirá lo que es seguro o no para él, no tú. Y si tu única estrategia es venir a intimidarme, creo que necesitas encontrar algo mejor. No soy la mujer que crees que soy, Catherine. Y si intentas enfrentarte a mí, te aseguro que te arrepentirás.

El silencio entre nosotras se hizo casi tangible, cargado de una enemistad que no necesitaba más palabras para ser evidente. Catherine me miró un momento más, como si intentara decidir cuál sería su próximo movimiento, pero sabía que había agotado sus recursos.

Finalmente, se irguió, lanzándome una última mirada cargada de desprecio.

—No te preocupes, Olivia. Esto no ha terminado. —Su tono era una advertencia, una promesa de que volvería a interferir, pero en ese momento, no me importaba.

La observé alejarse, y cuando finalmente desapareció por el pasillo, sentí cómo una oleada de alivio y fuerza me inundaba. Catherine podía intentar lo que quisiera, pero ya no tenía poder sobre Nathan.

Entré en mi oficina, dejé todo sobre la mesa y me recosté en la silla. Me llevé las manos a mi sien y masajé de forma lenta, tratando de aliviar la tensión acumulada. Comencé a ralentizar mis respiraciones, hasta que la vibración de mi móvil sobre la madera del escritorio llamó mi atención. Lo cogí y vi que era un mensaje de Nathan:

Prepara la maleta. Nos vamos a París.

CAPÍTULO 25

Olivia

París nos recibió con una brisa suave y fría, cargada de una atmósfera que solo esta ciudad parece poseer. Las calles estaban impregnadas de historia y misterio, como si cada esquina, cada rincón, escondiera secretos que solo unos pocos lograban descubrir. Caminar junto a Nathan por esas calles adoquinadas, bajo el cielo gris de la ciudad del amor, tenía un efecto que no me esperaba: me hacía sentir más vulnerable de lo que había sentido en mucho tiempo.

Desde que aterrizamos, Nathan se había mostrado distinto, menos contenido, casi relajado. No parecía el hombre que dirigía el curso de su vida como si fuera una partida de ajedrez; aquí en París, Nathan se dejaba llevar por algo más, algo que no intentaba controlar. Había aceptado su invitación al viaje pensando en los negocios, en nuestro plan para desestabilizar el imperio familiar, pero, con cada paso que dábamos, sentía que estaba entrando en un terreno desconocido, en una intimidad que me abrumaba.

Caminábamos sin rumbo fijo a lo largo del Sena, y mientras la Torre Eiffel se alzaba majestuosa frente a nosotros, sentí un deseo de expresar algo que llevaba oculto durante días. A mi lado, Nathan permanecía en silencio, observando el río con una expresión tranquila, casi introspectiva, como si también estuviera sumido en sus propios pensamientos.

—París le sienta bien a esta versión tuya —dije finalmente, rompiendo el silencio con una sonrisa, esperando que él entendiera la sutileza en mis palabras.

Él me miró, y pude ver en sus ojos ese destello de complicidad que empezaba a conocer tan bien. Era como si en ese momento, en esta ciudad extraña y romántica, Nathan se permitiera ser algo más que el hombre que siempre debía controlar cada situación.

—¿Ah, sí? ¿Qué versión es esa? —preguntó, con una sonrisa de lado, esa sonrisa que no dejaba de desarmarme cada vez que la veía.

—Una versión... un poco menos calculadora, quizás —contesté, buscando sus ojos y dejando que mi sonrisa hablara por mí.

Él rio suavemente y extendió su mano hacia la mía, un gesto tan simple que, en otra ocasión, habría pasado desapercibido, pero que aquí, entre las luces de la ciudad del amor, me hizo sentir que estaba entrando en una nueva dimensión de nuestra relación. Su mano envolvió la mía, y seguimos caminando, sumidos en un silencio que no necesitaba palabras.

Mis sentimientos por Nathan habían crecido de una manera que no podía ignorar. Estar en París junto a él solo confirmaba lo que había intentado negar: que ya no podía retroceder. Estaba atrapada en algo más profundo, en un amor que se había instalado en mí sin previo aviso. Y, sin embargo, me contenía; no estaba segura de lo que él realmente sentía, y esa incertidumbre me mantenía alerta.

—Sabes, no todo es tan calculado como parece —dijo él de repente, como si hubiera leído mis pensamientos. Su tono era suave, casi vulnerable—. No aquí. No contigo.

Sus palabras resonaron en mi mente, y me quedé en silencio, sin saber cómo responder.

Sentía que había mucho más detrás de lo que decía, que esta confesión era más íntima de lo que él mismo admitía. En ese momento, supe que Nathan estaba dejando caer algunas de sus barreras, y esa idea me llenó de una calidez que no esperaba.

—Me alegra escuchar eso —dijo finalmente, apretando ligeramente su mano, dejándole saber que también estaba aquí, que esto significaba algo para mí.

Seguimos caminando, pasando por cafés acogedores y tiendas antiguas que llenaban las calles de encanto. En algún momento, Nathan me guio hasta un pequeño café con terraza que miraba al Sena. Nos sentamos en una mesa al borde, desde donde se veía el río y la Torre Eiffel en la distancia. Era como si la ciudad hubiera sido diseñada para hacernos olvidar todo lo demás, para que pudiéramos sumergirnos en este momento y nada más.

Mientras esperábamos nuestras bebidas, Nathan se inclinó hacia adelante, y la intensidad de su mirada hizo que me olvidara de todo a nuestro alrededor.

—He pensado en el proyecto —dijo, su tono más serio de repente, como si quisiera recordar el propósito de este viaje—. Creo que estamos listos para tomar las primeras acciones. Será algo pequeño, pero lo suficiente para empezar a desestabilizar algunas de las empresas clave de mi padre. Será solo un golpe leve, pero un golpe que Thomas sentirá.

Asentí, absorbiendo cada palabra, dejándome llevar por su determinación. Sabía que esto significaba mucho para él, que este plan era su forma de escapar del control de su familia, de romper con el legado que siempre había despreciado.

—Es un buen primer paso —respondí, sintiendo cómo mi propia convicción se fortalecía con cada palabra que él decía—. Con la información que tenemos, podríamos lograrlo sin que sospeche. Solo necesitamos ser cuidadosos.

Nathan asintió, pero algo en su mirada parecía haberse suavizado. Parecía observarme, evaluando algo más allá de las palabras, como si quisiera comprender lo que significaba para mí estar aquí, involucrada en su lucha, en su vida.

—Gracias por esto, Olivia —dijo, su tono más suave—. No sabes cuánto significa que estés aquí, que estés dispuesta a enfrentar todo esto conmigo.

Sentí un nudo en la garganta, y aunque quería responder, quería decirle lo que realmente sentía, no pude. En lugar de eso, decidí contarle algo que había guardado hasta ahora.

—Catherine vino a verme antes de que saliéramos de Nueva York —confesé, manteniendo mi mirada firme para que él entendiera que no me había afectado.

Nathan tensó la mandíbula, y la intensidad de sus ojos se endureció.

—¿Qué te dijo? —preguntó, su tono controlado, pero noté la tensión en su voz.

Sonreí, recordando cada palabra de nuestro enfrentamiento.

—Intentó intimidarme, claro. Me dejó claro que ella piensa pelear por ti, aunque dudo que entienda que esta batalla ya está perdida —dijo, intentando mantener la calma en mi voz.

Nathan me observó por un instante, y luego una sonrisa asomó en sus labios.

—Catherine siempre ha pensado que tiene el derecho de decidir sobre mi vida. Lo siento, Olivia. No quiero que nadie, mucho menos ella, te haga sentir que no perteneces aquí.

Apreté su mano, y él respondió al gesto, dejándome ver que sus palabras eran sinceras. No había dudas en sus ojos, y eso me dio la seguridad que necesitaba.

Cuando salimos del café, el sol comenzaba a ocultarse, y París se envolvía en un velo dorado que parecía diseñado para enmarcar este momento. Seguimos caminando, observando cómo la ciudad cobraba vida bajo la luz tenue de las primeras farolas.

La brisa era fría, pero la calidez de su cercanía me hacía sentir segura, como si nada más

importara. Cada paso que dábamos me acercaba más a él, a ese lado de Nathan que raramente mostraba y que aquí, en París, parecía florecer en silencio.

Cruzamos un pequeño puente sobre el Sena, y en un impulso, Nathan se detuvo y se giró hacia mí, sus ojos encontrando los míos en un instante que me robó el aliento.

—Olivia... —dijo, su voz un susurro que se perdió en el murmullo de la ciudad—. No tienes idea de lo que esto significa para mí.

Su mirada era profunda, intensa, y sentí que en ella había algo que nunca había visto en él. Quise decirle que lo entendía, que estaba aquí porque ya era tarde para retroceder, que lo amaba y que ese sentimiento había crecido sin que pudiera evitarlo. Pero el miedo a exponerme, a mostrarle que estaba en mis manos, me contuvo.

En lugar de responder, me acerqué y le tomé la mano, dejándole saber, sin palabras, que estaba aquí, que pase lo que pase, no lo dejaría solo.

París seguía iluminándose a nuestro alrededor, pero en ese momento, solo existíamos nosotros, una promesa silenciosa que sellamos en cada paso, en cada mirada compartida, como si el futuro ya no fuera una amenaza, sino una oportunidad que estábamos dispuestos a enfrentar juntos.

CAPÍTULO 26

Nathan

Lo sentía cada vez con más intensidad, algo que crecía en silencio dentro de mí y que apenas lograba admitir en voz alta, ni siquiera para mí mismo: estaba enamorado de Olivia. No de la manera fugaz con la que había sentido atracción en el pasado, sino con una profundidad que me obligaba a reevaluar cada uno de mis planes, cada movimiento. Ella había cambiado mi vida de un modo que no había anticipado, y estar a su lado en esta ciudad, compartiendo no solo nuestra conexión, sino también las sombras de mi vida familiar, hacía que esa verdad fuera inevitable.

Nos habíamos sentado en un restaurante elegante, situado en una esquina donde las luces de la ciudad reflejaban suavemente en las ventanas, creando un ambiente cálido y privado. Olivia, sentada frente a mí, miraba el menú con una concentración que parecía ajena a la tensión que emanaba de mi lado de la mesa. La veía y me encontraba sumido en emociones que no reconocía. Había algo casi desconocido en la forma en que la observaba, en la manera en que quería asegurarme de que se sintiera segura a mi lado.

Decidí concentrarme en lo que habíamos venido a hacer, en el plan que ella y yo estábamos construyendo juntos. Pero era difícil ignorar el peso de lo que sentía. Esta cena, como tantas otras en esta ciudad, parecía volverse el escenario ideal para abrirme a ella, para mostrarle una parte de mí que apenas había revelado.

—Olivia —comencé, apartando la mirada del menú y enfocándome en sus ojos—, quiero hablar contigo sobre el plan. Hay detalles que necesitas conocer, especialmente si estamos comprometidos a que esto funcione.

Ella dejó el menú a un lado y asintió, su expresión volviéndose seria, pero atenta. Sabía que este era el tipo de conversación que habíamos esperado tener desde que llegamos aquí.

—Estoy lista para saber todo lo que necesitas que entienda —respondió, su tono firme, pero suave. Noté en su mirada esa mezcla de confianza y determinación que siempre me impresionaba.

Respiré hondo y comencé a explicarle las primeras fases de nuestro proyecto. Desde hace meses había estado investigando los puntos débiles de las empresas que Thomas gestionaba con tanto celo. No podía atacarlas directamente, pero había hallado maneras de manipular el valor de ciertas acciones clave. Como piezas en un tablero de ajedrez, cada una de esas acciones había sido seleccionada estratégicamente, y el plan consistía en provocar pequeños colapsos en cadena, que eventualmente harían caer al gigante.

—Empezaremos con las acciones de una de sus empresas tecnológicas de mediana envergadura. No es particularmente grande, pero controla ciertos sectores críticos de comunicación dentro de sus redes empresariales —le expliqué, observando cómo asimilaba cada palabra.

Olivia asentía, su rostro iluminado por la luz de la vela que se encontraba en el centro de la mesa. Su atención era total, y me di cuenta de que confiaba en cada palabra que decía, algo

que para mí era completamente nuevo. Nunca antes alguien había creído en mí de esta manera, y esa confianza me hacía querer ser mejor, tanto en este plan como en la manera en que me comportaba con ella.

—Una vez que el valor de esas acciones caiga, las demás compañías que dependen de ella empezarán a sufrir consecuencias en cascada —continuó—. Es como un juego de dominó. Thomas no podrá reaccionar a tiempo, porque el golpe no será inmediato. Será lento, y para cuando quiera intervenir, la estructura estará demasiado debilitada.

Olivia me observaba en silencio, asintiendo, su expresión de admiración mezclada con una firmeza que me hacía sentir que habíamos logrado algo poderoso. Era una conexión que iba más allá de las palabras. Ella no estaba allí solo por el proyecto, sino porque entendía que esto era parte de algo mucho más grande, una liberación que ambos estábamos buscando de alguna manera.

—Nathan... esto es increíblemente detallado —dijo finalmente, su voz llena de asombro—. Pero, ¿qué haremos cuando Thomas reaccione? Porque sabemos que lo hará. No es alguien que se quede de brazos cruzados ante algo así.

Sabía que tenía razón. Thomas no era de los que se quedaban al margen, y enfrentarlo directamente significaba asumir riesgos que afectaban no solo mi vida, sino también la de Olivia. Y ahí estaba, la razón de por qué mi corazón latía tan rápido, de por qué la idea de perderla me atormentaba más de lo que quería admitir.

—Lo sé —respondí, mirándola con intensidad—. Pero tengo un plan para cubrirnos, uno que he estado desarrollando desde antes de que tú y yo decidiéramos trabajar juntos. Algunos aliados estratégicos, contactos que mi padre ni siquiera sospecha que tengo. La clave será sorprenderlo, tomarlo desprevenido.

Ella asintió, y vi en su rostro esa chispa de confianza que me hacía sentir que nada podía salir mal con ella a mi lado. Pero en el fondo de mi ser, algo mucho más profundo me atormentaba. Estar tan cerca de ella me hacía sentir vulnerable de una manera que nunca había sentido con nadie. Sabía que, aunque no había sido mi intención, me estaba enamorando de ella. Y esa realidad hacía que me mostrara cauteloso, sin querer asustarla, pero sin poder ocultar lo que estaba creciendo en mi interior.

—Nathan, ¿estás seguro de que esto es lo que quieres? —preguntó en un momento, su tono lleno de una dulzura que solo hacía que me enamorara más de ella—. Digo, si sigues con este plan... tu vida entera cambiará. Es una ruptura total.

La miré, sin desviar la mirada, dejando que viera todo lo que estaba sintiendo.

—No puedo seguir bajo el control de mi padre, Olivia. No después de todo lo que he pasado, de todo lo que he visto y vivido. Thomas me ha manipulado, me ha usado como una extensión de sus propios intereses, y es hora de que eso termine —respondí, mi voz baja pero llena de convicción.

Ella me observó en silencio, y sentí que podía ver en sus ojos la comprensión, la empatía que tanto necesitaba. Alargó la mano para tomar la mía, y su toque me recordó que esta era una oportunidad única. Con Olivia, sentía que podía ser yo mismo, sin máscaras ni barreras.

Terminamos la cena y decidimos caminar hasta el Sena, en un silencio cómodo que no necesitaba palabras. Las luces de la ciudad se reflejaban en el agua, creando un escenario perfecto, como si París hubiera decidido regalarnos ese momento a solas. Mis emociones eran intensas, pero me contenía, sin querer agobiarme con lo que estaba sintiendo, pero sin poder apartar la vista de ella.

Nos detuvimos a la orilla del río, y no pude evitar girarme para enfrentarla. En ese instante, toda mi contención se esfumó, y sin pensarlo, la atraje hacia mí y la besé. Fue un beso lleno de deseo, pero también de algo más profundo, algo que ni siquiera podía definir con claridad. Sentí cómo ella respondía con la misma intensidad, y por un instante, el resto del mundo desapareció.

Cuando finalmente nos separamos, la miré a los ojos, intentando decirle todo lo que sentía sin palabras, permitiendo que entendiera que, aunque nunca había planeado esto, estaba completamente perdido por ella.

En ese instante, supe que, pase lo que pase, no volvería a ser el mismo.

CAPÍTULO 27

Nathan

La noche se extendía sobre París con una intensidad que parecía reflejar lo que sentía en mi interior. La luna llena iluminaba la ciudad, derramando su luz plateada sobre los tejados y el Sena, como si incluso la naturaleza supiera que esta noche era especial, única. Olivia estaba de pie junto a mí en la habitación, envuelta en una calma que se sentía casi surrealista, y yo no podía apartar los ojos de ella. Desde el momento en que habíamos llegado a París, algo había cambiado entre nosotros, algo profundo que escapaba a las palabras y que me hacía sentir más vulnerable de lo que jamás había estado.

Mientras me acercaba a ella, supe que este momento iba más allá de cualquier deseo físico, más allá de cualquier impulso que pudiera describir. Esto era algo real, algo que había crecido sin que me diera cuenta y que ahora me envolvía por completo. Olivia me miraba con una mezcla de desafío y ternura, y eso era lo que siempre me desarmaba de ella: esa habilidad de ser fuerte y, al mismo tiempo, increíblemente suave.

—Ven conmigo —le susurré, tomando su mano y llevándola hacia el balcón.

Ella me siguió, sus pasos seguros, aunque noté un leve temblor en su respiración cuando cruzamos el umbral de la puerta. Afuera, la vista era espectacular. La Torre Eiffel se alzaba entre los edificios, majestuosa, y las luces de la ciudad creaban un brillo que parecía envolvernos en una atmósfera de ensueño. Bajo la luna, con París como testigo, sentí que no había nada que pudiera separarnos, ni siquiera las sombras de nuestras vidas.

Olivia se detuvo junto a la barandilla, y al mirarla, comprendí que el juego entre nosotros ya no era solo físico. Era como si estuviéramos a punto de cruzar un umbral, de adentrarnos en un espacio donde nuestras almas se encontraban sin reservas, sin máscaras.

La acerqué hacia mí, sin prisas, dejándome envolver por el magnetismo que nos unía. Cada movimiento, cada susurro de su piel contra la mía, me recordaba que esto era más que una simple atracción. Era una necesidad, una conexión que había crecido sin permiso y que ahora ocupaba cada rincón de mi mente y mi cuerpo.

—¿Sabes? —murmuré mientras depositaba sensuales besos en su cuello y la envolvía entre mis brazos—. Tengo una fantasía que me ronda desde hace días.

—¿Ah, sí? —respondió ella, que parecía estar entrando en una especie de éxtasis con cada caricia de mis labios en su piel.

—Ajá, y me gustaría hacerla realidad... contigo. ¿Te gustaría saberla? —Paseé la lengua por toda la longitud de su cuello, de abajo a arriba, hasta atrapar el lóbulo de su oreja entre los dientes. Olivia jadeó un sí—. Pues... verás —comencé, dejando otro sensual beso bajo su oreja y descendía una mano por su cuerpo—, en mi fantasía, estamos en este balcón, así como estamos ahora, y, mientras te acaricio el cuello... —Tiré de la cremallera de su vestido hasta el final de su camino, mentí mis manos por dentro de la tela abierta y la empujé con delicadeza hasta dejarlo colgando sobre su cintura—, te desnudo y tú me pides que siga. —Aprisiono ambos pechos entre mis manos y aprieto con delicadeza. Ella suelta un gemido de sorpresa.

—Sigue —jadeó ella.

Sonreí triunfante. La cogí de las caderas y la giré hasta tenerla frente a mí, mirándome con esas preciosas gemas verdes. Atrapé sus labios con un beso ardiente, sujetando su rostro entre mis manos y dejando que nuestras lenguas se enredasen en un excitante baile.

Ambos gemimos, sabía que ella quería más, deseaba más y yo estaba dispuesto a dárselo todo. Hasta mi alma, si era lo que necesitaba. Rompí el beso con leve mordisco de su labio inferior para apoderarme con fervor de uno de sus pechos. Olivia exhaló un gemido sonoro de sorpresa y excitación a la vez.

Jugueteé con ese duro botón, mordisqueando con suavidad y paseando la punta de la lengua alrededor de la areola. Ella arqueó la espalda entre mis brazos, presentándome mejor esos senos hinchados, preciosos y redondos que tan loco me volvía. Los amasé, los besé, los devoré mientras ella gemía.

Cuando sacié mi hambre por su busto perfecto, pasé a sentarme en el borde de la tumbona y la acerqué a mí, todavía con el vestido enrollado en su cintura. La cogí de las caderas y la acerqué a mí para poder dejarle un ardiente beso en su ombligo. Olivia revolvió mi cabello con las manos, jadeante, excitada. Antes de deslizarle el resto de las prendas al suelo, levanté la vista hacia ella.

—¿Estás segura? —le susurré, con mi rostro a pocos centímetros del suyo, dándole la oportunidad de retroceder, de detener esto si lo deseaba.

Sus ojos se encontraron con los míos, y en su mirada vi una mezcla de ternura y decisión que me dejó sin aliento.

—Nunca he estado más segura de nada. Soy tuya, toma lo que desees de mí —respondió, su voz apenas un murmullo, pero lo suficientemente firme como para que entendiera que no había duda en ella.

Ese simple consentimiento me hizo sentir una oleada de emociones que apenas podía controlar. Mi corazón latía con una fuerza que no había sentido jamás, y en ese instante, supe que ella tenía un poder sobre mí que nadie más había tenido. La abracé con una suavidad que contradecía la intensidad de mis emociones, queriendo prolongar cada segundo, cada caricia, como si pudiera grabar este momento en mi memoria para siempre.

Le deslicé el vestido y las braguitas con ambas manos, sin dejar de admirarla ni de besar cada rincón de piel que se exponía ante mí. En cuanto quedó desnuda, tan solo con los tacones puestos, levanté su pierna derecha y la coloqué en el borde de la tumbona a mi lado. La acaricié y lamí con sensualidad, recorriendo el camino desde sus muslo hasta el mismo centro de su sexualidad. La miré un último instante antes de perderme en su sexo y vi la misma hambre en sus ojos.

Con el primer beso en el clítoris, Olivia liberó un gemido intenso y se contorsionó. La sujeté del trasero y la acerqué a mi boca para saborearle con gusto. Lamí alrededor de su sexo, hasta hundir mi lengua en su interior. Ella se aferró a mi pelo, enredó los dedos entre mis mechones y jadeó mi nombre. Eso hizo palpar mi propia erección, que pugnaba por ser liberada entre mis pantalones.

—Nathan... Nathan... —gimió ella, estaba tan húmeda y excitada...

No me detuve, seguí lamiendo y saboreando ese sabor tan maravilloso. Acompañé a mi lengua con mis dedos, los que moví en su interior hasta encontrar ese punto ambicionado. Olivia estalló en un sonoro orgasmo mientras se corría en mi cara, embistiendo su pelvis contra mi boca. La miré a los ojos, me gustaba ver su expresión cuando se corría. Ella conectó

conmigo también y sonrió al mismo tiempo que jadeaba las últimas exhalaciones del orgasmo.

La luna nos envolvía con su luz plateada, y la brisa suave de la noche traía el aroma de la ciudad. Cada vez que nos mirábamos, cada vez que nuestros ojos se encontraban, sentía que el mundo se detenía, que solo existíamos ella y yo en este rincón de París, en este momento suspendido en el tiempo.

Bajé su pierna al suelo y me incorporé para quitarme la ropa, pero me aseguré de que podría mantenerse bien en pie. De forma apresurada, porque el deseo de hundirme en ella era incontrolable, me saqué la camisa por encima de la cabeza. Bajé los pantalones y los calzoncillos al suelo y los lancé a un lado con el pie.

Cuando quise tomarla en brazos para tumbarla en la camilla, ella tomó la iniciativa y me empujó hasta dejarme tirado sobre la colchoneta. La miré asombrado, ella rio y saltó sobre mí hasta quedarse a horcajadas. Tomó mi dureza con una mano, se colocó sobre ella y se dejó descender por toda la largura de mi pene.

Nuestros labios se encontraron con una suavidad que contrastaba con la intensidad de nuestros sentimientos. Era un beso profundo, cargado de todo lo que no habíamos dicho, de todas las emociones que habíamos acumulado sin siquiera darnos cuenta. Sentía el calor de su cuerpo junto al mío, el latido acelerado de su corazón que se mezclaba con el mío en una sinfonía silenciosa que solo nosotros podíamos escuchar.

Sin dejar de mirarnos, comenzamos un baile que para nada tenía que ver con solo sexo. La conexión que sentíamos, que yo sentía mientras me cabalgaba, iba más allá de lo carnal. Era algo místico, más profundo. Era como si nuestras almas estuvieran conectando a unos niveles imposibles de comprender.

Empezamos con movimientos lentos, la dejé acomodarse y llevar el ritmo, hasta que la necesidad de ella me pudo. Me incorporé hasta quedarme sentado, la tomé de la nuca y la atraje hasta mi boca para devorarla mientras la penetraba.

Mientras la sostenía en mis brazos, supe que no había vuelta atrás. Estaba perdidamente enamorado de ella, y esa certeza me llenaba de un temor desconocido, pero también de una felicidad que jamás había sentido. Olivia había derribado cada una de mis defensas, cada barrera que había construido para protegerme del dolor, y en este momento, me daba cuenta de que no deseaba reconstruirlas.

—Te amo, Olivia —confesé entre jadeos, sin saber si mis palabras eran suficientes para expresar todo lo que sentía.

Ella me miró, y en sus ojos vi la misma emoción, la misma intensidad. No había necesidad de palabras, porque en este instante, todo estaba claro. La abracé con más fuerza, y juntos, nos dejamos llevar por la pasión, conscientes de que esto era más que una simple atracción, que era una conexión profunda y real.

Cada caricia, cada susurro era un reflejo de lo que sentíamos el uno por el otro, y mientras nos entregábamos a la noche, sentí que París nos envolvía en su magia, como si la ciudad misma bendijera este momento. La Torre Eiffel brillaba en la distancia, pero para mí, nada en el mundo podía compararse con la luz que veía en los ojos de Olivia, con la calidez que emanaba de su cuerpo.

Ambos nos corrimos con sonoros gemidos, desnudos y abrazados bajo el amparo de la noche parisina. La miré y vi a una diosa que me sonreía, que tomaba mi rostro entre sus manos y me susurraba un te amo contra mi boca. No podía pedirle más a la vida, salvo

atesorar estos momentos y detener el tiempo aquí y ahora.

Finalmente, cuando la noche comenzaba a dar paso a las primeras luces del amanecer, nos quedamos allí, abrazados, en silencio, observando cómo la ciudad despertaba lentamente. En ese instante, supe que este momento quedaría grabado en mí para siempre, como una promesa silenciosa de que, pase lo que pase, siempre habría algo entre nosotros que ni siquiera el tiempo podría borrar.

CAPÍTULO 28

Olivia

Al llegar al garaje del edificio de Nathan, todo parecía tranquilo, y por un momento, esa calma se sentía como el eco perfecto de los recuerdos de nuestra escapada a París. Habían pasado solo unos días, pero la intensidad de lo que habíamos compartido aún resonaba en mí, como si cada rincón de mi mente estuviera marcado por su presencia, su risa y su voz. Sentía su cercanía incluso a kilómetros de distancia, y la seguridad que me daba estar con él era algo completamente nuevo para mí.

Mientras caminaba hacia el ascensor, algo en el ambiente cambió, un murmullo apenas audible me hizo detenerme. Giré ligeramente, escondiéndome tras uno de los pilares del garaje, al identificar las voces de Thomas y Catherine, resonando bajas pero claramente tensas entre dos coches cercanos. Su tono era urgente, como si compartieran un secreto que debía mantenerse lejos de oídos ajenos. Contuve la respiración y, sin pensar demasiado, me acerqué con sigilo, cuidando cada paso para que no me escucharan. La curiosidad y el instinto de protección hacia Nathan me impulsaban a saber qué estaban tramando.

—Thomas, no puedes seguir posponiéndolo —dijo Catherine, su tono impaciente y cargado de frustración—. Necesito que Nathan cumpla con su parte del acuerdo. No quiero seguir esperando, ¿entiendes? Es hora de que tomes cartas en el asunto y lo obligues a comprometerse.

Mi corazón comenzó a latir con fuerza, y una sensación de inquietud se apoderó de mí. ¿De qué compromiso estaba hablando? La idea de que Nathan estuviera siendo presionado a comprometerse formalmente con Catherine me resultaba insoportable, pero me obligué a seguir escuchando, queriendo entender el alcance de la conversación.

Thomas suspiró, su tono era tan gélido y controlado como siempre, una voz cargada de la autoridad que solía usar para someter a quienes le rodeaban.

—Catherine, no puedes apresurar las cosas. Nathan ha mostrado resistencia, pero tengo maneras de hacerle entender sus obligaciones. Nadie escapa de las expectativas de esta familia, y si quiere mantener su posición, tendrá que cumplir. Tú solo asegúrate de que las condiciones sean claras.

La frialdad con la que hablaba sobre su propio hijo me llenó de indignación. Thomas trataba a Nathan como si fuera un simple peón en su juego de poder, como si su felicidad o sus deseos no tuvieran importancia. Y la idea de que Catherine estuviera en complicidad con él, urdiendo planes para presionarlo, me revolvía el estómago.

—Confío en que sabrás manipularlo —replicó Catherine, su voz llena de arrogancia—. Nathan necesita entender que esto no es opcional. Si quiere mantener su estatus, tendrá que comprometerse. Y créeme, Thomas, no estoy dispuesta a ceder. Si él sigue jugando con esa mujer, tú serás el responsable de las consecuencias.

Sentí un nudo en la garganta al escuchar cómo me mencionaban sin siquiera saberlo, como si mi relación con Nathan fuera solo un obstáculo que ambos querían eliminar. La

certeza de que ellos planeaban forzarlo a una situación tan injusta me llenaba de furia, pero también de determinación. No podía permitir que ellos controlaran la vida de Nathan, ni que sus amenazas destruyeran lo que habíamos construido juntos.

Esperé, conteniendo la respiración, hasta que escuché sus pasos alejándose hacia la salida del garaje. Solo cuando estuve segura de que habían desaparecido por completo, solté el aire que había estado reteniendo y me obligué a calmarme. Mis manos temblaban de rabia e impotencia, pero sabía que necesitaba mantener la cabeza fría. Nathan debía saber lo que había escuchado, y no pensaba esperar ni un segundo más para contarle.

Corrí hacia el ascensor, mi mente aún absorbida en cada palabra que había escuchado. Me sentía vulnerable, pero al mismo tiempo llena de una determinación que no había experimentado antes. Sabía que esta información era crucial para Nathan, que él merecía saber lo que su padre y Catherine planeaban a sus espaldas.

Cuando llegué a su despacho, él me recibió con una sonrisa, pero la preocupación en mi rostro debió alertarlo, porque su expresión cambió inmediatamente.

—¿Qué ocurre? —preguntó, acercándose a mí con ese tono que me hacía sentir segura, pero que también me desarmaba, porque sabía que algo dentro de mí se rompía cada vez que lo veía ser el blanco de los engaños de su propia familia.

Sin perder tiempo, cerré la puerta y respiré hondo, organizando mis pensamientos antes de soltar todo de golpe.

—Acabo de encontrarme con tu padre y Catherine en el garaje... ellos no se dieron cuenta de mi presencia, pero pude escuchar su conversación —comencé, manteniendo la voz firme, aunque el temblor en mis manos aún no se había ido.

Su expresión se endureció de inmediato, y vi en sus ojos esa mezcla de furia y cansancio que parecía reservar solo para los momentos en que se trataba de Thomas.

—¿Qué fue lo que escuchaste? —su voz era controlada, pero podía sentir la tensión en cada palabra.

Me acerqué a él, deseando que comprendiera la gravedad de la situación.

—Catherine estaba exigiéndole a tu padre que te presionara para que te comprometieras con ella. Le dijo que si querías mantener tu posición en la familia, tendrías que cumplir con ese compromiso. Thomas estuvo de acuerdo en extorsionarte, si hacía falta, para que aceptaras —le conté, observando cómo sus ojos se oscurecían con una mezcla de furia y decepción.

Por un instante, el silencio llenó la sala, un silencio cargado de una rabia contenida que Nathan intentaba controlar, aunque sus manos apretadas en puños delataban la magnitud de su enojo.

—No puedo creer hasta dónde están dispuestos a llegar —murmuró finalmente, su voz tan baja que apenas la escuché.

Di un paso hacia él, tomando sus manos entre las mías, queriendo transmitirle la calma que sabía que necesitaba en este momento.

—No estás solo en esto, Nathan. No voy a permitir que te controlen, ni que te hagan daño. Estoy aquí contigo, y juntos podemos enfrentar lo que sea que intenten hacer.

Él me miró, y vi en sus ojos una mezcla de agradecimiento y algo más, algo que iba más allá de las palabras. En ese instante, Nathan rompió la distancia entre nosotros y me rodeó con sus brazos, abrazándome con una intensidad que dejaba claro cuánto necesitaba este apoyo.

Sentí su respiración en mi cuello, su cuerpo contra el mío, y aunque el peso de la situación aún nos envolvía, el simple hecho de estar juntos hacía que el dolor y la rabia fueran más llevaderos.

—Gracias, Olivia —susurró finalmente, su voz cargada de una ternura que solo había visto en él en momentos como este—. No sé qué haría si no estuvieras aquí. Pero créeme cuando te digo que no voy a permitir que ni Catherine ni mi padre te lastimen.

Me miró con una determinación que me dejó sin palabras, y en ese momento supe que, sin importar lo que Thomas y Catherine intentaran, nosotros teníamos algo más fuerte, algo que ellos nunca podrían comprender. La complicidad, la confianza y el amor que estábamos construyendo eran una fortaleza que ni siquiera el poder de los Grant podría derribar.

Nathan me besó, sellando esta promesa entre nosotros, y mientras sus labios rozaban los míos, supe que estaba en el lugar donde debía estar. Estábamos juntos en esto, y aunque el camino por delante era incierto, la seguridad de su abrazo me daba la fuerza para enfrentar cualquier cosa que el futuro nos deparara.

CAPÍTULO 29

Nathan

La mansión de los Grant era el mismo símbolo imponente y vacío que siempre había sido. Cada vez que cruzaba sus puertas, sentía como si algo se encogiera en mi interior, como si las paredes de esta casa, cargadas de secretos y mentiras, tuvieran el poder de controlar cada movimiento. Hoy, sin embargo, no estaba dispuesto a permitir que esta casa, ni el hombre que la gobernaba, me redujera a una sombra.

Blake estaba junto a mí, y su presencia, más sólida que nunca, era todo el apoyo que necesitaba. Habíamos venido con un propósito claro, y nada ni nadie, ni siquiera el propio Thomas Grant, iba a hacernos retroceder.

Al entrar en el salón, vimos a Thomas esperándonos, su postura rígida y sus ojos fríos, evaluándonos como siempre lo hacía. Nos había convocado para "hablar de nuestra lealtad familiar", una reunión que ambos sabíamos sería cualquier cosa menos conciliadora.

—Nathan, Blake —comenzó Thomas, sin la menor intención de ocultar el desdén que teñía su voz—. Es hora de que entendáis lo que se espera de vosotros en esta familia. No toleraré más desobediencia, y menos cuando hay tanto en juego. Nathan, ya hemos hablado antes de tu compromiso con Catherine. Es hora de que lo cumplas.

Mi mandíbula se tensó, pero no desvié la mirada de él. Sentía la rabia bullendo dentro de mí, pero mantenía el control. No le daría el placer de ver la reacción que esperaba.

—Eso no va a pasar, padre. Ni hoy, ni mañana. Ni Catherine ni tú van a controlar mi vida, y te sugiero que dejes de intentarlo. Mi lealtad no está en juego aquí. Lo que está en juego es tu ego, y no voy a ser el peón en tus juegos de poder.

Thomas nos miró con una sonrisa amarga y burlona, como si mis palabras le resultaran una simple distracción.

—¿Ego? Nathan, esto va mucho más allá de ti. Va sobre el legado de esta familia, un legado que tu hermano y tú parecéis empeñados en destruir. Yo construí esto, cada dólar, cada propiedad, cada contacto. ¿Y así es como me pagan mis hijos? Rebeldía, desafíos, amenazas veladas... No lo permitiré.

Antes de que pudiera responder, Blake dio un paso adelante, su voz clara y firme.

—Nos hablas de legado, padre, pero ¿de qué legado hablas? El de un hombre que ve a sus hijos como inversiones, como instrumentos para satisfacer sus caprichos. Ni Nathan ni yo queremos eso, y por mucho que intentes manipularnos, ya no somos los niños que solían acatar tus órdenes sin dudar.

Vi cómo Thomas fruncía el ceño, sus ojos cargados de una furia fría. No soportaba ser desafiado, y mucho menos por nosotros. Sin embargo, la presencia de Blake a mi lado le daba a mis palabras un peso que ni él podía ignorar. Éramos dos, unidos, y eso era algo con lo que nunca había contado.

—Blake, tú más que nadie deberías entender lo que está en juego aquí. Sin mi respaldo, sin la influencia de esta familia, todo lo que has logrado se desmoronaría. Los contactos que te

ayudaron a construir tu empresa, las inversiones iniciales... todo eso lo tienes gracias a mí. Serías nada sin el apellido Grant.

El rostro de Blake se endureció, y sentí cómo su rabia se convertía en una calma letal, una que solo él era capaz de manifestar con tanta precisión.

—Quizá deberías aceptar que ambos seríamos algo muy diferente si no hubiéramos sido criados bajo tu mano manipuladora. No quiero nada que provenga de ti, y si crees que necesito tu influencia para seguir adelante, te equivocas. He trabajado para construir algo mío, algo que no esté manchado por tus decisiones. Y si tu único recurso es amenazarnos con quitarnos la herencia, hazlo. Veremos si realmente puedes soportar la idea de que todo tu legado termine en nada.

Thomas soltó una risa seca, sin un rastro de calidez en ella.

—¿Así que es esto lo que quieren? ¿Independencia? ¿Libertad? Entonces les advierto que lo único que obtendrán será una ruina. Cada dólar que tienen, cada bien, cada contacto... desaparecerán tan pronto como yo decida.

Mi sangre hervía, pero mantuve mi voz firme y controlada.

—No quiero nada de ti, Thomas. Ni tu dinero, ni tu aprobación, y mucho menos tu herencia. Así que guarda tus amenazas, porque ya no tienen ningún efecto sobre mí. Y te aseguro que cuando esto termine, serás tú quien pierda, no nosotros.

Vi cómo su rostro cambiaba, cómo el control que siempre había ostentado comenzaba a desmoronarse. No estaba acostumbrado a que sus hijos lo enfrentaran con esta determinación, y eso era algo que lo desconcertaba, que lo desarmaba. Por primera vez, Thomas parecía vulnerable, y ese momento era tan revelador como doloroso. Era la confirmación de que este hombre, a quien alguna vez llamé padre, no era más que un tirano obsesionado con el control.

Blake y yo intercambiamos una mirada, y en ese instante supe que no estábamos solos en esta batalla. Sin decir una palabra más, ambos nos giramos y comenzamos a caminar hacia la salida. Pero antes de cruzar la puerta, escuché su voz, fría y cargada de desprecio.

—Si cruzáis esa puerta, no habrá vuelta atrás. No serán mis hijos, y no tendrán ni un solo centavo de mi fortuna. Todo lo que han construido se derrumbará, y no tendrán a dónde recurrir.

Me detuve un segundo, sin volverme hacia él.

—Ya hace mucho que dejé de ser tu hijo. Y prefiero perderlo todo antes que seguir bajo tu sombra.

Sentí cómo Blake me apoyaba con un leve gesto, y ambos cruzamos la puerta sin mirar atrás. La mansión quedaba detrás, junto con todo el poder y la opresión que siempre había ejercido sobre nosotros.

Ya en el exterior, sentí el aire frío en el rostro, como una bocanada de libertad que nunca había experimentado. Blake permanecía a mi lado, y su presencia me daba la certeza de que, sin importar las amenazas de Thomas, estábamos juntos en esto.

—Blake, voy a necesitar tu ayuda con algo —dije, rompiendo el silencio mientras caminábamos hacia mi coche.

Él asintió, sin preguntar detalles, porque sabía que lo que vendría no sería fácil, pero estaba dispuesto a enfrentar lo que fuera necesario.

—Lo que necesites, Nathan. Ya no hay vuelta atrás, y te apoyaré en lo que haga falta. Es hora de que ese hombre aprenda que no puede controlarnos más.

Asentí, agradecido por su lealtad, por su firmeza. Estábamos en una batalla que nunca habíamos elegido, pero saber que contaba con él hacía que el desafío fuera mucho más soportable. Con Blake a mi lado, sabía que no estaba solo en esta lucha, y eso era todo lo que necesitaba para enfrentar lo que viniera.

CAPÍTULO 30

Olivia

La mansión de Lucas Walker en Los Ángeles era algo sacado de un sueño. Ubicada en lo alto de una colina, rodeada de jardines exquisitos y con vistas al océano, cada rincón parecía diseñado para inspirar asombro. La fachada de piedra blanca y ventanales altos reflejaban el sol de California, mientras las palmeras se mecían suavemente bajo la brisa. Pero mientras observaba el esplendor a mi alrededor, me di cuenta de que nada podía compararse con la emoción que me embargaba: estaba a punto de casarme con Nathan, de unir mi vida a la suya de una forma que nadie podría deshacer.

La decisión de casarnos en secreto había sido repentina, pero no había ni un ápice de duda en mí. Después de todo lo que habíamos enfrentado juntos, esto era exactamente lo que queríamos. Y mientras recorría los pasillos de la mansión, con Emma a mi lado, supe que este momento sería uno de los más felices de mi vida.

Emma, siempre impecable y llena de energía, caminaba a mi lado, ajustando los detalles de mi vestido mientras me lanzaba una sonrisa cómplice.

—¿Estás lista para casarte con ese hombre, Liv? —me preguntó, sus ojos chispeando con emoción.

La miré, y sin siquiera pensarlo, respondí con una sonrisa.

—Más que nunca, Em. No hay nada que desee más.

Emma me abrazó y, por un segundo, ambas nos quedamos en silencio, dejando que la realidad de este momento se instalara en nosotras. Era irónico pensar que después de todo lo que habíamos pasado, finalmente estaba a punto de vivir este sueño tan inesperado. Me sentía afortunada de tenerla a mi lado, de que Logan y Blake también estuvieran aquí, en esta celebración íntima, como testigos de algo que significaba tanto para nosotros.

El jardín donde se llevaría a cabo la ceremonia estaba decorado de una manera sencilla, pero elegante. Flores blancas y verdes adornaban el altar, mientras una fila de luces colgantes se extendía sobre nosotros, creando un ambiente íntimo y mágico a medida que el sol comenzaba a ponerse en el horizonte. Nathan me esperaba al otro lado del jardín, y desde donde estaba, podía verlo conversando en voz baja con Logan y Blake, ambos mirándolo con esa mezcla de seriedad y emoción que solo los amigos verdaderos pueden mostrar en una ocasión tan importante.

Emma me tomó del brazo y ambas comenzamos a caminar hacia ellos. Con cada paso que daba, sentía que el mundo se hacía un poco más pequeño, como si solo existiéramos Nathan y yo, como si esta ceremonia, este momento, fuera solo nuestro.

Logan fue el primero en acercarse a mí, con esa sonrisa tranquila que siempre llevaba y los ojos llenos de amabilidad.

—Olivia, luces increíble. Nathan tiene suerte de que hayas decidido atarte a él —dijo, ofreciéndome una suave inclinación de cabeza.

—Gracias, Logan. Y gracias a ti y a Lucas por permitirnos hacer esto aquí. No sabes lo

que significa para nosotros —le respondí, sintiendo un nudo de gratitud formarse en mi garganta.

Él asintió, con una seriedad que rara vez mostraba.

—No hace falta agradecer. Esto es algo especial, y todos aquí estamos felices de ser parte de ello.

Finalmente, mis ojos encontraron los de Nathan, y en ese momento, el resto del mundo desapareció por completo. Su expresión, mezcla de ternura y amor, me dejó sin aliento. Este era el hombre con el que había decidido compartir mi vida, alguien que no solo había superado mis expectativas, sino que había despertado en mí un amor que jamás pensé posible.

Blake se acercó a mí, con una sonrisa de orgullo en su rostro, y me extendió una pequeña caja que contenía una flor blanca.

—Hermana —dijo, su voz firme, pero cálida—. Me alegra que seas tú quien esté aquí, quien esté con él. Sé que ahora estarán bien, juntos.

Sentí cómo las lágrimas querían asomar en mis ojos, pero me contuve. Blake me abrazó brevemente, susurrando que tenía todo su apoyo, y luego se apartó para darme espacio. Con Emma, Logan y Blake a nuestro alrededor, me sentí envuelta en el amor y la amistad de quienes realmente nos entendían y apoyaban.

El oficiante comenzó la ceremonia, y Nathan tomó mis manos entre las suyas, su mirada fija en la mía. A cada palabra, sentía cómo mi corazón latía con más fuerza, con una mezcla de felicidad y asombro que me hacía casi olvidar que el mundo seguía girando. Solo existía él, su voz y la promesa de un futuro juntos.

Cuando llegó el momento de intercambiar votos, Nathan apretó suavemente mis manos, su voz llena de emoción.

—Olivia, desde el primer momento en que te vi, supe que había algo en ti que no podía dejar escapar. Has cambiado mi vida de una forma que no puedo expresar en palabras. Hoy, te prometo que estaré a tu lado en cada paso, que lucharé por este amor y que haré todo lo que esté en mi poder para hacerte feliz. Tú eres mi todo, y no hay nada en este mundo que pueda hacerme dudar de que quiero pasar mi vida contigo.

Mis lágrimas finalmente se deslizaron por mis mejillas, y aunque las palabras parecían insuficientes, supe que esto era todo lo que necesitaba. Nathan me había dado su promesa, y sabía que no había nada que pudiera separarnos.

Respiré hondo y tomé la valentía que necesitaba para decir mis propias palabras.

—Nathan, estar contigo ha sido el viaje más increíble de mi vida. Has sido mi roca, mi refugio y la persona que me hace sentir que nada es imposible. Hoy, te prometo que estaré a tu lado en cada paso, que te apoyaré, que te amaré con todo lo que soy. No importa qué desafíos enfrentemos, porque juntos somos fuertes. Eres el amor de mi vida, y me siento la persona más afortunada del mundo por tenerte a mi lado.

Sentí cómo Nathan apretaba mis manos con más fuerza, y cuando el oficiante declaró que estábamos oficialmente casados, él se inclinó y me besó con una suavidad que casi me desarmó por completo. Era el beso de alguien que había esperado toda su vida para este momento, y en ese instante, supe que nada, ni siquiera el poder de Thomas, podría separarnos.

A nuestro alrededor, Emma, Blake y Logan aplaudían, sus rostros llenos de felicidad. Sabía que esta era una celebración de amor, pero también de libertad, de la fuerza que

habíamos encontrado en cada uno para enfrentarnos a todo lo que nos había llevado hasta aquí.

Después de la ceremonia, caminamos juntos por los jardines, con la brisa del atardecer acariciándonos y la luz del sol desvaneciéndose en el horizonte. Nathan y yo tomados de la mano, nuestros amigos a nuestro alrededor, y el mar en la distancia, el escenario era tan perfecto que parecía un sueño.

Nathan se volvió hacia mí, sus ojos brillando de emoción.

—Te amo, Olivia. No hay nada que me haga más feliz que saber que eres mi esposa.

Le sonreí, sintiendo una paz que jamás había conocido.

—Y yo te amo, Nathan. Este es solo el comienzo de nuestra vida juntos, y no puedo esperar a ver todo lo que nos espera.

Nos abrazamos bajo el cielo de California, sintiendo que estábamos en el lugar al que siempre habíamos pertenecido, rodeados de quienes importaban y listos para enfrentar lo que fuera que la vida nos deparara.

CAPÍTULO 31

Nathan

Los últimos días habían sido, sin duda, los más plenos de mi vida. Aún me encontraba asimilando lo que habíamos hecho: casarnos en secreto, alejándonos de cualquier tipo de influencia o amenaza. Cada vez que miraba a Olivia, ahora mi esposa, sentía que había dejado de ser el hombre atrapado en las redes de la familia Grant para convertirme en alguien que finalmente vivía según sus propias decisiones. Pero, en la calma de estos días, algo en el ambiente me decía que los desafíos aún no habían terminado.

Blake me había pedido encontrarnos en mi despacho a primera hora. No era usual que me citara sin avisar, y aunque nuestra relación era más sólida que nunca, sabía que la urgencia en su tono indicaba que se trataba de algo importante.

Apenas entré en la oficina, vi a Blake con una expresión que rara vez usaba: serio, centrado, y con una tensión en los ojos que no necesitaba explicar. No tardó ni un segundo en entrar en el tema.

—Nathan, necesito hablar contigo sobre una periodista, Sarah Cooper —comenzó, su voz grave, mientras tomaba asiento frente a mí—. Esta mujer ha estado intentando contactarme durante días, pidiendo una entrevista contigo sobre la familia, sobre Thomas... y creo que intuye algo más.

No era una sorpresa total que la prensa quisiera saber más sobre los Grant, especialmente considerando las últimas tensiones familiares. Pero algo en la forma en que Blake pronunciaba el nombre de esta periodista me hizo prestar atención.

—¿Sarah Cooper? —repetí, tratando de recordar si alguna vez había oído hablar de ella.

Blake asintió y cruzó los brazos, su expresión endureciéndose.

—Sí, he estado investigando. Cooper es conocida por ser extremadamente tenaz, y por lo visto tiene la reputación de ser una de las mejores en sacar trapos sucios. Hasta ahora he rechazado todas las llamadas y correos, pero he visto esto antes, Nathan. Ella no va a parar... y me preocupa que decida llegar a Olivia si no logra hablar contigo.

El solo hecho de escuchar su nombre en la misma oración que el de Olivia hizo que la preocupación se convirtiera en una alarma. Me incliné hacia adelante, sintiendo cómo la calma que había sentido estos días se desvanecía, reemplazada por una determinación fría.

—Entonces, ¿qué sugieres que hagamos? —pregunté, intentando mantener la calma.

—Por ahora, creo que deberías darle una respuesta, algo que desvíe su atención o la calme lo suficiente para que no se convierta en un problema mayor. Pero, Nathan, es probable que incluso eso no funcione. Cooper es una mujer lista; sabe cuándo alguien intenta manipularla.

Sentí cómo la frustración se instalaba en mí, una mezcla de rabia por la intromisión y una preocupación creciente por Olivia. Ella no se merecía esto, no después de todo lo que habíamos hecho para proteger nuestra vida privada. Pero, en cierto modo, siempre supe que estar junto a mí implicaría riesgos, y ahora uno de esos riesgos estaba acercándose.

—Dame todo lo que tengas sobre ella —le pedí a Blake, mi voz tan firme que me escuché a mí mismo con un tono que no solía usar—. No voy a permitir que esta mujer se acerque a Olivia ni a nadie más que me importe. Si Cooper quiere información, tendrá que hablar conmigo directamente. Me ocuparé de esto de una vez por todas.

Blake asintió, comprendiéndome sin necesidad de más palabras. Sacó una carpeta que había traído consigo y me la pasó, sus ojos reflejando la misma determinación que sentía en mi interior.

—Aquí está todo. Cooper es conocida por sus reportajes en temas familiares de alto perfil. Trabaja para un medio de renombre y su enfoque suele ser revelador, cargado de dramatismo. Su objetivo es claro: un artículo explosivo sobre la familia Grant, que incluya cada grieta en nuestra fachada.

Abrí la carpeta, repasando rápidamente los recortes y notas que Blake había reunido. Las historias de Cooper eran crudas, sin filtros, y no me cabía duda de que no tendría escrúpulos en revelar cualquier detalle que pudiera conseguir, incluso si eso significaba entrometerse en la vida de Olivia.

—Está bien —dije, cerrando la carpeta y dejándola a un lado—. Mañana mismo me pondré en contacto con ella. Si quiere una entrevista, la tendrá, pero a mi manera.

Blake se inclinó hacia adelante, mirándome con seriedad.

—Ten cuidado, Nathan. Cooper sabe manipular las palabras y los silencios. No reveles más de lo necesario y asegúrate de que esta conversación se desarrolle bajo tus términos, no bajo los de ella. Lo último que necesitamos es que tergiverse lo que dices.

Asentí, sintiendo el peso de la advertencia de Blake. Sabía que tenía razón; enfrentarse a alguien como Sarah Cooper requería estrategia y control, y no podía darme el lujo de perder la calma.

La idea de que Olivia pudiera estar en peligro me enfurecía, pero también me daba claridad. Esta mujer había decidido hurgar en asuntos que no le concernían, y si mi padre pensaba que podía usarla para presionarme, estaba a punto de darse cuenta de que había cometido un error. No iba a ceder ante amenazas, y menos cuando la integridad de Olivia estaba en juego.

—Gracias, Blake. Estaré atento —respondí, mirándolo con gratitud. Su apoyo, su lealtad, y la claridad con la que había manejado esta situación eran todo lo que necesitaba para saber que no estaba solo en esto.

Él me dio una palmada en el hombro, una rareza en él que decía más que mil palabras.

—Hermano, sabes que estoy aquí para lo que necesites. Y si esta periodista intenta algo, te aseguro que tendrá que pasar primero por mí.

La determinación en su voz me hizo sentir una calma renovada. Habíamos enfrentado mucho juntos, y ahora era el momento de demostrar que podíamos manejar cualquier cosa.

Pasamos el resto del día repasando algunas estrategias para la posible conversación con Cooper y revisando cada detalle de los negocios para asegurarnos de que todo estuviera en su sitio. La tensión era palpable, pero la certeza de que estábamos preparados para cualquier eventualidad hacía que el peso de la situación fuera más llevadero.

Al final del día, antes de que Blake se marchara, me volví hacia él y le dije:

—Quiero que Olivia esté informada, pero no preocupada. Aún no le he mencionado esto porque no quiero que sienta que es una carga. Pero si Cooper llega a acercarse a ella, necesito que tú estés cerca, que la mantengas segura. Olivia confía en ti, Blake, y yo también.

Blake asintió, comprendiéndome al instante.

—Cuenta con ello, Nathan. Olivia estará bien. Y tú, asegúrate de no dejar que esta periodista te haga perder el control.

Cuando finalmente se marchó, me quedé solo en mi despacho, repasando una y otra vez cómo manejaría esta situación. Cooper quería una historia, pero si creía que iba a desenterrar detalles íntimos de nuestras vidas sin consecuencias, estaba equivocada. Mañana sería yo quien la enfrentaría, quien pondría fin a su intromisión antes de que fuera demasiado tarde.

Sabía que esto era solo el comienzo de una serie de pruebas, pero en ese momento, con la firmeza que me daba el amor por Olivia y el apoyo de Blake, supe que no había nada que pudiera detenernos.

CAPÍTULO 32

Olivia

La luz suave del atardecer se filtraba por las enormes ventanas de nuestra habitación, cubriendo todo con un resplandor cálido y dorado. El aire olía a libertad, a ese tipo de promesas que hacemos cuando creemos que podemos dejar atrás todo lo que nos retiene. Pero a pesar de la calma que nos envolvía, sentía una ligera tensión en mi pecho, algo que no me había dejado en las últimas horas.

Nathan y yo estábamos en su apartamento, un espacio que ahora sentía completamente nuestro. Todo había cambiado después de nuestra boda secreta en Los Ángeles. Era un secreto que aún me hacía sonreír en medio de la rutina, como si fuéramos los protagonistas de una historia privada y sagrada. Pero esta noche, la atmósfera se sentía densa, como si una nube de tensión hubiera descendido entre nosotros.

Nathan me observaba desde el otro lado de la habitación, y pude ver algo nuevo en su expresión, algo decidido y firme. Sabía que me estaba preparando para decir algo importante, y aunque intuía de qué se trataba, no estaba preparada para la intensidad que iba a revelar.

Se sentó a mi lado, sin decir nada al principio. La tensión en el ambiente era palpable, y aunque había aprendido a leerlo bien, esta vez me costaba descifrar lo que estaba pensando. Finalmente, rompió el silencio, y la frialdad de su voz me estremeció.

—Olivia... el plan está en marcha —dijo, sin rodeos, sin ninguna de las usuales suavidades que a veces empleaba para hablar de su padre—. En unos días, todo terminará. Mi padre quedará arruinado, sin el poder que tanto le obsesiona, sin los medios para seguir manipulando todo a su alrededor. Por fin podremos liberarnos de él, de su control, de todo lo que ha representado.

Mi corazón se detuvo por un segundo. Habíamos hablado sobre su plan de venganza muchas veces, pero siempre en términos de futuro, como algo lejano que aún estaba por ejecutarse. Ahora, esas palabras “el plan está en marcha” golpeaban con una fuerza que no esperaba. Estaba a punto de suceder, y aunque sabía lo que significaba para Nathan, la realidad me golpeaba con más fuerza de la que imaginé.

Lo miré, sintiendo un torbellino de emociones en mi interior. Quería sentir la misma seguridad que había sentido antes, la convicción de que esto era lo correcto, que Thomas merecía lo que estaba por sucederle. Pero ahora que estábamos casados, que todo entre nosotros era más real que nunca, las dudas comenzaron a emerger en mi mente.

—¿Y qué pasará después? —pregunté, con una voz más temblorosa de lo que pretendía—. ¿Qué pasará cuando Thomas quede arruinado? Sabes que esto no se quedará ahí. Es un hombre poderoso. No solo va a aceptar su derrota y desaparecer. Sabes cómo es... vendrá por ti, vendrá por nosotros. Y ahora que estamos casados, no sé si estoy preparada para enfrentar lo que viene.

Nathan me miró, sus ojos llenos de una mezcla de determinación y algo más profundo, algo que rara vez dejaba salir a la superficie.

—Sé lo que está en juego, Olivia. No he llegado hasta aquí sin saber las consecuencias —respondió, su voz firme, pero había una nota de suavidad, una que me dejaba entrever que él también estaba luchando con sus propios miedos—. Pero esto no se trata solo de mí, ni de nosotros. Es algo que he llevado en el pecho durante años, desde que mi padre comenzó a moldear nuestras vidas a su antojo, sin pensar en lo que quería Blake, en lo que yo quería. No podemos seguir siendo sus peones.

Mis reservas se hicieron más fuertes, y sentí la necesidad de ser completamente honesta con él, incluso si significaba poner en riesgo la conexión que habíamos construido. Estaba preocupada, no solo por nosotros, sino también por lo que este plan podría desatar.

—Nathan, te amo —le dije, tomando sus manos entre las mías, intentando que entendiera la profundidad de lo que estaba sintiendo—. Te amo más de lo que creía posible, pero también estoy asustada. No por el plan en sí, sino por lo que puede hacernos. Hemos trabajado tanto para llegar aquí, para construir algo real, algo que nadie pueda destruir... pero ¿y si este plan lo destruye? ¿Y si, al arruinar a tu padre, terminamos arruinándonos nosotros también?

Él me miró con esos ojos que tantas veces me habían desarmado, pero esta vez había una sombra de duda en ellos, como si no estuviera seguro de cómo responder a mis palabras. Siempre había sido el hombre con un plan, con una estrategia para cada situación, pero ahora, sentía que estábamos en un terreno donde ni siquiera él podía prever todas las consecuencias.

—Olivia, esto no va a destruirnos —respondió finalmente, su tono más suave, casi como si me estuviera prometiendo algo—. Lo que hemos construido es más fuerte que cualquier venganza, más fuerte que el poder de mi padre. Lo que siento por ti no puede ser arruinado por esto, y te lo prometo, haré todo lo que esté en mi mano para que no nos afecte de la manera que temes.

Quise creerle, con todo mi ser, pero la incertidumbre seguía anidada en mi interior. Sabía que Thomas no se quedaría de brazos cruzados, y aunque confiaba en Nathan, también conocía el alcance del poder de su padre. Esto no sería una simple batalla de negocios, esto era una guerra que podría dejarnos cicatrices mucho más profundas de lo que imaginábamos.

—¿Y qué pasa si las cosas no salen como esperas? —pregunté, sin poder evitar que mi voz sonara un poco más baja, más vulnerable—. ¿Qué pasa si Thomas encuentra una manera de contraatacar? Nathan, tú sabes mejor que nadie lo astuto que es. No va a quedarse quieto mientras pierde todo.

Nathan suspiró, y pude ver el cansancio en su rostro, el peso de todo lo que estaba sobre sus hombros. Aun así, se inclinó hacia mí y me miró con una intensidad que hizo que mi corazón latiera más rápido.

—Si mi padre quiere contraatacar, que lo haga. Estoy listo para enfrentarlo. Y si las cosas se ponen difíciles, Olivia, te prometo que no te arrastraré conmigo al abismo. Te protegeré, como siempre lo he hecho.

Lo miré, sintiendo una mezcla de amor y temor. Amaba a este hombre con todo lo que era, pero no podía evitar sentir que estábamos al borde de algo peligroso, algo que podría rompernos si no teníamos cuidado. No quería perder lo que habíamos construido, y mucho menos quería perderlo a él.

—Solo quiero que pienses en lo que realmente significa esto para nosotros —le dije finalmente, con una voz más suave—. Estamos en esto juntos, y no quiero que nuestra vida, nuestra relación, se vea consumida por una venganza. No quiero que todo lo que hemos

logrado se derrumbe por el odio que le tienes a tu padre.

—No lo haré, no dejaré que nada destruya esto que estamos construyendo. Te lo juro, Liv, por mi alma. Pero, si queremos tener una vida tranquila y libre del acoso de mi padre, tiene que caer su imperio. —Lo miré, absorbiendo cada palabra y cada emoción transmitida. Creía en él, creía en nosotros.

Entrelacé mi mano con la suya y, cuando nuestros ojos conectaron, asentí. El plan estaba en marcha. Nuestra libertad estaba cada vez más cerca y supe, en ese mismo instante, que nuestro amor era la clave para que todo funcionase.

CAPÍTULO 33

Olivia

Estaba revisando algunos contratos en mi oficina, tratando de mantener la concentración, cuando Megan, mi secretaria, apareció en la puerta con una expresión grave que no lograba ocultar.

—Olivia, creo que necesitas ver esto —dijo, sosteniendo su tablet con firmeza.

Al ver su mirada de preocupación, dejé el bolígrafo a un lado y asentí. Megan me alcanzó la tablet, y la pantalla mostró de inmediato la página de un blog que no había visto antes. El título me golpeó como una bofetada:

"El legado Grant: Catherine Harrington habla sobre su relación con Nathan y el futuro de su compromiso".

Sentí un escalofrío en la nuca, pero comencé a leer de inmediato, cada palabra intensificando una mezcla de sorpresa e indignación. Catherine Harrington no había perdido el tiempo en aprovechar cada oportunidad para construir una narrativa a su favor, lanzando afirmaciones vagas y ambiguas sobre un supuesto "compromiso" entre ella y Nathan. La forma en que insinuaba que sus familias habían compartido "años de historia" y un "legado que debía protegerse" dejaba entrever que no estaba dispuesta a soltar a Nathan sin luchar.

Apenas había avanzado en el artículo cuando sentí la necesidad de saber más sobre esta periodista.

—¿De dónde sacó esto, Megan? ¿Cómo es posible que Catherine haya conseguido una entrevista de este tipo? —le pregunté, sin apartar la vista de la pantalla, incapaz de creer lo que leía.

—Es una reportera llamada Sarah Cooper —respondió Megan, su tono lleno de escepticismo—. Al parecer, es conocida por ser bastante persistente y sensacionalista. Hace unos días, escuché que había estado buscando información sobre la familia Grant y la situación con Thomas. Aparentemente, encontró en Catherine una aliada dispuesta a hablar.

Los dedos me temblaron al sostener la tablet. Sarah Cooper había encontrado a Catherine, y juntas estaban elaborando una historia, una ficción cuidadosamente diseñada para hacer que todo pareciera legítimo. Continué leyendo, sintiendo cómo cada palabra de Catherine calaba más hondo. Mencionaba su "historia con Nathan", en la que insinuaba un compromiso de toda la vida, una conexión que ni siquiera nuestras propias familias podían deshacer.

Y, como si todo esto no fuera suficiente, en el último párrafo, Catherine abordaba los rumores sobre mi relación con Nathan, aunque de una forma tan despectiva que era imposible ignorar el insulto.

—Además, sobre las especulaciones recientes... —leía en voz baja, con los ojos entrecerrados—, en ningún momento Nathan me ha hablado de nadie más. Estos rumores sobre una "relación actual" son absurdos, sin una base real. A diferencia de otras mujeres, yo siempre he tenido claro cuál es mi lugar en la vida de Nathan, un lugar construido a lo largo

de los años, enraizado en la historia y en el propósito de nuestras familias.

Me detuve y respiré hondo. Era un golpe bajo, lanzado con una precisión casi quirúrgica. Catherine estaba tomando los hilos de la narrativa y tejiéndolos a su conveniencia, dejando claro que yo no era más que un accesorio en la vida de Nathan, una distracción efímera comparada con la supuesta “seriedad” de su compromiso.

Megan, que había estado en silencio mientras yo absorbía cada palabra, carraspeó para romper la tensión.

—No tienes que preocuparte, Olivia —dijo, con voz firme—. Todos los que te conocemos sabemos lo que es real y lo que no. Catherine está claramente desesperada, y cualquiera que lea entre líneas notará que todo esto suena forzado.

Asentí, pero la frustración no desaparecía. Megan tenía razón, claro, pero la preocupación no se desvanecía tan fácilmente. Sarah Cooper había publicado esto en su blog, y Catherine, con su habilidad manipuladora, estaba logrando plantar la semilla de la duda. Los rumores podrían descontrolarse si esto llegaba a los círculos adecuados, y aunque tenía una confianza ciega en Nathan, sabía que la presión mediática y social podía ejercer una influencia poderosa.

Miré a Megan yforcé una sonrisa, tratando de tranquilizarla y a la vez de calmarme a mí misma.

—Gracias, Megan. Aprecio mucho que me mostraras esto antes de que llegara a otro lugar —le dije, con un tono de voz que intentaba parecer sereno.

Ella asintió y me observó con una mezcla de lealtad y preocupación.

—Si necesitas que haga algo, solo dímelo. No puedo soportar la idea de que esta mujer siga diciendo cosas que no son ciertas —dijo, apretando ligeramente los puños.

Sentí el impulso de sonreírle de verdad. La lealtad de Megan significaba mucho en un momento como este. Tener personas a mi alrededor que creían en lo que Nathan y yo teníamos hacía que el golpe fuera más llevadero. Aun así, el temor seguía ahí, latiendo con fuerza en mi pecho.

—Gracias, Megan —repetí, sin saber qué más decir en ese momento. Ella me dio un leve asentimiento y salió de la oficina, dejándome sola con la pantalla y mis pensamientos.

Observé la foto de Catherine al final del artículo. Su expresión era cínica, una sonrisa que me resultaba insostenible. Sabía perfectamente lo que estaba haciendo, y lo estaba disfrutando. Años de historia, un legado familiar... Catherine estaba usando todas las herramientas a su alcance para construir una imagen que intentara borrar mi existencia de la vida de Nathan, o al menos minimizarla. Me dolía, no podía negarlo. Este juego de apariencias, de manipulación social, era algo en lo que Catherine claramente se desenvolvía a la perfección.

Y entonces, comprendí algo con una claridad que me sorprendió: ella estaba intentando recuperar su poder a través de estas palabras, usando a la prensa para reclamar un lugar que nunca le perteneció. No se trataba de Nathan, de la historia entre ambos ni de ninguna “conexión familiar”. Era su propio miedo a quedar en el olvido, su pánico a que el poder que había tenido alguna vez desapareciera por completo.

Respiré hondo, dejando que esa certeza me diera la fuerza para enfrentar lo que viniera. Sabía que los rumores crecerían, que Sarah Cooper seguiría hurgando, pero también estaba segura de algo más: Nathan no iba a permitir que esto nos afectara. Él era mi ancla, mi certeza, y aunque Catherine intentara reescribir la historia, yo no iba a ceder a sus juegos.

El sonido vibrante de mi teléfono me sacó de mis pensamientos, rompiendo el silencio en la oficina. Lo miré en el escritorio, la pantalla iluminada con un número desconocido. Algo en mi interior se tensó al ver el número, una premonición de que la llamada estaba relacionada con lo que acababa de leer.

CAPÍTULO 34

Olivia

El teléfono seguía vibrando sobre el escritorio. Observé el número desconocido en la pantalla, sintiendo una mezcla de irritación y curiosidad. Finalmente, con un suspiro profundo, decidí aceptar la llamada. La voz que me recibió al otro lado de la línea era firme y directa, sin ningún rastro de cortesía.

—Olivia MacKenzie, imagino —dijo la voz de la mujer. Era la voz de alguien que estaba acostumbrada a obtener lo que quería sin pedirlo dos veces.

—Sí, soy yo. ¿Con quién hablo? —respondí, intentando sonar impasible a pesar del mal presentimiento que me invadía.

—Sarah Cooper, periodista de actualidad y sociedad. Seguramente has visto mi artículo reciente sobre la familia Grant, en el que incluyo una entrevista a Catherine Harrington. Quería hablar contigo para contrastar la información, por supuesto.

La reconocí de inmediato. La reportera que había lanzado toda aquella basura en su blog, dando voz a las manipulaciones de Catherine sin molestarse en verificar la información. Su tono despreocupado, como si estuviéramos hablando de un tema inofensivo, hizo que la ira comenzara a bullir en mi interior.

—¿Contrastarla? —repetí, intentando mantener la calma, aunque mi voz temblaba levemente de indignación—. ¿No era más prudente contrastar la información antes de publicar un artículo lleno de insinuaciones falsas y malintencionadas?

Sarah Cooper dejó escapar una leve risa, una risa fría y calculadora que solo sirvió para aumentar mi frustración.

—Olivia, comprendo tu postura, pero tengo que recordarte que en el periodismo de hoy, el tiempo es un lujo. Las noticias se mueven rápido, y no siempre hay tiempo para esos detalles. Catherine Harrington aceptó hablar conmigo, y lo que dijo fue lo suficientemente relevante como para publicarlo.

Su descaro me dejaba sin palabras. La forma en que minimizaba la verdad en nombre de “la rapidez” del periodismo me resultaba insoportable.

—Si tuvieras alguna ética, te habrías tomado ese “lujo” de verificar, Sarah. Las vidas de las personas no son simples temas de tus artículos; detrás de cada historia hay consecuencias reales. Lo que publicaste no solo afecta a Nathan, sino también a mí y a mi carrera.

Hubo un silencio breve, pero significativo, antes de que Sarah respondiera. Sentía su calculadora atención al otro lado de la línea, como si estuviera evaluando cada palabra, sopesando cómo manipular la conversación a su favor.

—¿Tu carrera? —dijo, fingiendo interés—. Olivia, el mundo ya sabe quién eres. Eres consultora de algunas de las mayores fortunas de Manhattan y la actual pareja de Nathan Grant, o al menos eso dicen los rumores. Así que, con todo respeto, creo que podrías aprovechar esta oportunidad para aclarar la situación. Nadie te está atacando. Te estoy ofreciendo la oportunidad de contar tu versión.

Sentí una oleada de furia recorrerme. La facilidad con la que trataba de presentarse como alguien imparcial, como si simplemente estuviera “ofreciendo una oportunidad”, era casi absurda. Sabía perfectamente que ella no tenía ningún interés en mi versión; todo esto no era más que una caza de titulares jugosos, y yo no iba a jugar su juego.

—¿Mi versión? —respondí, en un tono más sarcástico de lo que pretendía—. Sarah, tú y yo sabemos que esto no se trata de la verdad. Publicaste el artículo porque querías provocar una reacción, porque sabías que Catherine te daría una historia manipulada y sensacionalista. Y ahora me llamas, después de haber ensuciado mi nombre y mi relación, esperando que te dé más material para tus titulares.

—Olivia —respondió, esta vez su tono perdiendo la suavidad falsa y volviéndose más directo—, entiendo que te sientas atacada, pero si realmente no tienes nada que ocultar, ¿por qué negarte a hablar conmigo? Mira, la gente necesita saber la verdad. La historia está allá afuera, y es mucho mejor que tu voz esté en ella que que otros llenen los espacios vacíos por ti.

Su habilidad para retorcer la situación, para presentar su presión como una especie de favor, era asombrosa. Pero yo no iba a caer en su juego.

—La gente no necesita saber nada de mi vida privada —respondí, con una firmeza que esperaba no traicionar el temblor en mi voz—. Mi relación con Nathan no es un espectáculo para que tú lo manipules a tu conveniencia. Ya has hecho suficiente daño, y sinceramente, no tengo nada que decirte.

Hubo un silencio, un silencio que dejaba en claro que Sarah no estaba acostumbrada a que alguien rechazara su “oferta” de dar su versión de los hechos. Su tono, cuando finalmente respondió, era afilado y controlado, una muestra de su frustración.

—Olivia, voy a decirte esto por última vez. Puedo publicar un segundo artículo, con o sin tu colaboración. Pero te aseguro que las cosas se verán muy distintas dependiendo de si decides darme tu versión o si prefieres mantener este silencio. Mi trabajo es contar historias, y si tú no estás dispuesta a hablar, Catherine Harrington sí lo está, y créeme que tiene mucho más que decir.

Sentí la amenaza subyacente en sus palabras. La rabia mezclada con la impotencia era casi sofocante, pero no estaba dispuesta a ceder. No iba a darle a Catherine ni un centímetro más de espacio en mi vida.

—Entonces hazlo, Sarah —respondí, mi voz helada, aunque mi corazón latía con fuerza—. Publica lo que quieras, manipula la historia todo lo que necesites para satisfacer a Catherine. Pero que te quede claro algo: ni tú ni ella tienen el poder de cambiar lo que es real. Y la próxima vez que decidas ensuciar el nombre de alguien, recuerda que la verdad siempre sale a la luz, aunque intentes ocultarla bajo tus titulares sensacionalistas.

La línea se quedó en silencio por unos segundos, antes de que Sarah soltara una breve risa, casi como si quisiera hacerme sentir que ella había ganado de alguna forma.

—Lo que tú digas, Olivia. Te aseguro que esta historia no ha terminado. Nos veremos en las páginas de mi blog.

Y con eso, colgó, dejándome con la pantalla iluminada y el eco de su amenaza en mi mente. Durante unos segundos, me quedé ahí, intentando procesar la conversación, la frialdad de sus palabras y el peso de la situación que Catherine había desatado.

El teléfono permaneció en mi mano, pero la incertidumbre ya se había instalado en mi corazón. Me había enfrentado a Catherine, había defendido mi relación y mi vida con Nathan,

pero la pregunta seguía ahí, resonando con una claridad dolorosa.

¿Había hecho bien al involucrarme en esta guerra familiar? Mi relación con Nathan, aunque llena de amor, había sido un desafío constante. Cada paso que habíamos dado había traído nuevas complicaciones, nuevas amenazas. Ahora que estábamos casados, que habíamos entrelazado nuestras vidas, me preguntaba si realmente valía la pena enfrentar esta tormenta por alguien cuyo pasado parecía atraer el conflicto en cada esquina.

Me hundi en el sillón, la presión en mi pecho aumentando. ¿Qué significaba realmente esta relación para mi futuro? ¿Estaba dispuesta a arriesgar mi carrera, mi estabilidad, incluso mi propia identidad, por alguien cuya vida parecía estar en constante conflicto? No podía evitar preguntarme si el amor que compartíamos, tan poderoso como era, sería suficiente para soportar el peso de la venganza y la presión familiar de los Grant.

Me quedé allí, en silencio, con la pregunta latiendo en mi interior.

CAPÍTULO 35

Nathan

Me dirigí al despacho de Olivia a toda velocidad, mis pasos resonando en el mármol del pasillo. Había recibido la noticia de la entrevista de Catherine mientras estaba en una reunión, y apenas pude disimular mi reacción. La cólera y la preocupación se entrelazaban, formando un nudo en mi estómago que solo se intensificaba con cada paso que daba hacia su oficina. No podía imaginar lo que debía estar sintiendo al leer esas mentiras, esas insinuaciones que Catherine había soltado para dañar y manipular.

Cuando entré en su despacho, la encontré allí, sentada en el pequeño sofá blanco junto a la ventana. Tenía una taza de té humeante entre las manos, pero su mirada estaba perdida, como si la calidez de la bebida fuera el único ancla que la mantenía en equilibrio. El rostro de Olivia estaba descompuesto, una vulnerabilidad que rara vez dejaba entrever y que ahora rompía mi corazón. Nunca había querido que nada de esto la alcanzara.

Sin decir nada, me acerqué y me senté junto a ella, apoyando mi mano suavemente sobre su brazo. Ella alzó la vista hacia mí, y sus ojos, normalmente llenos de determinación, ahora mostraban una mezcla de tristeza y duda.

—Olivia... lo siento. —Las palabras se sintieron insuficientes, casi absurdas, pero no sabía por dónde empezar.

Ella suspiró y dejó la taza sobre la mesa baja frente a nosotros. El silencio entre nosotros era pesado, casi tangible, y sentí cómo el peso de todo lo que estaba pasando la hundía cada vez más.

—No sé si podré soportarlo, Nathan. No es solo Catherine o lo que ha dicho; es... es todo. La presión, la exposición, los rumores... toda esta locura —dijo, su voz temblando ligeramente mientras se inclinaba hacia adelante, apoyando los codos en las rodillas, como si el peso de sus pensamientos fuera demasiado para soportarlo en su postura habitual.

Mi corazón se encogió al ver la desolación en su rostro. Había conocido a Olivia como una mujer fuerte, brillante y segura de sí misma. Verla tan afectada, tan vulnerable, era un recordatorio cruel de lo que esta guerra con mi padre y los que me rodeaban estaba haciendo con la mujer que amaba.

—Olivia, te juro que no permitiré que esto siga así. —Mi voz sonó más baja de lo que esperaba, pero la determinación en mis palabras era firme—. No voy a dejar que Catherine, ni mi padre, ni nadie nos quite lo que hemos construido. Eres lo más importante en mi vida, y si hace falta... —tomé aire, luchando por controlar el torbellino de emociones que me embargaba—, si hace falta, dejaré todo esto. Nos iremos lejos, Olivia. Olvidaremos esta locura de venganza. Sólo dime que estás dispuesta a dejarlo todo conmigo, y lo haré sin dudar.

Ella me miró con incredulidad, como si mis palabras hubieran llegado a lo más profundo de su ser, pero a la vez, como si temiera confiar demasiado en ellas. Su mano buscó la mía, entrelazando sus dedos con los míos, y aunque no decía nada, el simple contacto transmitía lo que estaba sintiendo.

—Nathan... —murmuró, su voz apenas un susurro—, no quiero que me sueltes. No quiero que me dejes sola en todo esto. Me asusta, y no sé hasta dónde puedo soportarlo... pero no quiero perderte. No quiero que esta locura nos destruya.

Sus palabras eran un eco de mis propios miedos, y sin pensarlo, la tomé en mis brazos, sosteniéndola con fuerza, como si pudiera protegerla de cada una de las palabras venenosas de Catherine, de cada golpe que intentarían asestarle. Olivia apoyó la cabeza en mi hombro, y sentí cómo un leve temblor recorría su cuerpo, la tensión acumulada buscando una salida.

—No estás sola, Olivia, y nunca lo estarás. Te lo prometo. Estaré contigo, te protegeré de todo esto, y si en algún momento decides que esta vida no es lo que quieres, me lo dices y nos iremos. Lejos. No me importa a dónde.

Ella se apartó un poco, solo lo suficiente para mirarme a los ojos. Vi el destello de esperanza en su mirada, mezclado con algo más profundo, algo que sólo entendíamos nosotros.

—¿De verdad harías eso por mí? ¿Renunciarías a la venganza, a todo, solo por escapar de esto? —preguntó, como si necesitara escucharlo una vez más para convencerse de que era real.

La miré, tomando sus manos con firmeza.

—Olivia, renunciaría a todo sin pensarlo si eso significa tenerte a mi lado. La venganza contra mi padre... parecía algo crucial para mí, algo que pensaba que necesitaba para sentirme libre, para deshacerme de su sombra. Pero nada, ni siquiera eso, vale más que estar contigo, que vernos construir una vida lejos de toda esta oscuridad. Quiero que lo sepas: te amo, y no voy a perderte por una guerra que ya no significa tanto como lo que tenemos.

Ella asintió lentamente, y vi cómo su expresión cambiaba, cómo poco a poco iba recobrando algo de la calma que tanto necesitaba. En su mirada, encontré una mezcla de gratitud y fuerza, como si mis palabras le hubieran devuelto un pedazo de su seguridad.

—Nathan... —dijo suavemente, acercándose un poco más a mí—, gracias. No sabes cuánto significa para mí oír eso. Esta presión, la manera en que tratan de hacerme dudar de lo que tenemos... es como si intentarían desgastarme hasta el punto de romperme. Y no voy a mentir, he tenido miedo de que este mundo termine separándonos.

Le acaricié el rostro, dejando que mi pulgar trazara una línea suave sobre su mejilla, sintiendo la calidez de su piel bajo mis dedos.

—Nada ni nadie podrá separarnos, Olivia. Esto, lo que compartimos, es más fuerte que cualquier amenaza, más fuerte que las mentiras de Catherine o el control de mi padre. No tienes que temer. Te juro que estaré contigo, en cada paso, y que nada de esto va a destruirnos.

Vi cómo sus ojos brillaban con una intensidad renovada, como si finalmente estuviera creyendo en esa promesa, como si mis palabras hubieran encendido algo en su interior. Se inclinó hacia mí, y nuestros labios se encontraron en un beso profundo y lleno de significado. En ese momento, no importaba el ruido externo, ni las amenazas. Éramos solo nosotros, aferrados a lo que habíamos construido, dispuestos a defenderlo con cada fibra de nuestro ser.

Cuando el beso terminó, Olivia apoyó su frente contra la mía y susurró, en un tono casi inaudible:

—No me sueltes, Nathan. Pase lo que pase, no me dejes sola en esta locura.

Le devolví la mirada, dejando que el peso de esa promesa llenara cada rincón de mi ser.

—Nunca te dejaré sola, Olivia. Ni ahora, ni nunca.

CAPÍTULO 36

Nathan

El anuncio llegó a primera hora de la mañana: Thomas Grant acababa de perderlo todo. Las acciones de sus empresas cayeron como fichas de dominó en el mercado, dejando un vacío en Wall Street que nadie había previsto. La noticia recorrió el mundo financiero como pólvora, y en cuestión de horas, la prensa internacional ya hablaba del escándalo, del colapso de un imperio que había parecido intocable hasta ese día.

Me encontraba en mi despacho, contemplando la pantalla con la noticia, con una sensación de satisfacción contenida. Todo el trabajo que habíamos invertido en este plan, cada paso cuidadoso y cada movimiento en las sombras, habían culminado en esto. Thomas había intentado por todos los medios detener la caída, intentó maniobrar para recuperar el control, pero había sido en vano. La caída estaba escrita desde el momento en que decidió ignorar todo consejo que no proviniera de su ego.

Observé cómo la prensa desgranaba su fracaso, cómo analizaban cada una de sus decisiones y los errores que había cometido en su afán por mantener el control absoluto. Cada palabra, cada análisis, reforzaban la realidad que tanto él como el mundo tendrían que aceptar: el poder de Thomas Grant había llegado a su fin.

A pesar de la seriedad de la situación, no podía evitar una sensación de orgullo por el trabajo bien hecho. Blake y yo habíamos protegido nuestras acciones de manera cuidadosa, esquivando la tormenta con precisión. Habíamos logrado lo que muchos creían imposible, y ahora, mientras el mundo observaba cómo caía el imperio de nuestro padre, nosotros permanecíamos de pie, firmes y listos para seguir adelante.

Esa noche, organizamos una pequeña cena en nuestro restaurante favorito, un lugar discreto donde podríamos celebrar lejos de las miradas indiscretas. Olivia y Blake llegaron puntuales, y al verlos, una calidez me recorrió por dentro. En medio de toda esta locura, ellos habían sido mi ancla, mis aliados.

Nos sentamos y levanté la copa, sintiendo el peso de los logros y de los sacrificios.

—Por nosotros —dije, mirando a ambos—. Por todo lo que hemos hecho y por todo lo que hemos superado para llegar aquí.

Olivia sonrió, y Blake asintió, alzando su copa con una satisfacción tranquila. Nos miramos en silencio, compartiendo un momento en el que las palabras parecían innecesarias. Sabíamos lo que habíamos enfrentado, lo que habíamos arriesgado. Este triunfo era nuestro, y nadie podría arrebatárnoslo.

—Lo logramos —dijo Blake finalmente, con una sonrisa que pocas veces veía en su rostro—. De verdad, lo hicimos. Hay algo poético en ver caer a un hombre que creía que era invencible.

Le devolví la sonrisa, sabiendo que él sentía el mismo alivio. Habíamos compartido el peso de esta lucha durante años, y ahora, por primera vez, nos sentíamos realmente libres.

Giré hacia Olivia, quien observaba en silencio, con una mezcla de orgullo y alivio en su

expresión. Sabía cuánto había arriesgado ella al estar a mi lado, y en ese momento, sentí la necesidad de expresar lo que realmente significaba para mí.

—Olivia —dije, mirándola a los ojos—, esto no habría sido posible sin ti. Lo sabes, ¿verdad?

Ella me miró, y por un instante, vi el brillo de una emoción que hacía que cada uno de mis sacrificios valiera la pena.

—Nathan, yo... —comenzó a decir, pero la interrumpí, queriendo decir lo que había estado sintiendo desde hacía mucho tiempo.

—Déjame decirlo, porque es importante que lo escuches. —Tomé su mano, consciente de la calidez de su piel, de la sensación de paz que me transmitía incluso en este momento de victoria—. No solo has sido mi apoyo, Olivia, sino que también me has dado algo que nunca pensé que podría encontrar: la certeza de que no estoy solo en esta vida. No podría haber hecho esto sin ti. Estás conmigo en cada parte de este triunfo.

Vi cómo sus ojos se llenaban de emoción, y en ese momento supe que estaba listo para decir lo que había guardado en mi corazón durante todo este tiempo.

—Estoy perdidamente enamorado de ti, Olivia. Más de lo que alguna vez pensé que podría estarlo de alguien. —Sentí cómo las palabras fluían, sinceras y cargadas de la intensidad que había estado creciendo en mí durante meses—. Has cambiado mi vida de una manera que no puedo describir con palabras. Y si he llegado hasta aquí, es porque tú me diste la fuerza para hacerlo.

Olivia sonrió, una sonrisa que desbordaba felicidad y alivio, y, por un momento, el mundo pareció reducirse a nosotros dos. Sentí cómo una paz profunda me envolvía, como si en medio de todo el caos, ella fuera mi único refugio.

Blake, que había estado observando en silencio, sonrió y levantó su copa, rompiendo el momento con una calidez genuina.

—Bien dicho, hermano. Creo que todos sabíamos que este era el final perfecto para esta historia. Por ustedes dos, y por la libertad que tanto nos costó ganar.

Todos brindamos y bebimos en silencio, permitiéndonos disfrutar del sabor de la victoria. Sentía que, en este momento, no importaba lo que el futuro nos deparara; estábamos preparados para enfrentarlo juntos, sin importar los obstáculos que pudieran surgir.

La cena continuó, llena de conversaciones ligeras, risas compartidas y anécdotas que, por una vez, no giraban en torno al conflicto con Thomas. Por primera vez en mucho tiempo, me sentía libre de su sombra, libre para construir una vida que realmente significara algo.

Cuando finalmente salimos del restaurante, Olivia y yo caminamos un poco por la calle desierta, disfrutando del silencio de la noche. La tomé de la mano, sintiendo una tranquilidad que hacía años no experimentaba. Su presencia, su apoyo, eran la constante que había necesitado en mi vida.

—Nathan —dijo ella en voz baja, rompiendo el silencio—, ¿crees que esto realmente ha terminado?

Me detuve, girándome hacia ella, y la miré a los ojos, dejando que la sinceridad se reflejara en mi respuesta.

—No lo sé, Olivia. No puedo prometer que todo será fácil a partir de ahora, pero lo que sí sé es que no importa lo que pase, siempre estaré contigo. He aprendido que contigo a mi lado, puedo enfrentar lo que sea. Tú eres mi fuerza, y no pienso renunciar a ti por nada.

Ella me sonrió, una sonrisa que reflejaba el mismo compromiso y la misma

determinación que yo sentía en mi corazón. En ese momento, supe que lo habíamos logrado; no solo la caída de Thomas, sino también algo mucho más valioso: una vida juntos, construida a pesar de los obstáculos y el dolor.

Nos abrazamos en la quietud de la noche, dejando que el momento hablara por sí mismo, permitiéndonos sentir el triunfo y el amor que habíamos encontrado en medio de la tormenta.

CAPÍTULO 37

Olivia

La sala de entrevistas estaba iluminada con una luz intensa que lo capturaba todo, desde el brillo en los ojos de Nathan hasta el más mínimo gesto en mi rostro. Las cámaras, los micrófonos y el equipo técnico alrededor añadían una intensidad que apenas podía soportar, pero estar al lado de Nathan hacía que todo aquello fuera más fácil de sobrellevar. Habíamos decidido enfrentar la tormenta mediática juntos y acabar con las especulaciones de una vez por todas.

Frente a nosotros, la reportera, Meredith Lane, conocida por su empatía y su habilidad para llegar a la verdad en cada entrevista, se preparaba para dar la señal. Yo intentaba calmar el latido incesante de mi corazón, sabiendo que lo que estábamos a punto de hacer pondría fin a las mentiras y rumores que Sarah Cooper y Catherine Harrington habían lanzado contra nosotros. Pero, más allá de la verdad, estaba la importancia de mostrarle al mundo, y a nosotros mismos, que éramos fuertes juntos.

Meredith sonrió y miró a la cámara. Al cabo de unos segundos, con una seña, nos indicó que empezábamos.

—Nathan, Olivia, primero que todo, quiero agradecerles que hayan aceptado dar esta entrevista en un momento en el que su vida privada ha sido objeto de tanta especulación y controversia —comenzó, con ese tono profesional que parecía a la vez cálido y seguro—. Entiendo que, ante tanto interés de la prensa, han decidido aclarar de una vez los rumores.

Nathan asintió, y pude sentir cómo mi mano, entrelazada con la suya, se volvía el refugio de ambos. Miró a la cámara y luego a Meredith, y cuando comenzó a hablar, lo hizo con una seguridad y un amor que jamás había escuchado en su voz.

—Así es, Meredith. —Su voz era firme y clara, llena de esa convicción que siempre me había cautivado—. Olivia y yo hemos decidido enfrentar esta situación de manera transparente. No solo porque queremos poner fin a los rumores, sino porque el amor que compartimos merece ser reconocido por lo que es. Somos marido y mujer, y lo hemos sido en secreto desde hace algún tiempo. Nos casamos lejos de las cámaras y de los reflectores porque queríamos que fuera un momento solo para nosotros.

Mis ojos se llenaron de emoción al escucharlo. Verlo hablar con esa sinceridad, sin titubear ante las cámaras, era algo poderoso. Estábamos ahí, ante el mundo, proclamando nuestro amor y nuestra unión, y era como si cada palabra que él decía reforzara los lazos que habíamos construido con tanto esfuerzo.

—Nathan, ¿qué fue lo que les llevó a tomar la decisión de casarse en secreto? —preguntó Meredith, inclinándose hacia nosotros, claramente intrigada por la historia detrás de nuestra relación.

Nathan soltó una leve sonrisa, una que yo conocía bien, y sentí cómo su mano apretaba suavemente la mía.

—Olivia y yo venimos de mundos que, de una forma u otra, siempre han estado bajo el

escrutinio de los demás. Al casarnos en privado, encontramos la libertad de vivir nuestro amor sin la presión de las expectativas ajenas. No queríamos que nadie, ni siquiera nuestra propia familia, condicionara el compromiso que tomábamos el uno con el otro. Para nosotros, ese momento fue sagrado, y así lo mantuvimos hasta hoy.

Su declaración resonó profundamente en mí. Ese amor sin condicionantes, libre y real, era lo que siempre había buscado. Escucharlo decirlo con tanto orgullo y seguridad hizo que, por un momento, olvidara el caos que nos había rodeado. Ante el mundo, él estaba afirmando que nuestra relación era sólida, que lo que compartíamos era inquebrantable.

—Eso es... realmente hermoso —dijo Meredith, dejando ver una sonrisa genuina antes de continuar—. Pero entonces, Nathan, ¿qué tienen que decir sobre las recientes declaraciones de Catherine Harrington, quien afirma que existe un compromiso formal entre ustedes, una historia de años que los une?

Miré a Nathan, sabiendo que era una pregunta delicada, pero confiada en que él respondería con la misma seguridad que había mostrado hasta entonces.

Nathan suspiró, y pude ver la determinación en su mirada.

—Catherine y yo fuimos amigos en el pasado. Sin embargo, nunca ha existido ningún compromiso formal entre nosotros, ni mucho menos una “historia de años” que nos una de la forma en que ella lo sugiere. —Su voz se endureció ligeramente al mencionar a Catherine, y pude sentir su frustración contenida—. Entiendo que los rumores pueden ser tentadores para algunos, pero quiero dejar algo muy claro: Olivia es la única mujer con la que he compartido un compromiso verdadero, con la que he construido un hogar y una vida.

Esas palabras hicieron que mi corazón se acelerara, y tuve que reprimir las ganas de sonreír, consciente de que las cámaras captaban cada reacción. Pero escuchar a Nathan expresar con tanta convicción el lugar que ocupaba en su vida, especialmente ante el mundo, me hacía sentir más fuerte y más segura de lo que jamás había estado.

Meredith asintió, como si también pudiera sentir la autenticidad en sus palabras.

—Olivia, ¿qué significa para ti que Nathan hable de su amor y compromiso de esta manera, especialmente ahora que han decidido hacerlo público?

Tragué saliva, sabiendo que todas las miradas estaban puestas en mí, pero sin apartar la vista de Nathan. En ese instante, no había miedo, ni duda; solo había el deseo de que todos supieran lo que significaba para mí estar a su lado.

—Para mí, esto significa todo, Meredith. —Mi voz sonaba tranquila, pero cargada de la emoción que llevaba dentro—. Nathan y yo hemos atravesado muchas cosas juntos, y a pesar de los obstáculos, hemos elegido siempre proteger nuestro amor, cuidar lo que hemos construido. Que él esté aquí, hablando con tanta franqueza sobre lo que compartimos, me reafirma que tomamos la decisión correcta al estar juntos. Este amor es lo que siempre he querido, y no voy a permitir que nadie lo cuestione o lo ensucie.

Nathan apretó mi mano, y sentí el calor de su apoyo, esa fuerza inquebrantable que compartíamos. Las cámaras podían captarlo todo, podían captar la sinceridad en sus ojos, en la intensidad de nuestras miradas. Estábamos juntos, listos para enfrentarlo todo, y eso me daba una seguridad que no había sentido antes.

Meredith parecía satisfecha, pero había algo más en su expresión, algo que la impulsó a hacer una última pregunta.

—Entonces, ¿qué dirían a quienes han dudado de su relación, quienes han creído en los rumores de personas como Catherine o Sarah Cooper?

Nathan fue quien respondió, sin titubear.

—Que este amor es real, Meredith. Más allá de los rumores, más allá de las mentiras y manipulaciones, lo que compartimos es auténtico. Olivia y yo no estamos aquí para complacer a nadie ni para ajustar nuestra vida a las expectativas de otros. Si algo hemos aprendido, es que lo que realmente importa es lo que sentimos el uno por el otro, y no dejaremos que nadie nos arrebate eso.

Las cámaras seguían grabando, pero en ese momento, solo existíamos nosotros dos. Las palabras de Nathan resonaron en mi mente, y me permití sonreírle, reconociendo en él al hombre que había elegido, el hombre que estaba dispuesto a enfrentar cualquier cosa por proteger nuestro amor.

Meredith dio por terminada la entrevista, y cuando las cámaras finalmente se apagaron, Nathan me atrajo hacia él en un abrazo que era tan cálido y sincero como sus palabras. Nos quedamos así unos segundos, ignorando las miradas del equipo, solo nosotros en un mundo donde nada más importaba.

—Gracias por esto —le susurré al oído, mi voz apenas un murmullo—. Gracias por hacerme sentir segura, incluso en medio de esta locura.

Nathan me besó suavemente en la frente y susurró:

—Siempre te protegeré, Olivia. Siempre.

En ese momento, supe que, pase lo que pase, estábamos listos para enfrentarlo juntos.

CAPÍTULO 38

Nathan

La última vez que me encontré con mi padre en su despacho, pensé que el caos había alcanzado su punto más alto. Pero esta vez, cuando Thomas Grant se presentó en mi oficina sin previo aviso, sentí que algo distinto estaba a punto de suceder. Su rostro, tenso y marcado por las últimas semanas de fracaso, reflejaba una mezcla de ira y humillación que había intentado ocultar a toda costa. Era evidente que no aceptaría su derrota sin hacer un último intento por mantener el control.

Cerré la puerta detrás de él, eligiendo un silencio que, sabía, le incomodaba. Durante años, ese silencio había sido mi refugio, mi forma de protegerme de sus manipulaciones y de sus constantes exigencias. Pero hoy, ese silencio sería mi escudo.

—Nathan, parece que no has aprendido nada después de todos estos años —dijo con voz firme, sus ojos fijos en mí, como si estuviera evaluando cada movimiento, cada gesto.

Respiré hondo y mantuve la mirada. Por primera vez en mi vida, me sentía verdaderamente libre frente a él, libre de sus expectativas y de esa autoridad que siempre había intentado imponerme.

—Lo único que he aprendido, padre, es que tu concepto de éxito y poder es una jaula, una prisión de la que he salido. —Mi voz sonaba calma, pero sabía que cada palabra lo golpeaba en su orgullo.

Sus ojos se entrecerraron, la tensión visible en cada línea de su rostro.

—¿Una jaula? —repitió, su tono sarcástico, como si intentara convencerme de que yo era el ingenuo aquí—. Esa “jaula”, como la llamas, te dio absolutamente todo lo que tienes, Nathan. Sin mí, sin mi influencia y mis contactos, jamás habrías llegado a donde estás.

Sentí una oleada de frustración, pero la contuve, dejando que cada palabra resonara con calma.

—Esa jaula, como tú dices, casi me costó todo lo que realmente importa en mi vida. —Mi voz se mantuvo firme—. Me impidió ver que hay algo más allá de tu mundo de poder y manipulación. Tú puedes llamarlo “influencia”; yo lo llamo control. Y he terminado con eso.

La expresión de mi padre cambió, su ira pasando a una fría evaluación.

—¿De verdad crees que puedes salir ileso de esto? —dijo, su voz suave, pero llena de amenaza—. Puedo hacer que todo lo que has construido, todo, se desmorone en un abrir y cerrar de ojos. Esa... esa mujer con la que estás, Olivia, no tiene ni idea del infierno en el que se ha metido. ¿Crees que ella se quedará contigo una vez que vea lo que eres en realidad?

Sentí cómo la rabia me consumía al escuchar sus palabras, la forma despectiva en que se refería a Olivia, como si ella fuera solo una herramienta para golpearme.

—Tienes razón en algo, Thomas —respondí, usando su nombre en lugar de “padre” por primera vez—. Ella no sabe el infierno en el que se ha metido, pero no por mí, sino por el hombre que siempre quiso controlarlo todo, incluso a sus propios hijos. —Mis palabras eran duras, pero en ese momento, no sentí la necesidad de contenerlas—. Y lo más importante, ella

está conmigo porque me ama, porque hemos construido algo real, algo que tú nunca podrás entender.

Vi cómo sus labios se torcían en una sonrisa despectiva.

—Amor... —soltó una carcajada fría—. Nathan, creía que eras más inteligente. El amor no tiene cabida en este mundo, no para alguien como tú. ¿De verdad piensas que esa mujer no se apartará en cuanto la realidad le golpee?

Me acerqué a él, mirándolo con la misma frialdad que él siempre había mostrado hacia nosotros.

—No hables de lo que no sabes, Thomas. El amor no es una debilidad. Lo que he construido con Olivia es la fuerza que me ha liberado de ti y de tus manipulaciones. —Mis palabras cayeron con la misma frialdad que las suyas, pero cada una llevaba la seguridad que había ganado al lado de Olivia.

Por primera vez, vi una sombra de duda en sus ojos, como si finalmente estuviera comenzando a darse cuenta de que su poder sobre mí se había desvanecido.

—Escúchame bien, Nathan. —Su tono se volvió gélido, como si estuviera aferrándose a la última hebra de control que le quedaba—. Si das un paso más en este juego, no solo tú sufrirás las consecuencias. Todos a tu alrededor lo harán. Y Olivia... será la primera en pagar el precio de tu rebelión.

Sus palabras eran calculadas para infundir miedo, pero algo en mí se mantuvo firme, inquebrantable. Años de manipulación y amenazas no iban a hacerme retroceder ahora. Tomé aire y me acerqué un paso más, desafiándolo con la misma intensidad con la que él había intentado intimidarme.

—He terminado dejándome manipular por tus amenazas, Thomas. —Le sostuve la mirada, mi voz cargada de una determinación que supe lo descolocaba—. No tienes poder sobre mi vida ni sobre las personas que amo. Ya no más.

El silencio entre nosotros se volvió palpable, cargado de una tensión que parecía congelar el aire. Su expresión se tornó pétrea, sus manos apretadas a los costados.

—Te arrepentirás de esto, Nathan. No sabes lo que estás rechazando.

Le sostuve la mirada, dejando que el peso de mis palabras llegara hasta él.

—Lo que estoy rechazando es la vida que tú intentaste imponerme. Y estoy en paz con eso.

Thomas retrocedió, sin dejar de observarme, pero sabía que algo había cambiado. Había perdido el control, y aunque no lo admitiera, la derrota era evidente en cada línea de su rostro. Finalmente, giró sobre sus talones y salió de mi oficina sin una palabra más, dejando tras de sí un silencio que, lejos de inquietarme, me trajo una inesperada sensación de paz.

Me quedé de pie unos minutos, procesando lo que acababa de suceder. Después de tantos años de enfrentamientos y resentimientos, finalmente había conseguido liberarme. Había hablado desde un lugar que ni siquiera sabía que tenía, uno lleno de fuerza y convicción, lejos del control de Thomas.

La puerta se cerró tras él, y el aire en la oficina se volvió más ligero, más claro. Por primera vez en mi vida, no me sentía bajo su sombra, ni obligado a vivir a su manera. Había elegido mi propio camino, con Olivia a mi lado, y estaba preparado para enfrentar lo que viniera.

Me acerqué a la ventana, dejando que el peso de la libertad se asentara en mí. Recordé la cara de Olivia, su sonrisa, la seguridad que me transmitía, y supe que había tomado la

decisión correcta. Estaba listo para construir algo nuevo, para vivir una vida en la que el control y la manipulación no tuvieran cabida.

Sentí mi teléfono vibrar en el bolsillo. Lo saqué y sonreí al ver el nombre de Olivia en la pantalla. Al contestar, su voz, cálida y llena de amor, me recordó que había ganado algo mucho más valioso que cualquier imperio financiero.

—Nathan, solo quería decirte que estoy aquí, para lo que necesites.

Sonreí, dejándome llevar por la calidez de sus palabras.

—Lo sé, Olivia. Y eso es lo único que necesito.

CAPÍTULO 39

Nathan

Cuando terminé de firmar el último documento, sentí una liberación que iba más allá de lo físico. No solo estaba poniendo un punto final a los negocios de mi familia, sino también a un capítulo que había sido una carga desde siempre. Había tomado la decisión de dejar atrás las luchas de poder y las sombras que habían dominado mi vida hasta ahora, y, al hacerlo, me estaba comprometiendo por completo a una nueva etapa, una vida en la que solo existíamos Olivia y yo, sin ataduras, sin herencias ni obligaciones que arrastraran mi apellido.

Al dejar la pluma, una paz inesperada me invadió. Era como si me hubiera quitado un peso que ni siquiera sabía que llevaba. Estaba oficialmente fuera del legado de Thomas Grant, y todo lo que me quedaba por delante era un futuro limpio, una historia que comenzaría a escribir a mi manera.

Al llegar a casa, encontré a Olivia en el estudio, revisando algunos contratos. Su concentración y su dedicación a su trabajo siempre me habían impresionado, pero hoy había algo más. Saber que su carrera, su éxito, y cada logro serían suyos sin la sombra de mi padre, sin la presión de un apellido que controlara sus movimientos, me llenaba de orgullo. La observé durante unos segundos antes de hacerme notar, disfrutando del hecho de que, a partir de ahora, todo giraría en torno a nuestras decisiones, no a las expectativas de nadie más.

—Olivia —dije suavemente, haciéndola alzar la vista.

Ella sonrió al verme, dejando los papeles a un lado y caminando hacia mí. Me acerqué y le tomé las manos, sintiendo cómo se relajaban en las mías.

—Ya está hecho. Me he retirado oficialmente de todos los negocios familiares. —La serenidad en mis palabras reflejaba lo que sentía por dentro, una paz que sabía que ella comprendería.

Su expresión pasó de la sorpresa a la comprensión y, finalmente, al alivio.

—¿Estás seguro? —preguntó, aunque en su mirada se veía que comprendía la decisión, que sabía lo que significaba para mí.

Asentí, sin soltar sus manos.

—Más que seguro. Quiero construir un futuro diferente, Olivia. Uno en el que no esté encadenado al legado de mi padre, y quiero que tú seas parte de él. —La miré con intensidad, esperando que entendiera cada palabra, cada emoción que quería transmitirle—. Quiero ofrecerte algo, y espero que lo aceptes.

Ella me observó, un poco intrigada, y continué.

—Quiero ser tu socio, pero desde las sombras. Dejaré el escenario financiero, las entrevistas y las reuniones, y te apoyaré en todo para que seas tú quien brille. Esta vez, no habrá sombras de la familia Grant en tu carrera. Quiero que triunfes y que te sientas libre, que cada logro sea tuyo y solo tuyo. —Le acaricié el rostro, notando cómo sus ojos se llenaban de emoción—. No puedo imaginar un futuro en el que no esté a tu lado, y quiero que construyamos ese futuro juntos.

Olivia me miró intensamente, con una mezcla de sorpresa y gratitud que me hizo sentir que estaba tomando la decisión correcta. Pero, mientras las lágrimas de emoción brillaban en sus ojos, me di cuenta de que había algo más, algo que parecía estar conteniendo.

—Nathan... —comenzó, y luego dudó, como si buscara las palabras adecuadas—. Hay algo que necesito decirte, algo que cambia un poco nuestros planes.

Su tono era tan serio que sentí un leve nerviosismo, pero asentí, dándole espacio para que continuara.

—Voy a necesitar que estés más cerca de lo que imaginabas —dijo, y su mirada se suavizó, su mano apretando la mía con fuerza—, porque... voy a necesitar tu apoyo en algo más grande que cualquier proyecto.

No podía leer completamente sus palabras, pero la intensidad en su mirada me preparó para lo que iba a decir.

—Estoy... embarazada, Nathan. Vamos a ser padres.

Sentí un latido intenso en el pecho, una mezcla de sorpresa, incredulidad y, sobre todo, una inmensa felicidad. Seríamos padres. Olivia y yo, empezando no solo un futuro, sino una familia.

Las palabras apenas salían, la emoción era tan profunda que me costaba articular una respuesta.

—¿Un bebé...? —susurré, más para mí que para ella, mientras procesaba cada matiz de esa frase.

Ella asintió, y sus ojos, llenos de ternura, reflejaban la misma mezcla de emociones que yo sentía.

—Sí, un bebé. —Su sonrisa fue suficiente para que todo el mundo se redujera a este instante, a nosotros dos y al futuro que estábamos a punto de crear.

Sin pensarlo, la rodeé con mis brazos y la estreché contra mí. La emoción era tan abrumadora que sentí cómo se me humedecían los ojos, algo que no recordaba haber sentido en mucho tiempo. Este era un amor y una felicidad que iba más allá de cualquier ambición, de cualquier éxito. Nos miramos, y vi en su sonrisa la misma felicidad que me embargaba.

—Olivia... esto es... —las palabras se me quedaban cortas, y terminé riendo suavemente, dejándome llevar por la emoción—. Esto es lo mejor que me ha pasado en la vida. Tú y ahora... nuestro hijo. No podría pedir más.

Nos miramos en silencio, ambos compartiendo la misma felicidad, ambos conscientes de la magnitud de este momento.

—Prometo que estaré aquí para ti y para nuestro hijo, para todo lo que venga. No importa cuántos sacrificios necesite hacer, estoy contigo en cada paso —le dije, mi voz cargada de la promesa que sabía cumpliría con toda mi alma.

Ella asintió, y vi en sus ojos la confianza que siempre me había dado fuerza. En ese momento, supe que todos los sacrificios, todas las batallas que habíamos librado habían valido la pena, porque nos habían llevado hasta aquí.

—Entonces, ¿estás listo para esta nueva etapa? —preguntó, sus palabras cargadas de una dulzura que solo ella podía expresar.

La miré, mi sonrisa ensanchándose al verla. Estaba más que listo, estaba deseando cada instante, cada momento que compartiríamos como familia.

—Estoy más que listo. No puedo imaginar algo más hermoso que verte convertida en madre, Olivia. Serás increíble, y nuestro hijo tendrá la mejor madre que podría pedir.

Ella se sonrojó, riendo con suavidad, y esa risa llenó la habitación de una alegría que jamás había experimentado. Nos abrazamos una vez más, ambos sabiendo que el futuro que habíamos construido juntos estaba solo comenzando, que este amor, ahora transformado en familia, era la base sobre la que construiríamos cada día de nuestras vidas.

Y en ese instante, supe que, por primera vez, mi vida tenía el significado que siempre había estado buscando.

CAPÍTULO 40

Olivia

Aquella mañana, la claridad que se filtraba a través de las ventanas del salón parecía anticipar algo nuevo, como si el mundo entero se sintiera renovado junto a nosotros. Nathan y yo nos sentamos juntos en la terraza, observando en silencio cómo el sol iba ascendiendo en el horizonte. En el aire flotaba la mezcla de café recién hecho y una calma que solo se lograba cuando uno dejaba atrás el pasado. La paz que habíamos construido era más valiosa que cualquier tesoro o título, y mientras sentía la calidez de la mano de Nathan entrelazada con la mía, supe que el viaje que habíamos recorrido hasta aquí había valido cada obstáculo.

Observé su perfil, su expresión serena y determinada. El hombre que había conocido, atrapado en las sombras de su padre y la carga de un apellido, era ahora alguien diferente. La fuerza y la independencia que irradiaba hoy eran las de alguien que había ganado la batalla más importante de su vida: la batalla por ser libre.

—¿En qué piensas? —preguntó Nathan, con una sonrisa tranquila mientras giraba su rostro hacia mí.

—Pienso en cómo nos transformamos juntos —respondí, sincerándome—. Es como si ambos hubiéramos dejado una parte de nosotros en el camino, pero al final, lo que encontramos fue más de lo que jamás imaginé.

Nathan me miró, y en su sonrisa reconocí el mismo sentimiento de satisfacción que yo experimentaba. Era un hombre decidido, capaz de amar sin reservas y de construir una vida sin las cadenas de un legado que lo había mantenido cautivo durante demasiado tiempo.

—Si me hubieran dicho hace un año que estaría aquí, contigo, en paz... probablemente no lo habría creído. —Sus palabras eran suaves, pero cargadas de una emoción sincera—. Pero aquí estamos, y no cambiaría nada de lo que nos trajo hasta aquí.

Miré nuestras manos entrelazadas y me permití recordar todo lo que habíamos superado juntos: los desafíos, los secretos, las amenazas, las veces que dudé de nosotros y las veces que él me recordó que nuestro amor podía superar cualquier prueba.

—Estamos dejando atrás las sombras, Nathan —dije, sintiendo el peso de la verdad en esas palabras—. Nunca imaginé que seríamos capaces de llegar hasta aquí, pero ahora veo que todo eso nos hizo más fuertes.

Nathan asintió, su mirada fija en el horizonte, como si también estuviera repasando cada paso de nuestra historia.

—Y aunque sé que probablemente no será fácil, no quiero que lo sea. No quiero una vida sin desafíos, Olivia. Quiero que enfrentemos cada obstáculo juntos, sabiendo que al final de cada día, siempre estaremos aquí, el uno para el otro. —Me miró con una seriedad que me conmovió, y sentí que cada palabra era una promesa—. Pase lo que pase, somos un equipo. Y nada de lo que venga podrá cambiar eso.

Sus palabras resonaron profundamente en mí, y, por primera vez, no temí lo que el futuro pudiera depararnos. Habíamos enfrentado lo peor y habíamos salido victoriosos, y sabía que

eso no nos había debilitado; nos había hecho invencibles.

—Lo sé, Nathan. —Mi voz era firme, una promesa sincera—. También estoy preparada para cualquier cosa. Contigo, no hay desafío que no esté dispuesta a enfrentar. Todo parece posible cuando sé que estás a mi lado.

Nos quedamos en silencio unos momentos más, disfrutando de la tranquilidad que solo se logra cuando uno se libera de las expectativas externas y se permite vivir para sí mismo. Esta era nuestra vida, y, por primera vez, no había nadie que pudiera decirnos cómo vivirla.

Nathan se inclinó hacia mí, y su beso fue suave, un recordatorio de todo lo que habíamos recorrido juntos y de lo que nos esperaba. Era un amor maduro, completo, y estaba lista para todo lo que viniera. Sentía su compromiso en cada caricia, en cada mirada, y sabía que lo mismo ocurría conmigo. El amor que compartíamos era inquebrantable.

Al cabo de unos minutos, ambos nos pusimos de pie y entramos en casa, donde el sonido de los pájaros y el murmullo lejano de la ciudad parecían darle la bienvenida a una nueva etapa. Me senté en el sillón junto a él, ambos disfrutando de esa tranquilidad doméstica, y sin saber cómo, empezamos a hablar de lo que haríamos en los próximos meses, de las pequeñas y grandes cosas que harían parte de nuestra vida juntos.

—Vamos a necesitar preparar la casa para el bebé —dije, con una sonrisa tímida.

Nathan rió, y el sonido de su risa llenó la sala de una alegría que me hizo sentir completa.

—No tienes idea de cuánto estoy deseando ver esa casa llena de todo lo que vendrá. De la vida que construiremos juntos. —Me miró con esa ternura que solo él podía mostrarme, y sentí cómo la anticipación me llenaba por completo.

Nos miramos en silencio, y el futuro que alguna vez me pareció incierto ahora parecía claro, lleno de momentos que estábamos a punto de vivir y descubrir juntos. Estaba decidida a afrontar cualquier desafío porque ahora comprendía que nuestro amor era más fuerte que cualquier amenaza, cualquier sombra.

En ese momento, me di cuenta de que las palabras de Nathan no solo eran una promesa. Eran la base sobre la cual habíamos construido una vida que nadie más que nosotros entendía. Estábamos listos, preparados para cada paso que diéramos en esta nueva etapa. Y si el futuro nos traía desafíos, estaba segura de que los enfrentaríamos juntos.

Nathan me rodeó con su brazo, atrayéndome hacia él, y dejé que el peso de su abrazo me envolviera, confiando en la fuerza de ese amor que había resistido pruebas impensables. Era un amor firme, profundo, y en ese instante supe que no importaba lo que el futuro nos trajera.

Nuestro amor estaba hecho para durar.

¿TE GUSTA EL LIBRO? ¡TÚ PUEDES MARCAR LA DIFERENCIA!

Por favor, deja tu opinión sincera sobre el libro. Por mucho que me encantaría, no tengo la capacidad financiera como las grandes editoriales para poner anuncios en el periódico o carteles en las librerías.

¡Pero tengo algo mucho, mucho más poderoso!

Lectores comprometidos y leales

Si disfrutaste el libro, te agradecería mucho que dedicaras cinco minutos a dejar una opinión sobre el libro en la página de Amazon.

¡Muchas gracias!

¡NO TE VAYAS TODAVÍA!

Si no quieres perderte ninguna de mis publicaciones y/o novedades, sígueme en mi perfil de Amazon para estar al tanto de todo.

Escanea ese código QR, dale a Seguir y ya estarás conectada a mi red de lectoras apasionadas por la romántica contemporánea.



MÁS LIBROS DE LA SERIE
AMORES PROHIBIDOS DE MANHATTAN



[Entre las sombras del poder](#)

Emma Thompson, una abogada exitosa en Nueva York, ha dedicado toda su vida a su carrera. Con su enfoque implacable, ha aprendido a controlar cada aspecto de su vida, hasta que una noche, en una gala de negocios, su mundo ordenado da un vuelco. Allí conoce a Logan Frost, un magnate inmobiliario enigmático y peligroso, conocido por su impenetrable corazón y su poder devastador.

Lo que comienza como una atracción irresistible pronto se convierte en un juego de seducción que va más allá de lo físico. Emma se verá atrapada en una relación donde el deseo, el poder y los secretos oscuros se entrelazan, poniendo en riesgo no solo su carrera, sino también su vida. Logan, con su pasado lleno de sombras, despierta en Emma emociones que nunca pensó que pudiera sentir, pero ¿podrá resistirse a caer en sus brazos?

Entre las Sombras del Poder es una historia intensa, cargada de pasión y peligros que te mantendrán en vilo. Perfecta para las lectoras que buscan novelas románticas llenas de tensión erótica, misterio y giros inesperados. ¿Hasta dónde estarías dispuesta a llegar por amor?

Descubre hasta dónde puede llevarte el deseo en esta emocionante historia de amor prohibido y secretos ocultos.